

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

497

◆ José Sarukhán Kermez:
Sobre Justo Sierra

◆ Justo Sierra/
Porfirio Díaz: Cartas

◆ Texto desconocido
de Alfonso Reyes
sobre Artaud

◆ Julio Labastida Martín del Campo
◆ Fernando Escalante
◆ Marcelo Cavarozzi

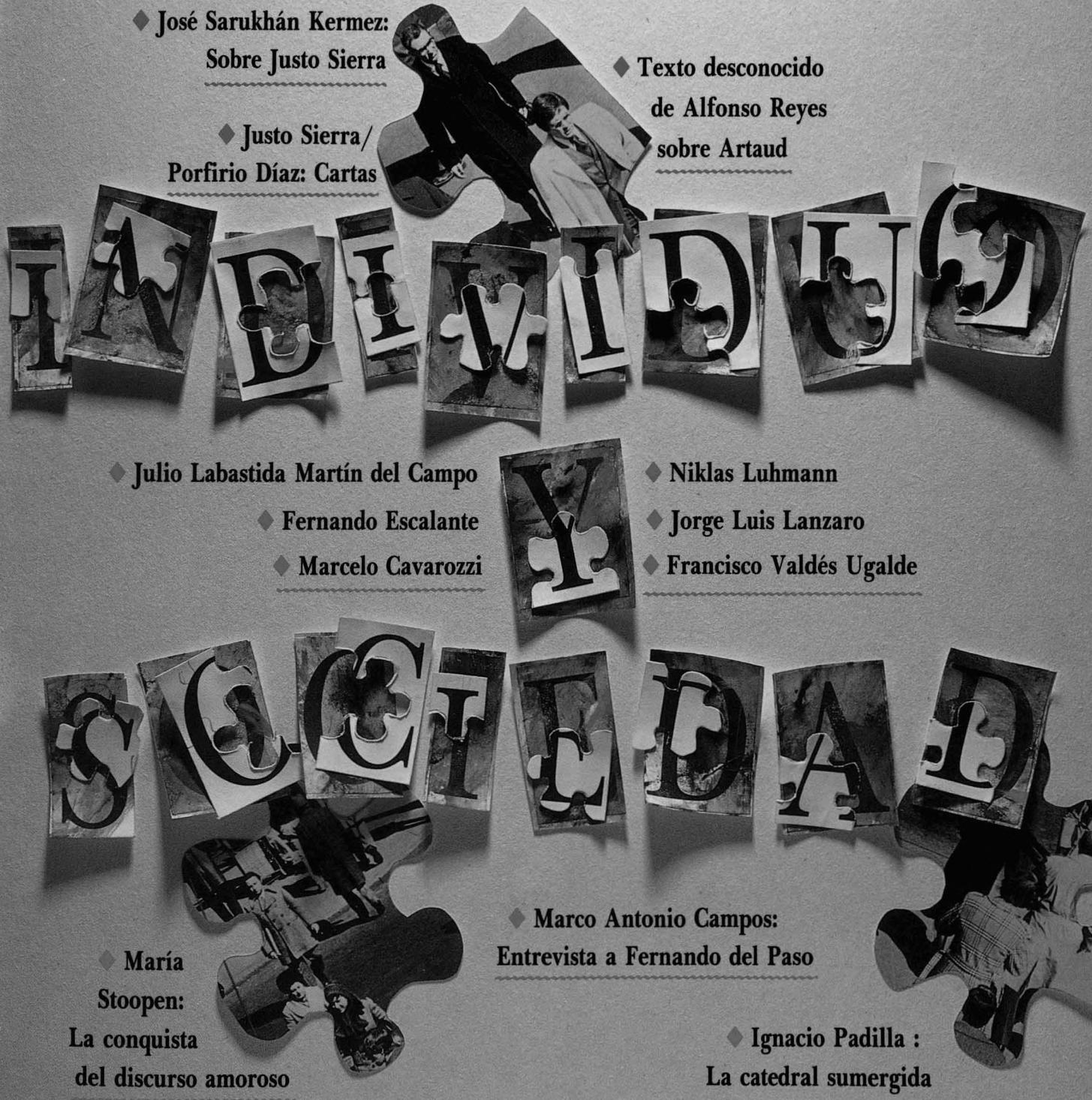
◆ Niklas Luhmann
◆ Jorge Luis Lanzaro
◆ Francisco Valdés Ugalde

◆ María
Stoopen:
La conquista
del discurso amoroso

◆ Marco Antonio Campos:
Entrevista a Fernando del Paso

◆ Ignacio Padilla :
La catedral sumergida

◆ Poemas de Allen Ginsberg, Manuel Lavaniegos y Eduardo Casar



LITERATURA MEXICANA

VOL. II

1991

NÚM. I

ÍNDICE

ENSAYOS Y ESTUDIOS

- ENRIQUE FLORES. *La Musa de la hampa*. Jácaras de sor Juana 7-22
- ANTHONY STANTON. La prehistoria estética de Octavio Paz: los escritos en prosa (1931-1943) 23-55
- STEVEN BOLDY. *Gringo viejo* de Carlos Fuentes . 57-71
- TATIANA BUBNOVA. Sergio Pitól: carnavalización y autoparodia en *Domar a la divina garza* .. 73-87
- ARALIA LÓPEZ GONZÁLEZ. Narradoras mexicanas: utopía creativa y acción 89-107

NOTAS

- LUIS EYZAGUIRRE. Los silencios como principio poético estructurador en la prosa de Juan Rulfo 111-120
- IRMA GONZÁLEZ PELAYO. Soledad y comunión, ejes del pensamiento poético en *La hija de Rappaccini* de Octavio Paz 121-134
- BLANCA MERINO. Fantasía y realidad de *Aura* de Carlos Fuentes 135-147
- SUSANA BEATRIZ CELLA. Autobiografía e historia de vida en *Hasta no verte, Jesús mío* de Elena Poniatowska 149-156
- EDITH NEGRÍN. José Emilio Pacheco y el palimpsesto de la historia: a propósito de la tercera edición de *La sangre de Medusa* (1990) 157-163
- BECKY BOLING. Espacio femenino en dos montajes de *Rosa de dos aromas* de Emilio Carballido 165-171

TEXTOS Y DOCUMENTOS

- Testamento y muerte de Fernán González de Es-lava (Humberto Maldonado) 175-194
- Una colección de poemas desconocidos de José

- Juan Tablada (Guillermo Sheridan) 195-217
- Dos cartas desconocidas cruzadas entre Guzmán y Reyes (Fernando Curiel) 219-228
- Diecisiete textos de Bernardo Ortiz de Montellano (Lourdes Franco) 229-237
- Dos cartas de Bernardo Ortiz de Montellano a Genaro Estrada (Serge Zaïtzeff) 239-244

RESEÑAS

- GORDON BROTHERSTON Y GÜNTHER VOLLMEYER eds. *Aesop in Mexico. Die Fabeln des Aesop in der aztekischen Sprache / A 16th Century Aztec Version of Aesop's Fables. Text with German and English Translation From the Papers of Gerald Kutscher* (Karen Dakin) 247-250
- CLAUDE FELL. *José Vasconcelos: Los años del águila* (Guillermo Sheridan) 251-257
- FERNANDO CURIEL. *Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes* (Serge Zaïtzeff) 257-258
- VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA. *Querrela por la cultura revolucionaria* (Adriana Sandoval) 258-262
- ELENA BERISTÁIN. *Análisis e interpretación del poema lírico* (Gerardo Ramírez Vidal) 262-267
- RAMÓN SALDÍVAR. *Chicano Narrative. The Dialectics of Difference* (Lauro Zavala) 267-272
- EMMANUEL CARBALLO, DAVID HUERTA, ALFREDO PAVÓN et al. *Paquete: Cuento (La ficción en México)* (Claudia Albarrán) 273

VARIA

- LIBROS RECIBIDOS 279-279
- APORTACIÓN BIBLIOGRÁFICA
- JOSÉ RUBÉN ROMERO. (Aurora M. Ocampo y Laura Navarrete) 283-302



Universidad de México

Director: Fernando Curiel Editor en Humanidades: León Olivé Editor en Ciencias: Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitól, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira Edición: Adriana Pacheco Corrección: Eloy Urroz y Patricia Perrilliat Publicidad y Relaciones Públicas: Carmina Estrada Administración: Javier Martínez Asistente Editorial: Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / Fotografía de portada: Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C. P. 14000. Apartado Postal 70288, C. P. 04510 México, D. F. Tel. 606 13 91. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C. P. 09810

Precio del ejemplar \$ 10 000 00 Suscripción anual: \$ 100 000 00 (U S \$ 90 00 en el extranjero) Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

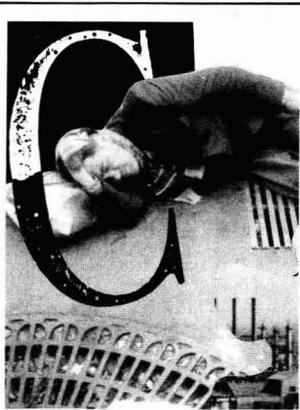
Índice

2 *Presentación*Allen Ginsberg 3 *Visitación en Gales*

Documentos

Alfonso Reyes 6 *Artaud. No se juega infamemente con los dioses*José Sarukhán Kermez 8 *Prólogo a la tercera edición de las Obras completas de Justo Sierra*Justo Sierra/Porfirio Díaz 9 *Cartas*Julio Labastida Martín del Campo 10 *El cambio social*Francisco Valdés Ugalde 12 *¿Qué tan sociales son las ciencias sociales?*Marcelo Cavarozzi 15 *Consolidación de la democracia y reconstrucción de la economía en América Latina*Jorge Luis Lanzaro 21 *Los relevos del corporativismo*Fernando Escalante 26 *El fracaso del Estado. Apunte sobre los límites de la transición democrática*Niklas Luhmann 29 *Religión y sociedad*Conrado Tostado 33 *Invocaciones de Beatriz Gutiérrez*Manuel Lavaniegos 36 *Eclipsiastés*Eduardo Casar 37 *Sobre las dos raíces*Marco Antonio Campos 38 *Un novelista por la totalidad. Entrevista a Fernando del Paso*María Stoopan 49 *La conquista del discurso amoroso*Ignacio Padilla 53 *La catedral sumergida*

Miscelánea

Jorge von Ziegler 56 *Tres libros históricos de Martín Luis Guzmán*Cristina Múgica 57 *El exilio como condición humana*Ernesto de la Peña 58 *Una manera de ganarle al tiempo*Adriana Sandoval 59 *Damas del crimen*Eloy Urroz 61 *De lunes todo el año o los dones de la palabra neutra*Jorge Volpi Escalante 62 *Ignacio Padilla y la infinita tristeza del dragón*

Presentación

En los últimos años, América Latina ha sido el escenario de importantes y significativas transformaciones en la esfera económica, que necesariamente conllevan también serias repercusiones en el ámbito social y político. De sociedades cerradas, en busca de la autosuficiencia económica, muchos países latinoamericanos han pasado a convertirse en sociedades abiertas al intercambio comercial con el resto del mundo y, consecuentemente, en el orden interno, han derivado su política hacia posturas más democráticas en las distintas esferas de la vida social. Estos cambios, sin embargo, no se han producido sin graves conflictos y contradicciones internas. Uno de ellos –y no el menos importante– es el que se refiere a la siempre problemática relación entre el Estado y la sociedad civil, y al papel activo que, como mediadoras de esa relación, juegan las distintas instituciones en las que se desarrolla la vida social.

Los ensayos que conforman la sección monográfica de este número de la revista, se abocan precisamente al análisis del conflicto entre individuo y sociedad y al lugar que las instituciones políticas y sociales ocupan en él. ◇

Agradecemos al Dr. Julio Labastida Martín del Campo su colaboración para elaborar el presente número.

Allen Ginsberg

Visitación en Gales

Blanca bruma se eleva y baja por la cumbre
Árboles en ríos de viento
Las nubes se levantan
como olas, un poderoso remolino aleja la niebla
de los fecundos helechos mecidos
en un risco verde
Todo vislumbrado contra la lluvia gótica del valle
Bardo, Yo Mismo, oh Visitacione, no pronuncies sino
lo visto por un hombre en un valle de Albión,
de las gentes, cuyas ciencias físicas culminan en la Ecología,
saber de las relaciones terrestres,
de bocas y ojos urdidos diez siglos visibles
huertos de lenguaje mental claramente humano,
del diabólico cardo que yergue su astada simetría
sobre mínimas margaritas, hermanas,
floraciones angélicas como bombillas de rosada luz.

Recuerda a 160 millas de la erizada y simétrica torre londinense
la red televisiva imágenes barbadas Tú Mismo
hoy las ovejas balan entre los árboles de la pendiente
las escucha el viejo oído de Blake, y el silencioso pensamiento
[de Wordsworth antaño Quietud
transitan nubes por el esqueleto de arcos de Tintern Abbey-
¡Bardo sin nombre como la inmensidad que musita lo inmenso!

Temblaba todo el valle, un extendido movimiento, ráfaga
ondulante en musgosas colinas
un enorme lavado hundía la bruma en rojos arroyuelos
de la montaña
sus zarcillos, hojas, ramas se mecían
en resaca de granito
a todo lo largo de Inglaterra, valle por valle bajo el océano celeste

Este poema formará parte de la Antología de Poesía Norteamericana seleccionada por Eliot
Weinberg que pronto circulará en la editorial El Equilibrista.



matizado por colgaduras de nubes,
El cielo sostenido por el filo de una hierba.
Rugido del viento montés que calla, suspiro del cuerpo,
Un Ser se agita suavemente en la montaña
Exquisitas escalas vibran dondequiera en equilibrio
un movimiento gira desde el nublado y bajo cielo sobre los pies
[de un millón de margaritas,
Majestad del movimiento que sacude la húmeda hierba estremecida
hasta el último filamento de bruma derramada
sobre las temblorosas flores de la cumbre.
No hay imperfección en la montaña núbil
respiran los valles, juntos avanzan cielo y tierra
las margaritas exhalan milímetros de aire amarillo, las plantas tiemblan
el pasto brilla verde
las ovejas motean la pendiente, mueven sus quijadas con ojos vacíos
bailan los caballos en la lluvia cálida,
canales arbolados estrían tierras de cultivo,
las moras adornan paredes de piedra en colinas cubiertas de espinos,
graznan faisanes en praderas peinadas de helechos.
¡Fuera, fuera en la colina, en el océano sonoro, en delicadas
[ráfagas de húmedo viento
Cae a la tierra, Oh gran humedad, oh madre, que nada dañe tu
[cuerpo!
Mira, no hay imperfección en la hierba
Cada flor un ojo de Buda,
mirada mil veces repetida,
arrodíllate ante la dedalera que alza brotes verdes,
[campanillas malvas
colgando sobre la temblorosa antena del tallo,
y observa la mirada fija de las ovejas marcadas
un poste respira bajo espinos que gotean
Me recuesto y confundo mi barba con la cabellera mojada del
[monte,
huelo la oscura tierra, húmeda como vagina, inofensiva,
saboreo el pelo dulce y púrpura del cardo.



Un ser tan armónico, tan vasto, que su más suave aliento
mueve cada florecilla en la quietud del valle
y agita el pelo de oveja enredado en una telaraña salpicada con
[gotas de lluvia,
eleva los árboles en sus raíces, pájaros en vendaval
ocultan su fuerza en la lluvia, sostienen su propio peso.

Gemido pectoral, un gran ¡Oh! al corazón de la tierra
Convoca nuestra Presencia

No es secreto el gran secreto
Los sentidos se ajustan a los vientos
Lo visible es visible,

Cortinas de lluvia y bruma ondulan por la llanura barbada
átomos grises humedecen la cábala del viento

Sentado en una roca bajo la lluvia del crepúsculo
botas de hule en la hierba, mente inmóvil,
aliento estremecido en blancas
[margaritas junto al camino,

Simétricas mi respiración y la del cielo
Oscila el aire por la verde cornamenta del helecho
dibujada en mi ombligo, el mismo aliento que respira por
[Capel-Y-Ffn,

Sonidos de Aleph y Aum
por bosques de cartílagos
mi cráneo y la protuberancia de Lord Hereford son iguales,
Albión es una.

¿Qué pude percibir? ¡Detalles! La
visión de la Unidad es múltiple
rizos de humo suben del cenicero,
manso fuego doméstico,
La noche aún mojada, caprichoso cielo negro
sin estrellas,
asciende con la humedad del viento. ◇

Alfonso Reyes

Artaud

No se juega infamemente con los Dioses



Acaba de publicarse con lujo y estruendo el libro del infortunado Antonin Artaud, *Les Tarahumaras* (L'Arbalette, Decines, Isère). Posible es que la obra consagrada al *peyotl* por el Dr. Rouhier, y aun mi poema *Yerbas del Tarahumara*, publicado por la revista *Commere*, en traducción francesa de Valéry Larbaud (París, verano de 1929), hayan movido la curiosidad de Antonin Artaud.



El libro es una falsificación poemática y pseudo-mística en torno a la magia del *peyotl*. Pero ya sabemos que la verdad poética es otra especie de verdad y, como varios lo hemos dicho ya por allí, se reduce a sacar conejos del sombrero o a pedirle peras al olmo con éxito.

En esta obra se recogen cartas, o fragmentos de cartas de Artaud a varios amigos: a Balthus, al Dr. Allendy, a René Thomas, Marc Bauhezat, a Henri Parisot y a Jean-Luis Barrault. Por cierto que éste ha tomado tan por lo serio las fantasías retóricas de Artaud que, según me dijo durante una reciente temporada en México, se propone volver a nuestro país para conocer de cerca los misterios de los Tarahumaras. Yo le contesté con la frase que se atribuye al moribundo Émile Faguet, cuando un sacerdote quiso confesarlo y recordarle que iba a comparecer en la presencia de Dios: "¡Qué decepción va a llevarse el pobre!"

Revuelvo mi archivo. Poseo documentos sobre el viaje a México de Antonin Artaud. En París, a 4 de octubre de 1935, me dirigió una carta al Brasil en que me anunciaba su proyectado viaje y, por indicación de Jean Paulhan y Benjamin Cremieus, me pedía algunas orientaciones. Yo vertí lo esencial de esta carta en la siguiente que se explica sola y tiene el valor de una preparación de artillería.

.....

El 4 de febrero del siguiente año, a bordo del Siboney, Artaud me escribe nuevamente a Río de Janeiro (traduzco):

En octubre último le escribí a usted para hablarle de mi posible viaje a México, y usted tuvo la amabilidad de decirme en su respuesta que ya preparaba usted el terreno. Hoy el viaje es ya un hecho. El viernes 7 de febrero en curso llegaré a México. Usted ha comprendido que mi propósito es manifestar de un modo concreto, inmediatamente asimilable, ciertas ideas que figuran en un estado mítico en algún estudio mío como *El Teatro y la Peste*. Usted habrá visto que cierta zona de la inteligencia francesa, la más joven y a la vez la más desesperada —pero sólo los muertos lo desesperan ya— tiene los ojos vueltos hacia México. Hoy por hoy una sola corriente agita al mundo y la fuente mágica brota en la tierra a la que yo he deseado ir y adonde llegaré en un par de días. Me figuro, señor Embajador, que puedo contar con usted para facilitarme la tremenda tarea que emprendo, y en esta confianza, le saludo devotamente. Mi dirección: Embajada de Francia en México.

Nueva carta, que también traduzco, de México a Río de Janeiro, 16 de abril de 1936:

Me autorizó usted a hablarle con toda franqueza. Más aún: me invitó usted a hacerlo.

Visitó al señor Ceniceros, y en él he encontrado algo más que un amigo: un verdadero aliado. Gracias a él he dado tres conferencias en la Universidad de México. He dicho lo que tenía que decir.

Daré otra nueva y breve conferencia en la *Lear*, sobre la *Revolución Universal y el Problema Moderno*. Diré cuanto me propongo, respecto a la absoluta necesidad en que está México de romper con todas las formas de la civilización europea, industrialismo, maquinismo, marxismo, capitalismo y esa terrible forma del capitalismo eterno que es el capitalismo de la conciencia humana, la capitalización de los conceptos y de los datos surgidos del espíritu dualista de Descartes y que han aniquilado el espíritu de la vida. Todo esto me propongo decir.

Ya mis ideas, no bien comprendidas mientras hablé en francés, parecen irse abriendo paso en cuanto di con traductores inteligentes. Gracias a ellos, todas mis conferencias se publicarán en *El Nacional*.

Para coronar mi trabajo, he pedido al señor Ceniceros una *Misión*: me basta una sencilla comisión de escritor, de artista. Quiero enfrentarme con razas puras, que quedan tan pocas. Quiero estudiar los ritos, las danzas de los indios. No sacaré de aquí un mero libro de descripciones. Yo creo en una fuerza mágica, de que estos ritos son algo más que la mera transcripción alegórica. Esta fuerza se viene perdiendo desde que se persiguen y prohíben estos ritos so color de acabar con las supersticiones. Pero hay más superstición en la Ciencia Moderna que en los ritos de los indios. Las fiestas cívicas con que México quiere reemplazar tales ritos y en que artistas y escenificadores copian las manías estéticas de Europa, operan bajo el impulso de una inspiración individual e incoherente y no logran, a mi modo de ver, más que crear un verdadero estado de anarquía. Para mí, naturaleza, mundo, humanidad debieran recuperar su unidad. Hay leyes, hay una necesidad cósmica de que las danzas y fiestas indias son una manifestación. En suma, he pedido una Misión para ir en busca de la fuerza antigua y caracterizarla.

He recogido informes privados. Sé adónde tengo que ir. No traeré de allá un libro de arte, sino en suma un libro de teoremas. Y la lengua, vibrando según el estímulo de esta fuerza tratará de expresar sus leyes. Es cosa que puede hacerse, no es una utopía. El Gobierno Mexicano ha consentido en facilitar esta misión. Espera mi libro y me concede libre transporte en todos los ferrocarriles. Los gobernadores locales me darán su apoyo, me llevarán aquí y allá. Pero, para lo demás, tanto el Gobierno de México como el de Francia dicen no tener dinero. Yo he venido aquí sin un centavo, decidido a arriesgarlo todo por tal de encontrar lo que busco. Pero necesito economizar mis fuerzas y no desfallecer en el camino. Necesito encontrar algunos recursos, lo indispensable para sostener la jornada. La suma no ha de ser enorme y he de juntarla antes de emprender el viaje. Pero juntar dinero para una idea metafísica puede parecer en esta época una locura. Y es fuerza que esta locura se realice. Deben aún quedar por allí algunos comerciantes, coleccionistas, aficionados al arte capaces de sacrificar una suma por una idea. Para partir de México, la ciudad, y discurrir por el norte del país durante unos tres meses ya usted comprende lo que hace falta. Se obtienen más fondos para los arqueólogos que en saber explicar, situar, *fortificar* lo que encuentran, porque son sabios. Esta vez, un poeta se ofrece a encontrar algo objetivo, a enlazar sintéticamente los datos plásticos como forma y fuerza de la vida. Creo, Alfonso, que si usted se lo propone puede usted encontrar esto. Usted ha de saber a quién se puede acudir en México o en el Brasil.

No me diga usted que la poesía a nadie le interesa. Hay una manera de presentar a los ricos los objetivos verdaderos, humanos, científicos de la poesía... Quiero reconciliarlos con la poesía. Hacer de ella una fuerza activa, concreta, asimilable a todos los hombres, una fuerza de curación.

Todavía quedan en el mundo los secretos de la curación. Para la curación bastan las fuerzas puras, las del espíritu primitivo, de frente generatriz. En ello anhelo trabajar, y descubrir el secreto de aquellas culturas. Estoy ya con el pie en el estribo. Espero el último empujón.

Toda mi gratitud y mis disculpas. Saludos, etc.

Infortunado. Algunas de sus páginas fueron escritas en el asilo de Rodes Ivry-sur-Seine en 1947. Allí confiesa sus delirios. El *Tutuguri* está firmado el 16 de febrero de 1948. No se juega infamemente con los dioses. ◇

Agradecemos a Alicia Reyes la entrega de este documento, procedente de su archivo particular.

José Sarukhán Kermez

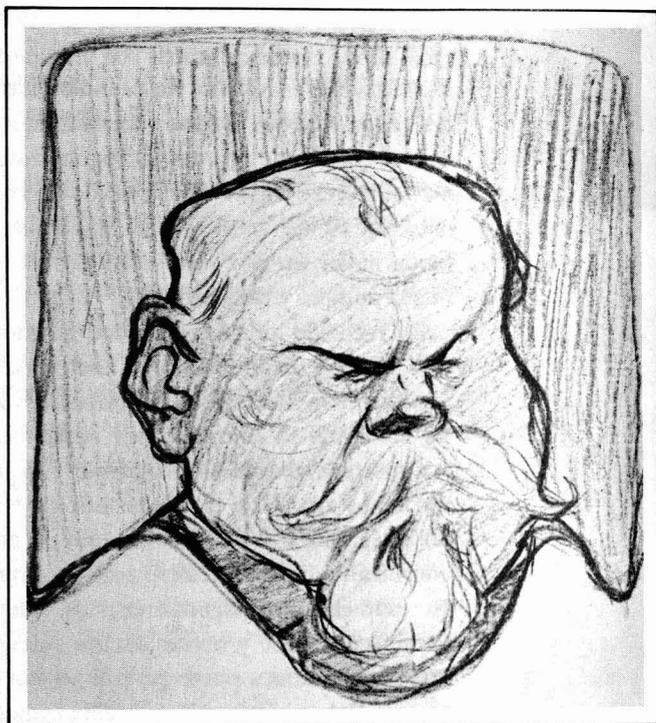
Prólogo a la tercera edición
de las *Obras completas* de
Justo Sierra

Prosigue, bajo el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México, la difusión de las Obras completas de Justo Sierra. En este número damos a conocer el prólogo del Rector de nuestra Máxima Casa de Estudios, Dr. José Sarukhán Kermez, correspondiente a la tercera edición; así como cartas desconocidas cruzadas entre el entonces presidente Porfirio Díaz y Justo Sierra, creador de la Universidad Nacional en 1910.

Si corresponde a la Nación perpetuar la memoria de Justo Sierra, cima y ejemplo de una estirpe de hombres para quienes la fuerza del conocimiento y su dedicación al bienestar humano fueron una sola divisa, a la Universidad Nacional Autónoma de México pertenece el honor de preservar la lección cívica y el compromiso intelectual establecidos por quien fue su fundador.

El año 1948 se cumplió el centenario del natalicio del ilustre universitario. Con tal motivo, sus restos mortales fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres; la Universidad lo nombró Maestro de América y dio inicio a la publicación de sus *Obras completas*. Nuestra Máxima Casa de Estudios, entonces, fue la encargada de fijar en letra impresa la trayectoria de una vida dedicada al trabajo. Trabajo que, además de cultivar el rigor científico y la exigencia estética, estuvo siempre orientado al servicio de los otros. De los múltiples y variados aspectos de su actividad, ninguno fue para él más importante que la formación de los maestros, los cuales debían ser educadores y no sólo distribuidores de instrucción. Bastaría tal entrega vocacional a esa labor titánica para que los universitarios lo recordemos siempre. A nuestros maestros se dirigió Sierra en los términos más admirativos y respetuosos, llamándolos "batalladores sin recompensa en la lucha por la vida, héroes sin nombre y sin panteón, del progreso mexicano."

La fecunda aventura vital de Justo Sierra se recogió primero en catorce volúmenes donde aparecen el poeta, el narrador, el humanista, el hombre público, el sociólogo y el historiador. Agotada la primera edición, nuestra Universidad la reimprimió, dentro de la Nueva Biblioteca Mexicana, en el lugar que le corresponde a uno de los pensadores más lúcidos de nuestra cultura. Ahora, se publica por tercera ocasión. Gracias a la generosidad y el empeño de la familia Sierra, se incorporarán nuevos volúmenes que añaden índices, bibliografía y material inédito o de difícil acceso para el lector.



También en la Nueva Biblioteca Mexicana será incluida la documentada biografía, escrita por Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*.

Nuestra actual Universidad no es la misma que la inaugurada en 1910 por Justo Sierra, en su carácter de ministro de Instrucción Pública. Son otras las circunstancias sociales; otros, los problemas cotidianos que enfrentan la Institución y el país al cual se debe. Sin embargo, aún es necesario volver a sus palabras. Con su dialéctica invencible y su verbo impecable, Sierra analiza el papel de la Universidad en el desarrollo de la Nación. Fuerza y generosidad son los mensajes centrales de ese discurso y los ejes rectores de su vida. "Si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claude Bernard decía, no podemos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria". La vida y la obra de Justo Sierra estuvieron dedicadas a la exigencia intelectual y a la entrega altruista, valores que la Universidad defiende, porque son los únicos capaces de sustentarla, fortalecerla y demostrar su lugar decisivo en la evolución de México. ◇

Carta inédita de Justo Sierra
a Porfirio Díaz

Sr. General Porfirio Díaz.
Ciudad de México, marzo 21, 1885.

Muy respetado señor y amigo:

Perdone usted que lo distraiga algunos momentos de sus graves atenciones con un asunto que aunque enteramente ajeno a ellas, no lo es a las antiguas aficiones de usted por todas las aplicaciones, de la ciencia a la industria. Atendiendo a esto y a su constante deferencia hacia mí, le ruego que tenga la paciencia de seguir mi carta hasta su fin.

El joven Agustín Chávez, preparador de la clase de física y profesor de la telegrafía en el Colegio de Niñas de la Encarnación, ha ensayado el modo de aprovechar con un motor eléctrico de su invención las corrientes inducidas hasta hoy desperdiciadas por su propiedad de alternarse y neutralizarse instantáneamente. Cree haber descubierto la manera de resolver este problema, obteniendo así una fuerza cuyo desarrollo teórico es necesariamente colosal. A usted menos que a nadie puede escaparse la trascendencia de esta ingeniosa invención; si fuera realmente practicable, cuántas y qué crecidas dificultades resueltas de un golpe.

En lo porvenir, nuestro país sin combustible en nuestras vías de tan costosa explotación, por el gasto de material rodante para nuestra industria ¡qué perspectivas! Pero no me entretendré en demostrar ni ponderar a usted lo que sabe mejor que yo, me bastaría asegurarle por sí, con justa razón, rebasa mi competencia en lo que a la parte técnica de la invención se refiere, que los profesores de física más autorizados como los señores Contreras y Ramírez lo han admirado.

El señor Chávez, que es un estudiante de irreprochable conducta desea tener con usted una conferencia para solicitar un auxilio del gobierno con el objeto de reducir a la práctica su teórico motor.

Naturalmente tratándose de usted, está dispuesto a revelar con todos sus pormenores su idea: tengo la seguridad que bastará a usted conocerle para secundarlo.

Respecto del solicitante hay esta particularidad: el auxilio que desea es a cuenta de un crédito que tiene contra la Hacienda Pública mandado pagar de toda preferencia por decreto especial del Congreso hace cuatro años y que aún permanece insoluto.

El padre de mi recomendado es el honradísimo artesano de Aguascalientes, que en momento de supremo peligro se encargó del gobierno de su Estado y murió fusilado por los franceses en compañía de Guilardi. Fue un patriota en la más noble acepción de la palabra y un mártir. No yo, pues, sino la patria y la ciencia recomiendan a Chávez. Usted no ha sabido nunca resistir a padrinos como éstos.

Su adicto y respetuoso amigo

Justo Sierra

En la parte de arriba del último pliego de la carta se encuentra este resumen:

Entre los primeros días de la entrante semana trae entre manos un descubrimiento que aun en el caso de mal éxito es honroso intentarlo y además ha tenido la honra de tener un padre distinguido patriota.

Borrador de la carta de contestación
del General Porfirio Díaz

Agosto 30 de 1885.
Señor Diputado Don Justo Sierra

Presente.

Estimado, como una muestra de su consideración a las frases benévolas con que me favorece doy a usted las más expresivas gracias y le manifiesto en obsequio del deseo que me expresa que puede venir el apreciable joven Agustín Chávez cualquier día de la presente semana, de las cuatro de la tarde en adelante, y me será grato recibirlo tanto por la recomendación de usted como del recuerdo del distinguido patriota, su padre y por el interesante asunto del que quiere hablarme, pues en efecto el descubrimiento es de suma trascendencia. A usted como siempre, amigo y servidor afectísimo

Porfirio Díaz ◇

Estos documentos se encuentran en el archivo del General Porfirio Díaz que custodia la Universidad Iberoamericana.



El cambio social

México y América Latina han vivido en los últimos años grandes transformaciones que abarcan todos los aspectos del quehacer social —desde las prácticas políticas hasta las mentalidades colectivas y los comportamientos individuales. Lejos de ser lineal, el cambio ha ido creando nuevas contradicciones que habrán de marcar por un buen tiempo el rumbo de nuestras sociedades. Uno de los contrastes más llamativos es el que se da entre los logros de la democratización política y la precariedad económica para amplios sectores de la población. El estancamiento o el deterioro de los niveles de vida limitan las posibilidades de participación y creatividad en los espacios sociales, aunque la democracia se haya esforzado por abrirlos.

Más allá de la apatía o de las explosiones irracionales a que puede dar lugar esta paradoja, la participación real de las mayorías se decide en el espacio de las instituciones, de las mediaciones entre gobierno y sociedad civil. E incluso en el de las prácticas cotidianas e individuales. Es a dicho espacio que las ciencias sociales le han prestado particular atención en los últimos años. En este marco, cobran relevancia tanto el estudio de las nuevas mediaciones surgidas de la crisis, como el del lugar que ocupa en ellas el individuo. Aquí también se trata de procesos complejos. En algunos casos, el cambio no sólo no ha provocado una ruptura total con las prácticas políticas y económicas del pasado, sino que se ha encargado de tomar de ellas lo que puede serle útil. En el espacio social, esto se ha traducido probablemente en la “cohabitación” de la mutación acelerada con la inercia.

En “¿Qué tan sociales son las ciencias sociales?” Francisco Valdés analiza el impacto de las transformaciones referidas en el quehacer del científico social. Se detiene, en particular, en el examen de la importancia que puede tener una nueva percepción de la relación entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Cobra relevancia el estudio del individuo y la sociedad como “instituciones sociales interconstruidas en la red de la interacción humana, sea ésta económica y política”. De esta interacción, en un contexto de “asignación asimétrica de recursos escasos y de recursos de autoridad”, surge un conjunto de temáticas que, de ser explorado, puede contribuir al enriquecimiento de las ciencias sociales después de varios años de dificultades para generar conocimiento nuevo.

Por su parte, Marcelo Cavarozzi estudia los problemas creados por la consolidación de la democracia y la reconstrucción de la economía en América Latina. Para el autor, “la



consolidación de la democracia política es una cuestión crucial en la región”, pero el examen de los problemas y los dilemas que aquella plantea “aconseja el desplazamiento del eje analítico”. En la actualidad –señala Cavarozzi– “el principal desafío no es el de impedir regresiones autoritarias, sino el de reconstruir una nueva matriz de relaciones político-sociales y económicas que reemplace a aquella que se agotó durante la última década y media”.

Tanto Francisco Valdés como Marcelo Cavarozzi subrayan los grandes desafíos a los que tendrán que enfrentarse nuestras sociedades y quienes las estudian y participan en su transformación. En la capacidad de respuesta a los retos planteados y en las formas que habrá de tomar la participación de la población, intervienen por otra parte prácticas políticas moldeadas por el cambio, cuando no heredadas de una larga evolución histórica. Entre dichas prácticas pueden mencionarse las corporativas, las estatales y “ciudadanas” y las religiosas. De estos ámbitos específicos se ocupan los textos de Jorge Lanzaro, Fernando Escalante y Niklas Luhmann.

En “Los relevos del corporativismo”, Jorge Lanzaro muestra precisamente cómo algunas de las viejas prácticas políticas –si es que no las más importantes– han logrado a la vez preservarse y cambiar con las grandes transformaciones recientes en las sociedades latinoamericanas. Aunque ha terminado la era del “corporativismo keynesiano”, el autor señala que “transitamos alternativamente por otra ronda de corporativismo, con dominio liberal, en la que se retoman ciertos trazos del pasado, pero en la que han de advertirse asimismo ciertas innovaciones con cauces hasta ahora desconocidos y que todavía no

se despliegan plenamente”.

Fernando Escalante se ocupa por su parte del “Fracaso del Estado” en un “apunte sobre los límites de la transición democrática”. La mención de prácticas políticas concretas en la sociedad mexicana sirve como punto de partida para la reflexión sobre los problemas que plantean la estructuración individualista de lo privado, las actitudes hacia la ley y la legitimación de la autoridad estatal. Los límites de la transición democrática se encuentran para Fernando Escalante en prácticas sociales en las cuales “no se ha impuesto un Estado de Derecho eficaz y legítimo, no ha arraigado el principio de autoridad impersonal y objetiva, ni la noción de ley formal universal, ni tampoco la conciencia de un interés público”.

Finalmente Niklas Luhmann analiza con un enfoque sistémico la relación entre religión y sociedad en la actualidad. Señala que se ha perdido “la unidad original entre sociedad y religión”, al tiempo que “se perfilan condiciones novedosas que podrían ser descritas como un proceso funcional de diferenciación del sistema religioso bajo su propia codificación”. La sociedad moderna está abierta a una multiplicidad de autodescripciones y descripciones del mundo que son tan divergentes, que ya no es posible una “meta-narración”: la complejidad de la sociedad incluye una multiplicidad de descripciones diversas de aquella. Así, la religión puede seguir manteniendo la pretensión de ser la más importante de las demandas, pero sólo dentro del sistema de la religión.

Los textos presentados dan así una apertura importante sobre los cambios en curso y su complejidad, al tiempo que baten sobre varias de sus dimensiones específicas. ◇



¿Qué tan sociales son las ciencias sociales?

Desprestigio

Esta es quizá la palabra más adecuada para designar el momento actual de las ciencias sociales en la cultura mexicana. No siempre ha sido así; en épocas pasadas la sociología, la economía, la antropología (ni qué decir de la historia), proporcionaban el alimento para las certezas exigidas por un tiempo social que conjuntaba La Crisis con las esperanzas de que ésta minara los fundamentos del Orden Constituido y diera paso a una transformación socializante. La crisis fue, en efecto, una crisis del orden estatal, pero que abrió el paso a una reforma sin precedentes, orientada no al aumento de las capacidades "inclusivas" del Estado sino precisamente a lo contrario: la dispersión y fragmentación de los terrenos de acción de los agentes sociales. Sólo un ámbito de la vida social permanece esencialmente intocado: el control antidemocrático del poder político por medio de un mecanismo autoritario de constitución de la autoridad pública.

Las razones del desprestigio son variadas y complejas. Entre ellas hay algunas que pueden imputarse a las prácticas de los científicos sociales y otras que no. De las primeras, la más notable es la influencia, prevaeciente por más de dos décadas, de ciertas versiones del marxismo que fueron la base de conformación de la enseñanza y la investigación de las ciencias sociales. La existencia de este paradigma no fue en sí misma ni una causa de incapacidad explicativa ni el origen de su desprestigio posterior. Al contrario, su presencia fue una (no la única) de las fuentes de la constitución de una visión crítica de la sociedad, la política y el tiempo histórico. Y fue también una de las vías más fértiles de producción de conocimiento nuevo sobre nuestra sociedad; basta echar una mirada a la literatura especializada de los años sesenta y setenta para reconocerlo. El talón de Aquiles de los practicantes de las ciencias sociales, principalmente de aquellos que se nutrieron en el paradigma marxista, hay que buscarlo en el hecho de que no fueron capaces de incorporar los conocimientos nuevos generados por las ciencias humanas. La crítica quedó ayuna de conocimiento, y se encerró en el solipsismo de sus verdades vacías. Una enumeración sumaria basta como ejemplo: las ciencias sociales "críticas" no pudieron absorber los avances de la microeconomía, de la antropología, de la psicología social... Después de haber sido alimentadas por la teoría de la dependencia o el estructuralismo francés; después de aceptar la crisis del mar-

xismo, prefirieron dirigir sus miradas hacia los textos sagrados para buscar en ellos el origen de sus males y las respuestas a sus preguntas. Mientras que el quehacer científico social fue avanzando (aquí y en todo el mundo) en su proceso de institucionalización, especialización y generalización, la crítica "marxista" o afín fue incapaz de hacer lo que sí hicieron sus fundadores: absorber ávidamente la ciencia, la filosofía y la literatura de su tiempo para dar sustento a su crítica de las instituciones sociales.

Entre las otras razones del decaimiento de la producción y de la capacidad explicativa de las ciencias sociales, no imputables a los científicos sociales, está la demoleadora reasignación de recursos que acompaña a la reforma del Estado y el distanciamiento de este último de toda aproximación crítica a su propio proyecto. ¿Por qué habría de ser de otra manera, si el reordenamiento del mundo puede hacerse con apoyo en los conocimientos nuevos que la crítica no pudo digerir y que se emblematizan en las llamadas *policy sciences*? Resultado: hoy el saber social emana del poder. La pregunta inexcusable es si podrá retornar a la sociedad que le concierne.

Las andanzas del sujeto

Una visión informada, actualizada, de las ciencias sociales y de su teoría, revela con más claridad que nunca antes el hecho de que su científicidad radica en algo muy distinto a las ciencias de la naturaleza o de los objetos formales. Más aún, los puntos de vista que desde las ciencias sociales han defendido una epistemología al estilo de las ciencias "duras", comienzan a ver diluidos sus argumentos de una ciencia estable respecto a su objeto. Las generalizaciones o leyes de comportamiento de los objetos ya no se sostienen establemente respecto de los objetos que buscan explicar. Cada vez más, la actividad del objeto es decisiva para probar la validez del conocimiento.

La historia de las ciencias sociales es indisoluble de la historia de la relación entre pensamiento y sociedad; es su manifestación moderna y contemporánea. Su carácter científico no estriba en su poder para llegar a conclusiones definitivas acerca de su objeto, sino en el reconocimiento de que las tesis sobre lo que "acontece" a los actores sociales son inestables respecto de lo que esos actores pueden "hacer que acontezca". Este principio encierra el fin del racionalismo: no hay ciencia social que pueda, en último análisis, reducir su objeto

a su lógica propia, sin acudir a la ayuda de un poder exterior a ella misma, es decir, de algún poder que brote de su objeto (un partido, un Estado, un régimen de disciplina o confinamiento). La diferencia entre lo que los agentes piensan o pueden "hacer que acontezca" y lo que el científico social puede decir de ambas cosas, está en que el segundo recurre a técnicas interpretativas y a métodos de análisis formalizados para dar cuenta de la conducta de los primeros. Pero al mismo tiempo, la información formalizada acerca del actor que proporcionan los científicos desde las diferentes disciplinas se vierte en el flujo de la comunicación social, es decir, queda a disposición de los actores, quienes suelen "informar" su acción, su pensamiento, sus valores, sus expectativas con los productos de las ciencias sociales. El hecho de que esto ocurra en forma directa o mediada, a través de las instituciones culturales y de información influye sobre la forma en que circula socialmente el conocimiento, pero no modifica el principio aludido de retroalimentación entre ciencia social y sociedad.

Individuo y sociedad

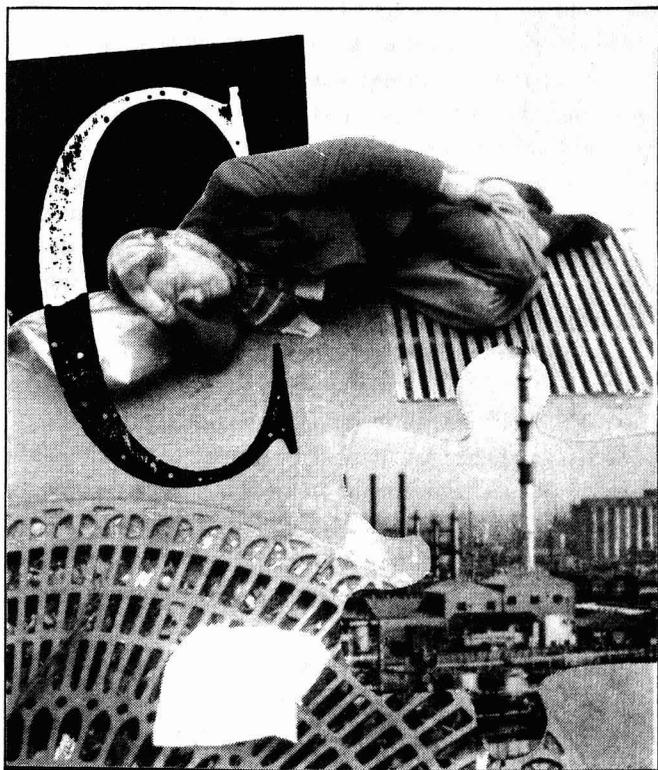
Es posible que nunca los hombres y las mujeres hayan sido en tan alto grado "maximizadores racionales de ganancia", es decir, actores cuya acción es informada por la maximización, como cuando el principio de maximización (y las condiciones que lo hacen posible) se convierte en un principio ordenador de la conducta de los individuos así individualizados. Para que esto ocurra no es menester solamente que la ciencia de la economía descubra que ése es el principio con arreglo al cual los individuos han logrado desarrollar una conducta social que les permite crear la moderna institución del mercado. Hace falta también una "disposición" del aparato cultural que lo propague entre la población; que la informe en la bondad de ese

principio para la satisfacción de sus expectativas presentes y futuras. Algo semejante ocurrió en el sentido contrario cuando el principio de organización de la economía política internacional fue la política de industrialización sustitutiva de importaciones y el Estado de bienestar. Entonces, la idea de que los agentes individuales debían de subordinarse a los actores colectivos fue lo suficientemente fuerte como para hacer que así ocurriera, pese al reclamo liberal de que ese arreglo no era sino el camino más directo hacia la servidumbre humana.

Ambos, individuo y sociedad son instituciones sociales interconstruidas en la red de la interacción humana, sea ésta económica o política. Dejando de lado situaciones extremas en las que el totalitarismo impuso el colectivismo, el siglo xx ha mostrado que en Occidente la sociedad humana es capaz de aceptar tanto la centralidad del Estado como la del individuo, si la ecuación del consenso responde favorablemente a la satisfacción de las expectativas en cada contexto específico. Quizá el individualismo económico pueda florecer con menos dificultades en una situación de Estado reducido y mercado ampliado. Sin embargo, es de hacerse notar el impulso creciente recibido por la idea de que el mercado y los agentes individuales que le dan vida, cifran su éxito económico de largo plazo en la eficacia de las instituciones que median el intercambio para reducir la incertidumbre y garantizan que no se torne explotación de los más débiles por parte de los mejor dotados. La historia del mercado como institución social, y la historia de la idea de individuo que ha prevalecido en los diversos momentos y sociedades, muestra que los supuestos conductuales de la economía (neo) clásica (maximizadores racionales) no son tan transparentes como lo suponían los fundadores de esa escuela económica. Quizá en el momento de su nacimiento esos supuestos eran compatibles con el conocimiento disponible; más en nuestros días, cada vez es más claro para las ciencias de la conducta que el "individuo" que crea y que intercambia, que genera riqueza y bienestar, que se aísla con robinsoniana libertad, puede hacerlo si y sólo si los arreglos institucionales de la sociedad de la que forma parte le brindan la posibilidad de hacerlo y lo impulsan a ello más fuertemente de lo que lo detienen los incentivos a poner en práctica conductas francamente contraproducentes a la creación de la riqueza en un óptimo de mercado: corrupción, ilegalidad, favoritismo, verticalismo económico y político, mercados estancos para grupos privilegiados, etcétera.

La eficiencia del individuo en el mercado y la eficiencia de este último con respecto al éxito de una economía, aunque no son la misma cosa, sí dependen de las mismas cosas: la existencia de arreglos institucionales que hagan atractivo para los individuos emprender actividades económicas en su provecho que entronquen virtuosamente en un arreglo cooperativo. Esto es posible cuando el "individuo" que se instala en el imaginario colectivo, ese animal schumpeteriano, puede tener cabida en la realidad del desenvolvimiento económico, político y cultural.

Sólo los individuos son actores sociales, pero son actores de los papeles (roles) que pueden decidir desempeñar en un contexto complejo de asignación asimétrica de recursos escasos y de recursos de autoridad.



La teoría marxista es deficiente porque supone un cambio fundamental en el comportamiento de los seres humanos para conseguir sus resultados, ha afirmado Douglass North, y no existe evidencia alguna de que ese cambio se haya producido o pueda producirse.

Podría decirse que el problema está todavía más allá. Al rechazar la manera en que Hegel había propuesto resolver el "problema" de la aparición de la "sociedad civil", es decir, del mercado moderno, Marx tiró el agua sucia de la bañera con todo y niño. Hegel pensó que el mercado, dejado a su libre desenvolvimiento, podría devenir la tan temida guerra de todos contra todos, verdadero fantasma de la filosofía política liberal. De ahí que pensara que el Estado sería el único ámbito para "sintetizar" la miriada de intereses individuales en un interés general. En cambio, con ojo sociológico, Marx vio en esta "solución" la entronización del interés de los propietarios privados como interés general; la exclusión generalizada. Buscando en dónde fundamentar su crítica, Marx acudió a la nueva ciencia de su tiempo, la economía política, y a través de su crítica descubrió y elaboró teóricamente el principio de organización y estratificación del capitalismo: la relación entre trabajo asalariado y capital. Pero al hacerlo, redujo todas las demás dimensiones de la sociedad civil al carácter capitalista de esa relación. Todas las instituciones no económicas de la sociedad fueron tratadas como si fueran únicamente el entorno del sistema, subsumidas por éste y fatalmente envueltas en su lógica económica y de clase. Se perdió, así, la riqueza de la fenomenología de la sociedad civil, y con ella la oportunidad de recuperar la pluralidad de mecanismos y formas de constitución de la sociedad que Hegel había comenzado a esbozar, y que han sido y siguen siendo incomprensibles para los marxistas metódicos.

Las formas institucionales de la sociedad, los problemas de interpretación de las formas conductuales humanas en diferentes contextos, el pensamiento y los valores, la metástasis de clases, grupos, sectores, formas organizativas y manifestaciones individuales que sí tuvo lugar en prácticamente todas las sociedades, son fenómenos incomprensibles para los reduccionismos marxistas.

Pero quizá el más grande error de Marx haya sido el postular, apoyado en la poderosa interpretación de la realidad de su siglo, la posibilidad del advenimiento de una sociedad pospolítica, en la que los hombres y las mujeres podrían encontrarse con su verdadera esencia humana, una vez suprimido el capitalismo. Lo cierto es que no hay en la antropología o en la psicología evidencia alguna que permita pensar con base racional (que no es lo mismo que racionalista) que el futuro, por más lejano que sea, no será político. Sólo puede sacarse en claro que la cooperación social es posible bajo ciertas condiciones, construidas históricamente, que equilibran las libertades individuales heredadas de la modernidad, con "estándares" sociales (antes se les llamaba "derechos") de educación, consumo y formación de preferencias que, a su vez, estimulan esas libertades. No puede pensarse a Marx fuera de su siglo, pero la vigencia de muchos de los problemas que planteó seguirán

siendo, más que su método, tarea de las ciencias sociales del mundo actual.

Elogio de las ciencias sociales

Un mundo sin ciencias sociales sería como un mundo sin política. Peor: sería un mundo en el que la política estaría basada, como en el absolutismo, en el capricho del príncipe. Pero un mundo sin ciencias sociales que además de ser ciencias sean críticas, es un mundo como el de hoy. En un lado, el individuo que surge de entre las ruinas del pasado corporativo y, en el otro, el aparato de decisiones estatales y empresariales que decide volverse individualista para garantizar su mandato corporativo (o su solvencia fiscal) y crear un "mercado" que no admite más iniciativas que las ya inscritas en él con antelación.

Los avances de las ciencias sociales en los últimos veinte años pueden calificarse como espectaculares. Para comprobarlo, basta observar la complejidad que han adquirido las ciencias de la decisión pública. Puede calificárseles de tecnocráticas, pero no puede decirse de ellas que pequen de ignorancia. Han logrado reunir muchos de los avances de las diferentes disciplinas, principalmente de la economía, de la política, y de la psicología social, y convertirlos en instrumentos técnicos de reordenamiento social desde el ámbito gubernamental. Sin embargo, en muchos casos, han escapado a la intelección y al control de los grupos e individuos afectados por ellos; los parlamentos desconocen su proceso de formación y aplicación; su diseño y aplicación están reservados para un pequeño grupo de técnicos que sustraen cada vez más el desarrollo y la aplicación de estos conocimientos del público más amplio y los confinan en pequeños estanques de pensamiento (*think tanks*) en donde pueden ser desarrollados y mejorados sin contaminaciones del ambiente social que pudieran enturbiar su pureza y la tranquilidad de las élites.

Sin embargo, la mayor afluencia de conocimiento alcanzado por las ciencias sociales sigue brotando de las diferentes disciplinas: la sociología, la antropología, la ciencia política, la historia, la economía, la psicología, y de la interdisciplina practicada (muy rara vez) en los intersticios que se dan entre cada una de ellas. Su importancia reside no únicamente en el hecho de que generan conocimiento nuevo sobre los hombres y las mujeres en sociedad, sino también en el hecho de que su difusión social puede contribuir a incrementar el margen de opciones disponibles para los actores, a descubrir formas nuevas de resolver viejos y nuevos problemas, a tener una perspectiva humana sobre el tiempo vivido y el porvenir.

Para hacer frente a este reto, es necesario que las ciencias sociales no se limiten exclusivamente a su campo empírico de conocimiento, ni que lo abandonen y se dediquen a generalidades. Esta posibilidad solamente la puede brindar una tarea casi olvidada en nuestro medio, pero que experimenta un verdadero auge en otras latitudes: el recurso a la teoría social, el camino de ida y vuelta del conocimiento particular y pormenorizado a la reflexión sobre su significado para la perspectiva de la disciplina o del campo más general de las ciencias sociales. Si un mundo sin ciencias sociales es como un mundo sin política, una ciencia social sin teoría sería como una trama sin argumento. ◇

Consolidación de la democracia y reconstrucción de la economía en América Latina

1. Introducción

Durante la última década, algunas de las contribuciones más relevantes de la literatura en ciencias sociales sobre América Latina han sido desarrolladas en torno a la cuestión de las transiciones de las dictaduras militares a regímenes políticos democráticos. Quizá las tres obras más importantes en este sentido hayan sido las compiladas por O'Donnell, Schmitter y Whitehead, por Diamond, Linz y Lipset y la más reciente de Higley y Gunther.¹

La consolidación de la democracia política es una cuestión crucial en la región y uno de los objetivos más importantes en la agenda de los actores democráticos para la década de 1990. Sin embargo, a estas alturas, estimo que el examen de los problemas y dilemas de la consolidación aconseja el desplazamiento del eje analítico. La perspectiva teórica dominante durante la década de 1980 –dentro de la cual se insertan los trabajos mencionados– concibió la implantación y consolidación de las instituciones de la democracia política como un proceso asociado a las modalidades de la transición y orientado, asimismo, a prevenir la reemergencia del autoritarismo. En la actualidad, empero, el principal desafío no es el de impedir las

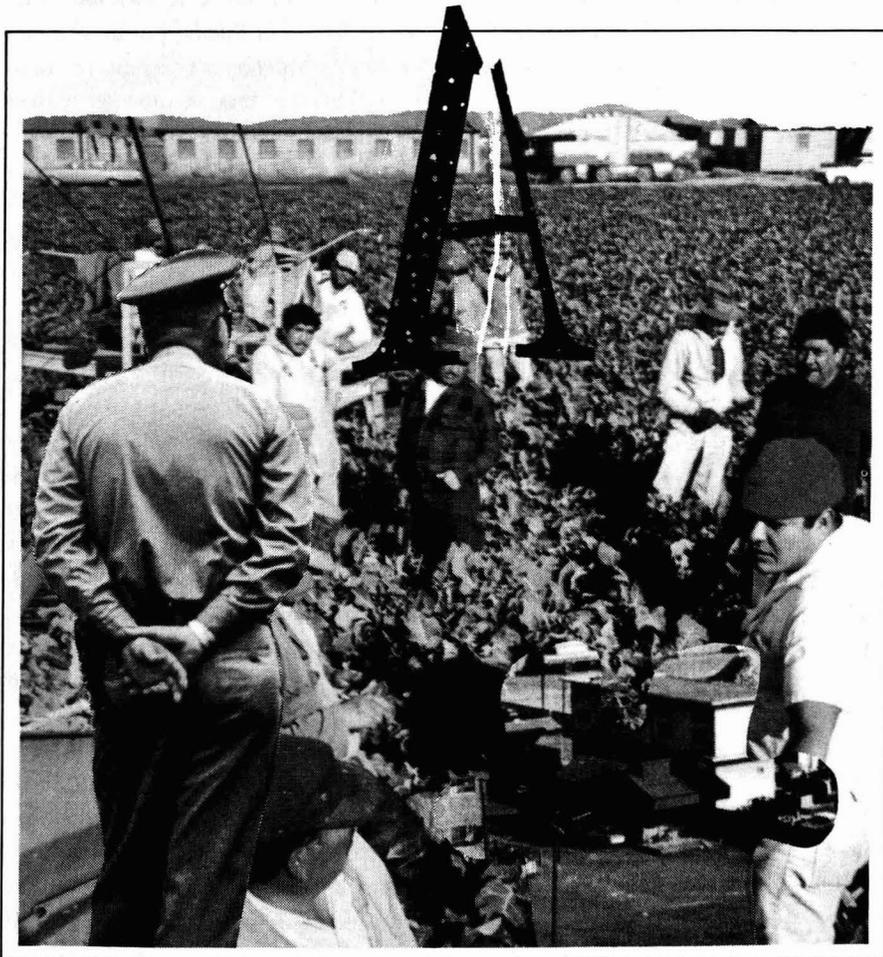
regresiones autoritarias, sino el de reconstruir una nueva matriz de relaciones político-sociales y económicas que reemplace a aquella que se agotó durante la última década y media.

El desplazamiento analítico al que me referí se vincula a tres premisas que quiero desarrollar en estas notas.

a) La reconstrucción no parece viable a menos que se perciba que el modelo, o matriz, que impulsó el crecimiento económico de América Latina durante el medio siglo posterior a la Gran Depresión se ha agotado. En el plano eco-

nómico, esta matriz, a la que denomino Estado-céntrica (en adelante MEC), estuvo, como se sabe, basada en el dirigismo estatal, la sustitución de importaciones y la autarquía en relación a la economía internacional.

b) Sólo regímenes democráticos estables podrían generar los espacios para que sea posible la reconstrucción económica y social. En otras palabras, la consolidación de la democracia constituiría, desde esta perspectiva, una condición necesaria para la estructuración de un nuevo modelo de desarrollo. Empero, la



¹ (Cfr. O'Donnell, G., Schmitter, Ph., y Whitehead, L. *Transitions from authoritarian Rule: Prospects for Democracy* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1986); Diamond, L., Linz J. & Lipset, S. M. *Democracy in Developing Countries: Latin America*. (Bouldes. Lynn Rienness, 1989) y Higley, J. & Gunther, R. *Elite Settlements and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*: (Cambridge, Cambridge University Press, 1992).

democracia representativa *per se* no es garantía de la mejoría en la situación económica y social.

c) Los desafíos a los que se enfrentan las sociedades latinoamericanas –incluyendo a los políticos e intelectuales preocupados por revertir las tendencias predominantes durante los últimos diez o quince años– se vinculan con (i) la reconstrucción de un Estado capaz de regular efectiva y eficientemente los comportamientos de los capitalistas, (ii) el anclaje de ese Estado en un régimen democrático –revirtiendo así la relación Estado-régimen político que se estableció durante el siglo XX, (iii) la redefinición del perfil industrial y (iv) la inserción más plena de las economías latinoamericanas en un sistema internacional que, a su vez, se ha tornado más excluyente.

2. La matriz Estado-céntrica y su agotamiento

Como ya subrayé, los elementos centrales de la MEC fueron la sustitución de importaciones –que se implementó en torno a una secuencia de estadios en los que se fue incrementando la complejidad tanto de las tecnologías utilizadas como de la modalidad de vínculos (linkages) con el resto de la economía, la articulación de una economía cerrada cuyo eje dinámico estuvo constituido por el mercado interno, la regulación estatal de los mercados y de los flujos financieros, el régimen de inflación “moderada”– es decir, de ritmos inflacionarios que promediaron entre el 20% y el 50% anual y regímenes políticos anclados en el Estado. La MEC tuvo éxito variable en generar niveles de dinamismo económico que fueron relativamente elevados en Brasil (y también en México fuera de América del Sur), moderados aunque espasmódicos en Argentina, y bajos en Chile y Uruguay. Dicho dinamismo se articuló a un proceso de incorporación de los sectores medios y populares a espacios de igualdad social y económica y de participación política y cultural. Sin embargo, esto no significó, por cierto, que desaparecieran las desigualdades.

La MEC funcionó sobre la base de dos mecanismos de equilibrio inestable.

El primero fue la relación entre la *economía de mercado*, por un lado, y el *Estado*, por el otro. A pesar de que el capital privado fue el principal agente de acumulación, durante las cinco décadas posteriores a la Gran Depresión, aquél estuvo sujeto a controles y limitaciones, y también a incentivos diseñados e implementados por organizaciones estatales. Además el capital público participó activamente en empresas industriales y de servicios. Quiero subrayar un punto que ha sido oscurecido por los debates ideologizados más recientes: los procesos articulados en torno al mercado y al Estado no fueron antitéticos, sino complementarios. En otras palabras, en la MEC la regulación política de la economía tuvo a menudo consecuencias favorables para un modelo de crecimiento en el que los agentes privados mantenían un rol predominante. La regulación contribuyó a generar capital de inversión, a aprovechar externalidades y a imponer límites a los comportamientos predatorios de los capitalistas.

El segundo mecanismo equilibrador fue la relación entre la *sociedad civil*, por un lado, y el *Estado*, por el otro, definiendo al Estado en este aspecto como el conjunto de mecanismos de control social y político-cultural establecidos sobre actores y organizaciones sociales. El espacio de la sociedad civil se expandió bajo la MEC; para decirlo en términos más concretos, creció la participación, en especial de los sectores populares. Este proceso abarcó la emergencia y desarrollo de las organizaciones de los trabajadores y de los pobres urbanos (y en algunos casos, pocos, de los campesinos y peones rurales); el ascenso y subsiguiente ocaso de movimientos sociales populares y una serie de fenómenos más difusos de modernización y secularización de las relaciones sociales en las esferas de la vida cotidiana, como las relaciones parentales y de género y en los ámbitos del lugar de trabajo y las universidades. Las demandas, tanto de contenido simbólico como material, de los actores subalternos –mujeres, hijos, trabajadores, estudiantes– dejaron de ser automáticamente consideradas como desafíos intolerables a la autoridad y las prerrogativas de aquellos a

quienes estaban subordinados. Por cierto que éste fue un proceso de continuas idas y vueltas y plagado de contradicciones no resueltas.

De todos modos, el rasgo común de los fenómenos anotados fue que las diferentes modalidades de participación de los sectores subalternos ganaron en legitimidad. Esto, sin embargo, fue balanceado a través de la imposición de mecanismos de control social político y cultural que, en buena medida, fueron implementados o redefinidos por las acciones de organizaciones estatales. En el límite, muchos de los logros concretos de los sectores subalternos aparecieron como el resultado de una concesión o una dádiva estatal.

En resumen, el primer mecanismo de equilibrio se estableció entre las fuerzas del mercado y la regulación política, mientras que en el caso del segundo, la inclusión y la participación ampliada fueron contrapesadas por la implementación de numerosas y variadas herramientas de control centradas en el Estado.

Los mecanismos de equilibrio de la MEC, como adelanté, tuvieron, sin embargo, un carácter inestable e incluso precario. La relación dinámica entre Estado y mercado, por su parte, se sostuvo en una permanente fuga hacia adelante, es decir en la posibilidad de avanzar, y nunca retroceder, en la secuencia de la industrialización orientada al mercado interno. Obviamente, el proceso tenía un límite marcado por el agotamiento de la sustitución de importaciones y el tamaño de los mercados internos. Pero, además, el efecto inicialmente dinámico de cada estadio sustitutivo, es decir su contribución a la expansión de la producción y el consumo, se fue erosionando gradualmente. Las inducciones iniciales –créditos, subsidios, aranceles proteccionistas, tasas de cambio subvaluadas– generaron crecientes ineficiencias y fueron congelándose como privilegios. Estas ineficiencias y privilegios no sólo perjudicaron a los sectores no insertos directamente en la economía industrial urbana, como por ejemplo, los exportadores, los pequeños ahorristas, los beneficiarios de los sistemas de seguridad social, los desempleados y los campesinos, sino que además fueron

agotando los recursos de libre disposición que podrían haber generado una expansión sostenida y auto-alimentada. Como señaló recientemente Fishlow, a largo plazo, la MEC estaba condenada al estancamiento, ya que generó problemas crecientemente insolubles: déficits en la balanza de pagos, déficits fiscales, inflación y, excepto en el caso brasileño, el estancamiento de la producción agrícola.²

Por otra parte, el equilibrio inicial entre participación y control permitió la ampliación de las brechas democráticas, pero no condujo a largo plazo a la estabilización de los mecanismos políticos que permitieran al sistema reequilibrarse y autocorregirse. Los procesos y las demandas de participación aumentaron a la par de los mecanismos de control que, en el límite, llegaban a ahogar la participación mediante la represión. La multiplicación de los canales y

modalidades de participación no generó espacios para la negociación de intereses y orientaciones contrapuestas. Cuando pudo sacudir los mecanismos de control que la embretaban, la participación se expresó más como explosión de demandas, oposicionismo e ideologización que como insumo para la resolución negociada de los conflictos. Esto alimentó, a su vez, presiones en favor de la imposición de controles absolutos, es decir de un orden autoritario, en el que la participación no resultaba institucionalizada, sino en el que era absolutamente negada.

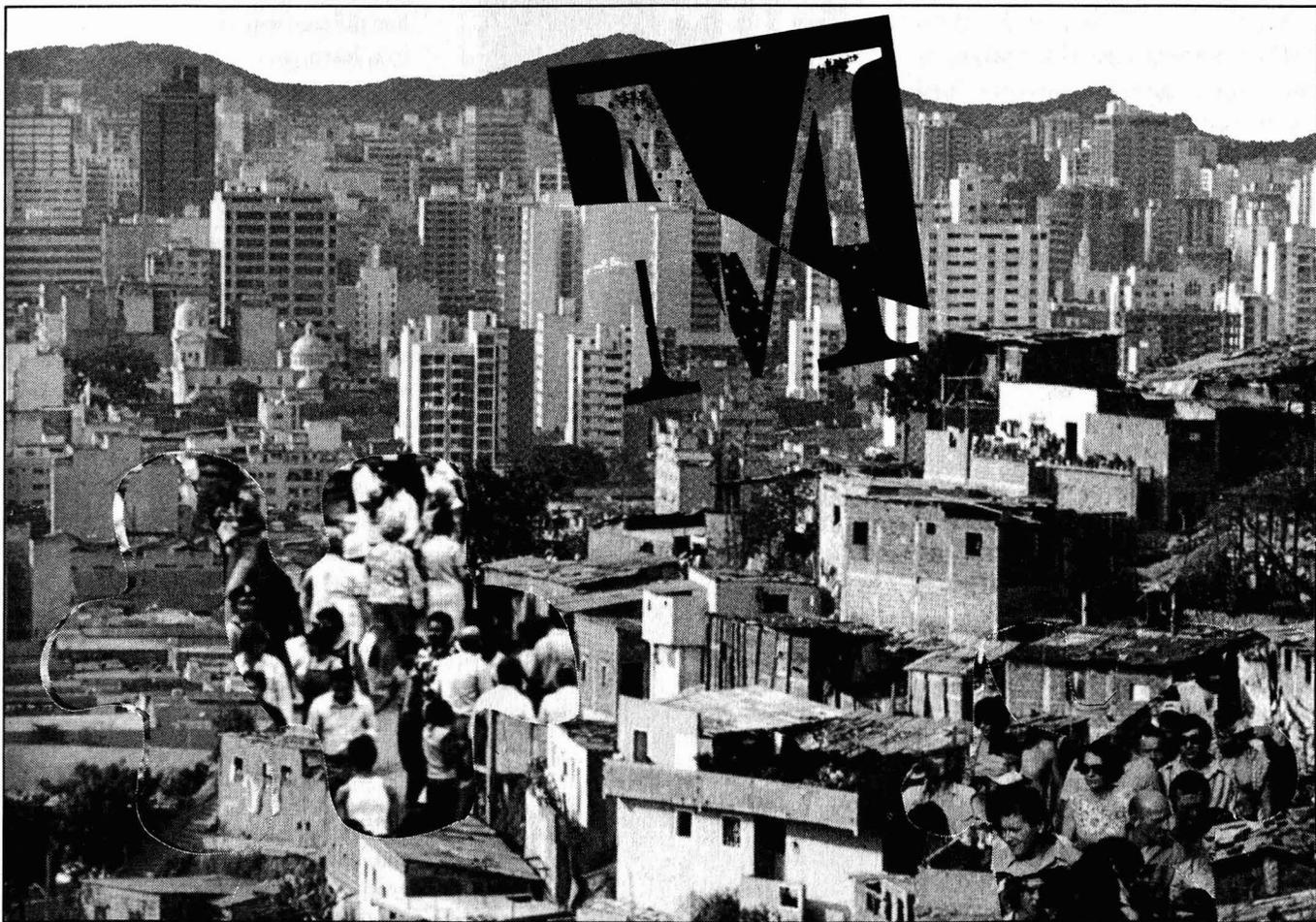
La acumulación de imbalances en sus dos mecanismos de equilibrio determinaron que la MEC finalmente se agotara, a menudo a través de estallidos violentos. Este fue un proceso secuencial en el que en América del Sur primero se desarticulaban los mecanismos políticos; el indicador más visible fue la implantación de las dictaduras militares de las décadas de 1960 y 1970. Más tarde, a partir de 1981-82, la crisis de los mecanismos económicos, ya esbozada a partir de 1973-1975 en países co-

mo Argentina y Chile, se tornó irreversible y se extendió a todo el continente. La interrupción del financiamiento externo fácil del lustro previo agotó la última vía de escape al ya inevitable ajuste. En México, la secuencia fue en parte diferente y el régimen político probó ser mucho más resistente. De todas maneras, después de que el ministro Silva Herzog anunciara la suspensión del pago de los servicios de la deuda, se hizo evidente que los pactos básicos que habían sostenido la hegemonía del PRI desde fines de la década de 1930 se resquebrajaron seriamente.

3. *Las transiciones a la democracia y los desafíos de los 90*

Como todos sabemos, los procesos de ajuste dominaron el panorama de la década de 1980, con sus secuelas de estancamiento e incremento de la marginación económica y social. La década también se caracterizó por la instauración, o restauración, de regímenes democráticos en América del Sur. En el Cono Sur, en particular, se desplegaron

² Cfr. Fishlow, Albert. "The Latin American State" in *The Journal of Economic Perspectives*, verano 1991.



diferentes modalidades de transición. En la Argentina, el colapso del régimen militar precipitado por la aventura de las Malvinas abrió un espacio inusualmente amplio que permitió que los partidos de oposición, es decir todos, dominaran sin contrapesos el tránsito a la democracia representativa. Las fuerzas armadas, en un fenómeno que no se repitió en ningún otro caso, ni siquiera pudieron impedir que el candidato triunfante, Raúl Alfonsín, de la Unión Cívica Radical, enviara a prisión a los miembros de las juntas militares y juzgara a los responsables del diseño de la estrategia represiva, si bien los que la implementaron concretamente más tarde forzarían el repliegue del gobierno radical.

En Brasil, en cambio, la extendida transición inaugurada por la *distensão* auspiciada por el presidente Geisel culminó en una democratización en dos etapas. Primero, en 1984, un candidato de oposición, Tancredo Neves, ganó las elecciones presidenciales superando al candidato oficialista, pero respetando el método de elección indirecta, y en el fondo no democrático, impuesto por los militares. Como es bien sabido, el período democrático inicial se internó por un sendero inesperado y paradójal —Tancredo murió pocas horas antes de asumir la presidencia y fue reemplazado por su vicepresidente, José Sarney, quien había estado al frente del partido pro-militar bajo la dictadura. Cinco años más tarde, un candidato apartidario, Collor de Mello, fue electo por el voto popular al derrotar al candidato de izquierda, Lula, quien, a su vez, representaba al único partido realmente estructurado del Brasil.

Finalmente, en Chile y Uruguay, las transiciones combinaron elementos de ruptura y de reforma pactada. En el primer caso, en el plebiscito de 1988, la oposición derrotó al intento continuista de Pinochet. De todas maneras, las agrupaciones que apoyaron al dictador obtuvieron el 43% de los votos; el siguiente paso en el proceso democratizador, es decir las elecciones de fines de 1989, también le dieron el triunfo a la oposición unificada y su candidato, el demócrata cristiano Patricio Aylwin. Un elemento esencial de la transición

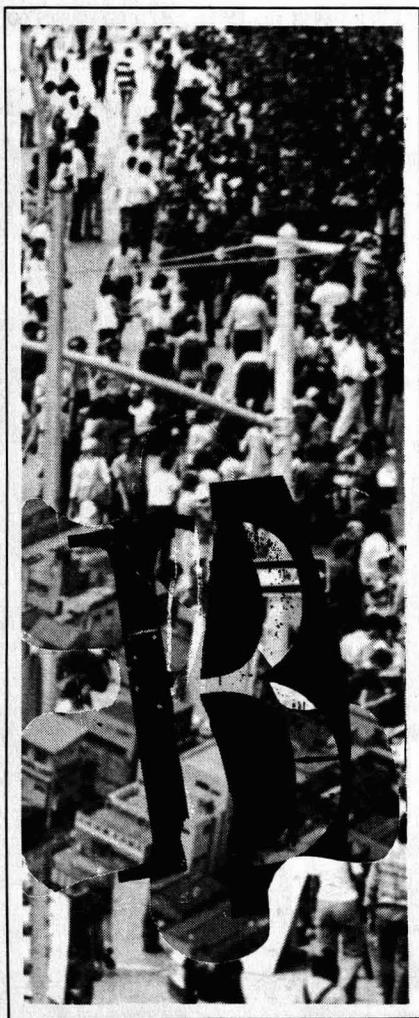
chilena fue, sin duda, la predisposición de un sector importante de la antigua coalición autoritaria a participar lealmente dentro del juego democrático. En Uruguay, por su parte, si bien la secuencia fue semejante a la chilena, la combinatoria de actores políticos fue otra, fundamentalmente debido a que en ese caso no era necesario superar el legado preautoritario de confrontación entre la derecha y la izquierda del espectro partidario. La imprevista derrota de los militares en el plebiscito de 1980 inauguró un largo cuatrienio de negociaciones y rupturas parciales que culminó con las elecciones presidenciales de 1984. En estas elecciones el único aspecto no democrático, ciertamente no menor, fue la proscripción a la que fue sometido el líder del Partido Nacional, Wilson Ferreira Aldunate.

La liberalización del régimen mexicano está siguiendo, y esto no es casual, itinerarios diferentes a los del Cono

Sur. En primer lugar, y esto es crítico a pesar de su obviedad, la supremacía civil ha sido una constante en la política mexicana a partir de la década de 1940, circunstancia estrechamente vinculada a la estabilidad de sus instituciones. Pero, más allá de ello, la diferencia fundamental con respecto a las transiciones de América del Sur, es que el régimen del PRI todavía controla el poder político y parecería estar llevando adelante una reforma desde dentro cuyo desenlace resulta todavía difícil vaticinar.

Algunos autores, como Schmitter y Karl, han destacado la relación que existe entre la modalidad de transición y las probabilidades de consolidación del emergente régimen democrático.³ Según ellos, la evidencia comparativa tiende a corroborar la hipótesis que las transiciones pactadas y las inducidas desde el interior del régimen autoritario han sido más exitosas que otras modalidades de transición en generar democracias políticas estables.

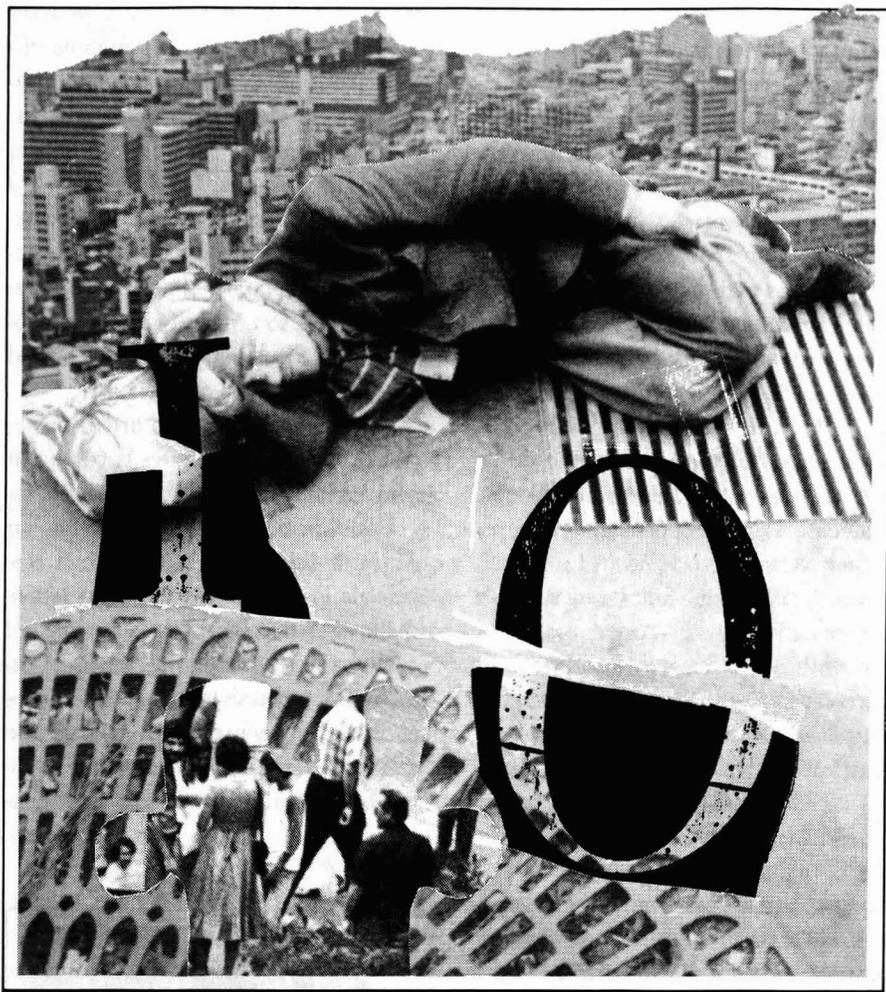
Otro factor que también se debe tener en cuenta es el del legado histórico; en este sentido los casos de América del Sur difieren significativamente en cuanto a los rasgos específicos de su pasado político. La propensión a la negociación que caracterizó a Uruguay y Chile hasta fines de la década de 1960 contrasta con el largo medio siglo de confrontación e inestabilidad que se inauguró en Argentina con el golpe militar de 1930. Brasil, como México, tuvo un aparato estatal que funcionó como eje articulador del régimen político. De todas maneras, estos regímenes "estatalistas" difirieron radicalmente en sus características centrales. En México, una serie de principios políticos facilitaron la estabilidad: la apelación al mito revolucionario nacionalista, la mayor claridad de la regla sucesoria y el rol crucial de la presidencia como núcleo de un sistema efectivamente centralizado. En cambio, en Brasil, antes de



³ Cfr. Karl, Terry, "Dilemmas of Democratization in Latin America" in *Comparative Politics* (octubre 1990) y Schmitter, Philippe. "Cinco reflexiones sobre la cuarta onda de Democratización" ponencia presentada en el Coloquio Internacional Transiciones a la Democracia.

1964 nunca se resolvió plenamente el tema del equilibrio entre poder federal, los gobernadores y las "situaciones locales". Además el rol "moderador" de las fuerzas armadas las mantuvo como *ultima ratio* del régimen político, erosionando por ende la credibilidad y poder de los políticos civiles. En definitiva, es evidente que el éxito o fracaso de los procesos de consolidación democrática son influidos también por la manera específica en que la trayectoria política previa impregna los intentos de fundar, o refundar, democracias políticas.

De todas maneras, como ya sugerí más arriba, el eje de la consolidación democrática pasa por otro lado. La principal amenaza a una estabilización exitosa está vinculada al fenómeno ya apuntado, es decir la desarticulación de las redes de relaciones económicas y sociales, fenómeno que se desencadenó a partir de la segunda mitad de la década de 1970. Resulta difícil suponer que los regímenes democráticos emergentes se consolidarán en el futuro a menos que ellos provean los canales para contribuir a la reconstrucción de las respectivas economías y de las redes de solidaridad colectiva desintegradas durante las dos últimas décadas. En este sentido, el balance de la década de las democratizaciones es más bien desalentador. La situación en Brasil sigue empeorando aceleradamente; la recesión económica ya ha dejado lugar a un proceso de desorganización creciente en el cual el riesgo de la hiperinflación es elevado. Asimismo, el gobierno de Collor de Mello se ha desgastado vertiginosamente y algunos observadores, como Bolívar Lamounier, piensan que sólo el tránsito a un régimen parlamentario podría desempantantar a la política brasileña y proporcionar el salvavidas que permita llegar hasta el fin del mandato de Collor. En la Argentina, en cambio, la situación es más ambigua. Los dos planes económicos iniciales del gobierno de Menem fracasaron estrepitosamente en medio de las recaídas en la hiperinflación de diciembre de 1989 y principios de 1991. Pero a partir de este último punto, el nombramiento de Domingo Cavallo en el ministerio de Economía abrió un periodo de mayor estabilidad relativa de



las variables cambiarias y monetarias. Esto ha generado una sensación de euforia en los capitalistas nacionales y en los inversionistas extranjeros que han jugado a la bolsa de Buenos Aires en los últimos meses y vaticinan una recuperación de la Argentina después de cuatro décadas de vigencia de los ciclos *stop-go* y de quince años de retroceso absoluto. De todas maneras, según el Fondo Monetario Internacional, organismo que también ha aplaudido la gestión de Cavallo, a fines de septiembre de 1991 la inversión agregada sólo había recuperado los ya magros niveles de 1987, cuando se inició el derrumbe del gobierno de Alfonsín que culminó con la hiperinflación de la primera mitad de 1989.

La situación también ha desmejorado en Uruguay después de la primera administración democrática, la del presidente Sanguinetti. Éste, que había tenido una performance bastante más satisfactoria que las de Alfonsín y Sarney, también vio a su partido perder la presidencia en el siguiente turno electoral. Y

su sucesor, Luis Lacalle, del partido Nacional, no parece haber encontrado un rumbo adecuado ni siquiera para mantener los modestos logros de Sanguinetti. Sólo en Chile, el gobierno de la Concertación Democrática ha sorteado aceptablemente el primer tramo de su gestión, pero es obvio que a sólo dos años de gestión resultaría apresurado vaticinar la continuidad a largo plazo de sus éxitos políticos y económicos.

Las experiencias de Brasil y Argentina, en este último caso por lo menos hasta principios de 1991, demuestran cuáles son los principales riesgos a que se enfrentan las nuevas democracias sudamericanas, riesgos que en el caso del Perú ya parecen materializados. El *primer riesgo* es el de la volatilidad de las fórmulas partidarias; en este sentido el caso peruano proporciona el ejemplo más ominoso. En sólo una década tres partidos, o coaliciones partidarias fueron consumidos por una crisis política y social cada vez más aguda: Acción Popular, el APRA y el patético caso de Vargas Llosa, donde un candidato que

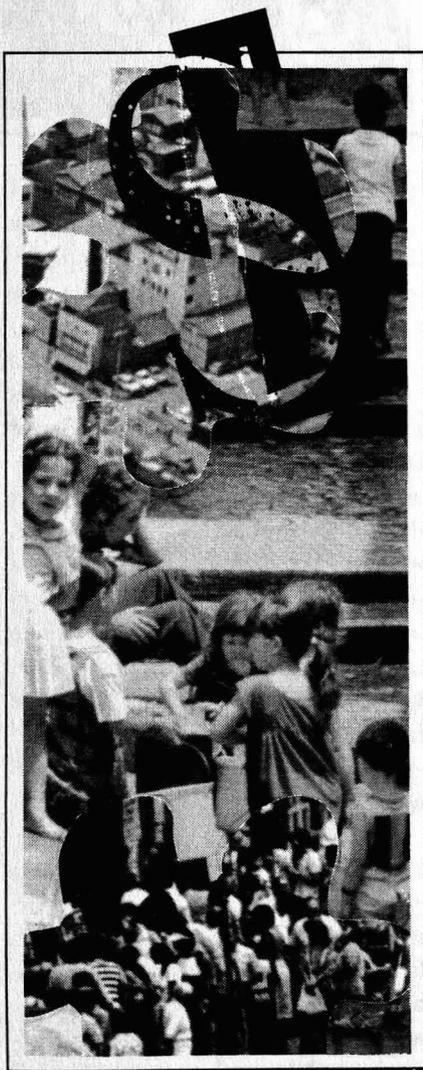
tenía asegurado su triunfo electoral lo vio evaporar (en parte debido a su extrema impericia política) ante la aparición de un desconocido que barrió con todo el espectro partidario nacional. El fenómeno de partidos que ganan una elección presidencial, y que una vez que llegan al gobierno se desgastan rápidamente, es extremadamente peligroso. Las consecuencias más obvias son la inestabilidad de las políticas públicas —circunstancia que acentúa la incertidumbre que caracteriza a la crisis actual— y el rápido agotamiento de las alternativas institucionales con el consiguiente vacío de poder que esto podría generar.

En América del Sur las situaciones de estabilidad y de vacío de poder estuvieron asociadas en el pasado a las intervenciones militares. Sin embargo, y con la posible excepción de algún caso donde el deterioro económico y social se combine con la presencia de grupos guerrilleros verosímiles, las democracias de la región no parecen enfrentarse a la amenaza de golpes militares inminentes. El contexto internacional, donde se ha revalorizado la democracia política sea como ideal normativo o como elemento de una estrategia más calculadora, y el propio deterioro de la imagen de la mayoría de las fuerzas armadas en la opinión pública interna, tornan improbable una nueva ola de intervencionismo militar. Empero, la acentuación de la crisis económica y de los procesos de disgregación social y cultural conlleva un *segundo riesgo*, que asume un carácter bastante novedoso: que la política pierda sentido para la mayoría de la población. Esto podría afectar especialmente a los regímenes democráticos, vaciándolos de contenido al tornarlos impotentes para afectar, siquiera mínimamente, el curso de los acontecimientos. En la década de 1990 varios de los países sudamericanos podrían enfrentarse con una situación en la que la democracia política siga vigente y, por lo tanto, no habría retrocesos en el respeto a las libertades públicas y los derechos humanos básicos —circunstancia de importancia enorme en vista de la historia reciente. Al mismo tiempo, sin embargo, las políticas gubernamentales, cualquiera fuera el signo ideológico del

régimen que las implemente, podrían llegar a carecer de la más mínima eficacia para inducir mejorías en las condiciones de vida de la población, especialmente en el caso de los sectores medios y populares.

La volatilidad partidaria y el vaciamiento, o “minimalización”, de la democracia, que no dejan de estar vinculados entre sí, son, por lo tanto, los fenómenos más preocupantes del actual panorama político continental.

La consolidación de un orden democrático legítimo y eficaz es la condición para lograr una estabilización de los logros políticos de los últimos años en América Latina, en particular el respeto de los derechos y garantías individuales y colectivos y la sujeción del Estado a la ley. Se podría, incluso, postular una hipótesis más atrevida: la recuperación de niveles aceptables de crecimiento económico exige que se logre un nuevo equilibrio entre el dina-



mismo de los agentes privados y un Estado desarrollista. Este Estado debería ser capaz de inducir comportamientos orientados al crecimiento por parte de las firmas privadas a través de la combinación de incentivos y penalidades y la generación de externalidades. Sin embargo, la vuelta a la MEC del pasado no constituye la respuesta adecuada. Como hemos visto, la MEC había llegado a un techo y todo intento de restablecerla llevaría tanto a la agudización de los cuellos de botella internos y externos, como también a la intensificación de los comportamientos defensivos y de maximización de las rentas a corto plazo por parte de los capitalistas. Por lo tanto, un Estado desarrollista tiene que integrarse a una matriz político-económica diferente a la que prevaleció a partir de la década de 1930.

El eje de la nueva matriz, y ésta es la otra parte de la hipótesis mencionada, debería ser un régimen político que funcione como un espacio de negociación e intercambio entre comportamientos vinculados a tres lógicas diferentes: la del Estado, basada en los principios de orden y solidaridad colectiva, la de la *sociedad civil*, basada en el principio de las identidades plurales y el respeto a los valores alternativos y la del *mercado*, cuyo principio ordenador es la maximización de los beneficios. En sociedades contemporáneas complejas, como aquellas a las que me he estado refiriendo —que han oscilado en el pasado reciente entre el autoritarismo y la inestabilidad— parecería que sólo regímenes basados en el pleno respeto de la voluntad popular podrían servir para generar el espacio al que me refiero. En otras palabras, la única “moneda política” posible en América Latina es aquella en donde la vigencia de las reglas de la democracia representativa se convierta en el denominador común para negociar modalidades de poder diferentes y no reducibles entre sí. Por cierto, que como ya sugerí afirmar que la regla democrática es la única viable no significa postular su inevitabilidad. Una alternativa verosímil, y desafortunadamente probable en algunos casos, es la ausencia de reglas y una consiguiente intensificación de las tendencias entrópicas. ◇

Los relevos del corporativismo

Corporatism in Dead! Long Live Corporatism!
Philippe C. Schmitter

1

Hasta hace unos años se creía corrientemente que el corporativismo era una malformación histórica, excepcional y perversa, que sólo cuajaba en condiciones de atraso y en regímenes autoritarios. Esta mirada –proveniente de una tesitura ideológica que se remonta a las formulaciones clásicas de la modernidad y es cultivada por el liberalismo y por el marxismo– quedará consagrada por la aparición de los fascismos europeos, que a partir de esta normativa se convierten en ejemplos paradigmáticos. El examen de la experiencia latinoamericana del populismo y de los Estados “burocrático-autoritarios”, no hará sino reforzar el enfoque.

Aunque tales esquemas siguen siendo vulgarmente aceptados y pesan en las facturas del sentido común, los estudiosos de la cuestión saben hoy que las relaciones corporativas son elementos habituales del desarrollo del capitalismo, en sus distintas fases y con distinta intensidad: en algunos lugares con una permanencia tenaz, en otros con vaivenes y usualmente a través de ciclos, con turnos de decadencia y resurrecciones sucesivas, que establecen “dinastías” diferentes.

Luego de los recortes parciales impuestos por el liberalismo decimonónico, las generaciones de esta raza conocen una prosperidad marcada. A tal punto que el nuestro ha sido “el siglo del corporativismo”, según el pronóstico de M. Manoilescu, que Philippe Schmitter trajo a colación¹.

Las especies que surgen en esta época difieren en mucho de las formas ancestrales procapitalistas y aun de las que se registran en los tramos previos al novecientos, en las ondas del mercantilismo y bajo influjos liberales. Su evolución atraviesa

Este texto sintetiza las proposiciones de la ponencia titulada “El fin del siglo del corporativismo”, que presenté en el seminario sobre “Relaciones corporativas en un periodo de transición”, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Los trabajos de ese seminario están recogidos en un libro de próxima aparición.

¹ Me refiero al trabajo inaugural de Philippe C. Schmitter, “Still the Century of Corporatism?” (*The Review of Politics* XXXVI/1974), cuyo título parafrasea el nombre del libro del autor rumano Mihail Manoilescu, “*Le siècle du corporatisme*” (Librairie Félix Alcan, París, 1936).

por diversos periodos y presenta diversas modalidades. La manifestación más ruidosa y por un buen rato la única destacada por los observadores, deriva de las composiciones autoritarias y específicamente, de los fascismos –en plural– con su abanico de variedades. Pero el corporativismo germina igualmente en los sistemas democráticos, incluso en albergues de fuerte marca liberal y en una proporción insospechada: así sucede en las sociedades avanzadas –que han tenido en este orden una experiencia copiosa– y también en las más “atrasadas”, notoriamente, en varios países de América Latina.

Contra lo que se cree de ordinario, estamos pues ante un fenómeno persistente, de vida larga y cambiante, con una comparecencia generalizada y poliforme, que tiene cabida en atmósferas sociales y en culturas políticas muy dispares, por lo que resulta “compatible”, según se ha dicho, con sistemas harto variados. Los escenarios contemporáneos presentan a este respecto una gama surtida y se alinean grosso modo en dos campos: sin perjuicio de otras taxonomías y de la periodización que cabe ensayar, hay en concreto una bifurcación mayor y al lado de las figuras autoritarias, antes y después, encontramos un corporativismo en democracia, que resulta ser en realidad el más común. La comprobación de estos hechos rompe con las mitologías evocadas, recusando la idea de una creación patológica, anacrónica, exclusiva del autoritarismo. Por añadidura, a partir de un planteo teórico actualizado y en una aproximación provocativa, es lícito sostener que este “neo-corporativismo”, como se ha dado en llamarlo, sirvió para abrir cauces de participación y es en rigor un factor clave del proceso de “democratización fundamental” (Mannheim), que se despliega en las sociedades del siglo veinte.

En el presente y aun después de la *reprise* liberal, se acepta con frecuencia, tanto en los ruidos políticos como en la academia, que una cuota adecuada de corporativismo –del “buen” corporativismo, cuya presencia solíamos orillar– resulta decisiva para la solidez de los sistemas políticos y es un insumo corriente en las tiendas de la democracia “real”². Los “sujetos

² Cfe. en este sentido la tipología y los argumentos de Gregory M. Luebbert, *Comparative Democracy*, Columbia University Press, New York 1986. Para un análisis extenso de estos temas, incluyendo una abogacía de las virtualidades democráticas y pluralistas del corporativismo bien entendido, ver Jorge Luis Lanzaro, *Neo-corporativismo y democracia en el capitalismo contemporáneo*, CLAEH, Montevideo, 1987.

del pluralismo" en las arenas modernas son prioritariamente los partidos, pero también y desde hace rato, las organizaciones corporativas y los otros actores colectivos. Las ciudadanía "sociales" de diferente cuño y las mismas procuraciones de clase han venido a enriquecer y no simplemente a recortar, el imperio –fundante y fundamental– de los principios de la ciudadanía política.

Para terminar con las paradojas: en América Latina, a la hora de las últimas transiciones, al paso de los años ochenta y en el umbral de los noventa, luego de tanta exhibición perversa y ante nuevas esperanzas, las aportaciones corporativas han sido visualizadas con sano criterio, como una de las piezas decisivas para la fundación, o el rearmado, de regímenes democráticos vigorosos y estables.

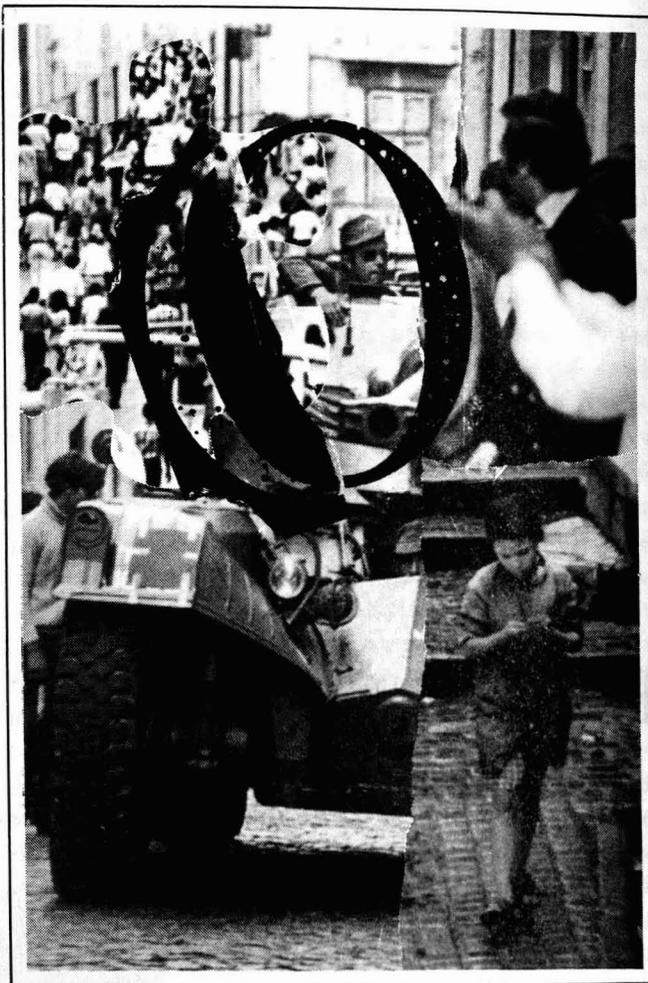
2

1. El descubrimiento de la dimensión general y de las conexiones democráticas de estos vínculos, se debe a la "primera generación" de "corporativistas" –encabezada por Philippe Schmitter y Gerhard Lehbruch– que supo recrear el concepto, sacándolo "de la cripta en la que el fascismo y varias experiencias autoritarias lo habían enterrado". Este "revival" de una problemática secular –que reanuda antiguas querellas y se apoya en algunos planteos precursores, como el que supo avanzar A. Shonfield en 1965– está asociado principalmente a la evolución que se registra en el mundo europeo a partir del recodo de 1986.

La observación de los compromisos políticos y de las concertaciones socio-económicas que se tejieron en aquellas comarcas durante la década de 1970 y en la primera porción de los ochenta, desembocó en una apertura seminal. Hubo una discusión acerca de las modalidades de "neo-corporativismo" que dichas experiencias vinieron a engendrar, se exploraron las alternativas de la trayectoria siguiente y el asunto dio pie a una revisión de los diseños corporativos de la etapa anterior, propios de la "era keynesiana" y de la ingeniería del Estado "social". En la coyuntura de la crisis de las postrimerías del siglo y al filo de una rotación histórica de envergadura, las corrientes teóricas a que aludimos –que se acompañan al debate político y a las controversias ideológicas del momento– dan curso a una reflexión que pone sobre el tapete el presente, el pasado y el futuro del corporativismo contemporáneo.

2. Habrá entonces espacio para una sociología del corporativismo –que se alimenta de muchas vertientes y crece con base en ciertos nudos de polémica– preocupada por la delimitación de su objeto y por el descubrimiento de las reglas con base en las cuales se desenvuelven esas hechuras.

Con el designio de resaltar el contraste entre los hallazgos actuales y las especies "clásicas", menudean las referencias a la sociedad "neocorporativa" y más generalmente, al "neo-corporativismo". Esta demarcación, especialmente referida a las manifestaciones de signo autoritario, a los fascismos y a los regímenes populistas –que es un propósito primario del "revival"– viene acompañada de un empeño paralelo, por momentos más absorbente, que ha de moldear varios de los



desarrollos teóricos en curso y que tiende a separar las configuraciones "neo-corporativas" de los diseños –también "clásicos"– de la "group politics" y del pluralismo³.

Con esos puntos de partida, se fabrica una serie cuantiosa de definiciones y tipologías, de pretensión comprensiva, que tratan de abarcar las diferentes realizaciones concretas y establecen distinguos entre ellas. Es así que, siguiendo la huella de aproximaciones anteriores, se habla de un corporativismo –o más púdicamente, de un "corporativismo"– "democrático" o "liberal", que se opone a los modelos autoritarios (Lehbruch), o bien de un corporativismo "societal", más o menos distante del corporativismo "de Estado", del que teníamos más oídas (Schmitter). Se acuñan expresiones –como "pluralismo corporativo" (Maier) y corporativismo "pluralista" o "voluntario" (Harris, Crouch)– que acoplan términos de orí-

³ Quizá el mejor ejemplo de esta preocupación a dos puntas, que remite por ende a un esquema triangular, lo proporciona el propio Schmitter en su trabajo inaugural ("Still the Century of Corporatism?", cit.) ya que coloca de un lado al pluralismo y del otro sus dos tipos de corporativismo (el "de Estado" –de encuadre autoritario– y el "societal" –de encuadre democrático). Aquí se presume una diferencia de naturaleza entre el pluralismo y el corporativismo que, como luego veremos, no resulta tan nítida. En todo caso y para un sector intelectual importante –en ancas de esta discusión y por las características "originarias" del "revival", a las que aludimos antes– el vínculo entre el neo-corporativismo y el pluralismo es sin duda muy fuerte –en buena medida constitutivo– y da lugar a un diálogo permanente. Una noticia sobre este relacionamiento se encuentra en Peter J. Williamson, *Corporatism in Perspective*, Sage, London, 1989.

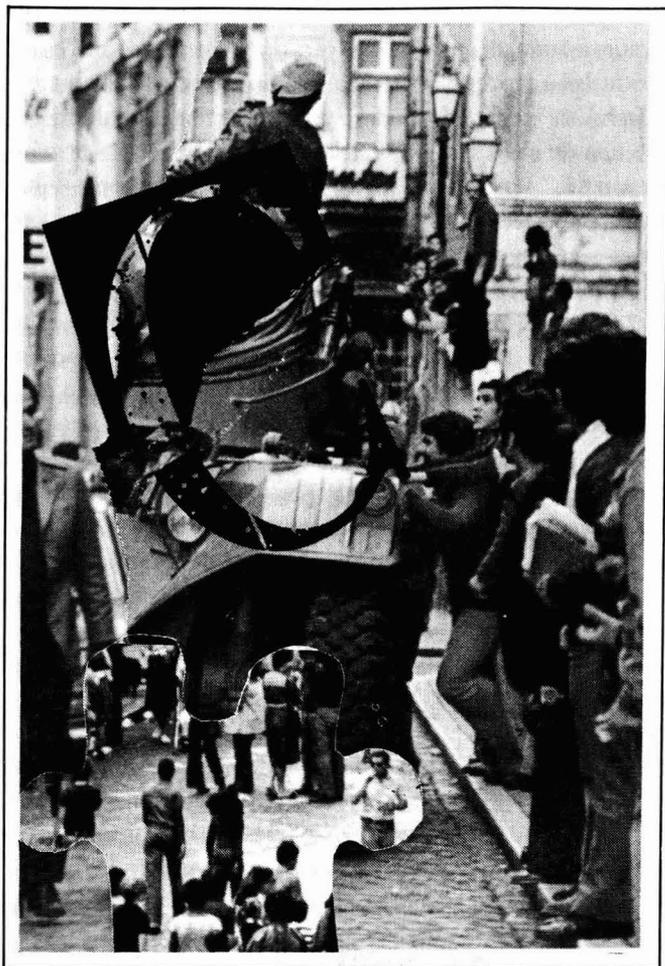
genes contrapuestos y que hasta el presente se consideraban antagónicos. En tren de exhibir modalidades, sobre un continuum, se dibujan arcos de asentamientos corporativos “fuertes”, “débiles” y “medianos” (Lehbruch); con cuadros “semi” o “quasi” corporativos (S. Beer, W. Berenson, Manuel Camacho), en un diseño que puede ser más “abierto” o más “cerrado”, intercalando versiones de corporativismo “auto-regulado” (Giner, Pérez Yruela).

En las cercanías, se perfila la distinción entre un corporativismo “dominante” –de andanzas muy aparentes– y un corporativismo “subordinado” que se comporta discretamente. Aunque no puedo detenerme en este punto, quiero anotar de paso que en la historia contemporánea, para no ir más lejos, es improbable encontrar verdaderas situaciones de corporativismo “dominante”, si por esto se entiende –en un sentido estricto– la capacidad de asegurar la unidad política de una sociedad determinada y de convertirse en consecuencia, en el centro de un sistema integrado por múltiples diversidades. Aun en los ejemplos clásicos, del corporativismo más grosero, los componentes de este género han estado por norma articulados –subordinados en rigor– a una ecuación de poder, de Estado, en la que prevalecen otras figuras políticas: partidos, “movimientos”, siluetas caudillescas, patriarcados personalistas, un “presidencialismo” fornido, fórmulas “populistas”, con cien combinaciones diferentes y en todo caso, con encuadres “nacionales” de alcances comprensivos. Sería raro que las mediaciones corporativas pudieran proporcionar por sí solas una “generalidad” pertinente, aunque extiendan largamente sus ramales. De hecho, cuando estas secciones priman en efectividad, nadie para rodeo del conjunto: no hay núcleos de dominación “universal”, sobresale la fragmentación, campea un corporativismo desnudo, a veces “salvaje”. Y se puede apostar que no se ha constituido allí un “sistema” –una arena común aceptable y un paquete de reglas– que opere como tal, en forma apropiada y reconocida. Algunas de las vicisitudes por las que ha atravesado nuestro continente son demostrativas de este aserto.

3

Los ecos del “revival” llegaron *par la suite* a América Latina. Los textos más conocidos empezaron a ser citados como referencia de algunos ensayos, en la consideración de las nuevas formas del autoritarismo y casi siempre para marcar contrastes. Sin embargo, eran contados los análisis sobre los usos democráticos del corporativismo vernáculo, que habían sido por otra parte menos sobresalientes. Esta perspectiva recién habría de desarrollarse con amplitud, una vez entrada la década de 1980, cuando se planteó la posibilidad de que también en estas tierras, acudiéramos a los “grandes pactos” o a una concertación social de proyecciones, para encarar la reforma de las estructuras políticas y la reconversión económica, en una civilización democrática.

La oleadas sobrevinientes, las dinámicas “post-keynesianas”, los espectáculos políticos y económicos del “neo-liberalismo” y en su caso, ciertos arranques “neo-populistas”, vinieron en seguida a colocar la cuestión en otros términos.



Cunden las estrategias de “individualización”, la política de ciudadanos adquiere otra jerarquía, se afirman las soluciones de partido y las movidas de base electoral. La clase obrera ya no está de moda y mientras los sujetos del trabajo cambian de fisonomía, los sindicatos pasan por un mal momento. Las participaciones gremiales, cuyas dimensiones se encogen, valen más que nada para los empresarios. El redoble de la competencia deja sentir las señorías del mercado, el poder de la propiedad, la autoridad del Estado. El capitalismo “desorganizado” estrena nuevos estilos de regulación, jerárquicos y excluyentes, centralizados en algunas materias, fuertemente descentralizados en otras, con pocos escalones intermedios y una flaca disposición contractualista. Todo lo cual –conjugado con los cambios en la producción, la reestructura de los procesos de trabajo y la innovación tecnológica– tiende a recomponer los segmentos laborales y fomenta la fragmentación sindical.

Con este panorama, el fin del siglo veinte parece traer consigo el fin del corporativismo. Como el búho de la sabiduría, que emprende su vuelo al anochecer y tal cual ocurre a menudo, por la propia legalidad de los trabajos teóricos –que suelen volcarse sobre un fenómeno a la hora de su nacimiento y en los puntos de crisis– los cultores del “revival” habrían llegado a (re)descubrir el corporativismo y a cernir sus versiones democráticas, justo en el momento en que tales alternativas se extinguen.

Hay que ser sin embargo cauto con las impresiones coyuntu-

rales. No es la primera vez que se baila sobre la tumba del corporativismo –al son de las partituras liberales– y al rato éste vuelve a aparecer en escena, con un espíritu cambiante. A la fecha, se verifica sin duda una rebaja en la centralidad de este tipo de mediaciones y es claro que la geometría “macro-corporativa” no ocupa el lugar –por demás excepcional– que tuvo en las dos décadas anteriores. Los acontecimientos no son empero homogéneos y allí donde ha tenido sus expresiones más “fuertes”, el corporativismo no cede con facilidad. Por otra parte, las tendencias evocadas no tienen necesariamente consecuencias terminantes y es lícito pensar que –como ha ocurrido antes, en otras curvas de la historia– asistimos a una transformación, más que al entierro, de las relaciones corporativas.

Resulta en consecuencia más pertinente pensar no en la caducidad terminante sino en la transformación de las articulaciones de esta especie y en un corrimiento de su lugar en el escenario político, que es lo que ha ocurrido de sólo, en cada viraje de la historia del capitalismo y del Estado moderno.

Una ojeada al panorama comparado confirma este criterio y enseña que si bien los giros actuales trastocan los funcionamientos tradicionales y allí donde la ofensiva liberal ha sido más agresiva, éstos quedan marginados –la transición circula entretanto por otras aperturas, que reanudan con signo distinto la experiencia precedente. En rigor, las nuevas regulaciones económicas y políticas, no quedan libradas al juego del mercado en forma exclusiva, sino que pasan asimismo por los

arcos de la convencionalidad de clase, en una combinatoria de tonos variados y con un “dualismo” como el que ha habido tantas otras veces.

Se llega así a modular una escala de relaciones bilaterales y tripartitas de diferente alcance, que encaran viejos problemas y desafíos inéditos, resoluciones de mercado, repartos comerciales y apoyaturas financieras, “protecciones” de nuevo cuño y regulaciones de “apertura” en el paño interno y en el ámbito internacional, estatutos laborales, marcas de inflación y de empleo, acotamientos a la desocupación, convenios de productividad y tarifas salariales, prestaciones de seguridad social y cuidados del ambiente de trabajo, procesos de calificación y movilidad, reconversiones productivas e incorporación tecnológica, instrumentos de control y participación, adelantos de democracia industrial y reconducciones del estado social. Esto da pie a una dinámica corporativa de recambio: un nuevo “neo-corporativismo” si se quiere, que encuentra escollos y tiene sin duda sus limitaciones, pero goza de buena salud. Pasado el tiempo de los impactos mayores, en forma más discreta y ordinaria, con las mudanzas del caso, este orden de mediaciones sigue siendo un engranaje considerable en la maquinaria de las democracias “reales” de la actualidad.

Ya no luce como antes el “macro-corporativismo”, con sus operaciones normalmente tripartitas y con cierto grado de institucionalización, dedicado a resolver “grandes cuestiones”, con propósitos de ordenación global (“system steering”) en materia de economía y de gobierno. Sin embargo, puede ha-



ber nuevos ensayos de ese tenor, en base a los tratamientos "participativos" (el régimen de consultas, la creación de comisiones especiales) que empiezan a recibir en algunos de nuestros países, los problemas nacionales de mayor calibre: integración regional y reconversiones industriales, reforma del Estado, reforma educativa, reforma de la seguridad social y otros intentos concurrentes de "modernización".

Más clara es la prosperidad que alcanza el "meso-corporativismo", mediante experiencias de alcance medio, referidas a asuntos más acotados pero de relevancia, que envuelven a las agencias estatales y a los representantes de las gremiales o de algunas firmas interesadas. Este rango de acción —que tuvo manifestaciones de envergadura antes de que apareciera el corporativismo de "peak level"— presenta ahora nuevas dimensiones y da lugar incluso a ejercicios de "gobierno privado". Las negociaciones y los acuerdos de este tipo remiten a un debate "sectorial" —en una rama específica de actividad— o tienen un anclaje "territorial", con pretensiones de orden nacional o regional (transnacional) y andamientos de carácter local. A su lado encontramos además un "micro-corporativismo", del que también hay precedentes, que opera en la esfera de competencia de una oficina pública determinada y más comúnmente a nivel de empresa ("plant bargaining"), en un manojito de arreglos particulares. Se trata de ejercicios de monta pequeña, más localizados.

En ambos casos se registran intervenciones tripartitas, pero a menudo tenemos celebraciones bilaterales: sea porque las partes de clase se entienden directamente —en un tipo de corporativismo "privado" como el que han soñado los corporativistas "anti-estatales" de todos los tiempos— sea porque se dibujan secantes de relación entre el gobierno y las cámaras empresariales. En este último casillero hay que incluir los vínculos que se han ido tejiendo en varios países de América Latina a partir de la década del 80, con el virtual desarrollo de un "nuevo empresariado", a raíz de las reconversiones en curso, de los avances de integración y asimismo, de los cambios —en el sentido de una "democratización"— que surgen en la esfera política. A título de hipótesis, encabezando un proyecto de investigación sobre este punto, he sostenido que el avance neo-liberal, en lo político y en lo económico —que hace pesar los comportamientos individuales, gracias a la prioridad que adjudica a los sujetos de mercado y a las figuraciones ciudadanas, a la "política de partidos" y al coeficiente electoral— repercute asimismo en la expansión de un "neo-corporativismo empresarial", nada desdeñable⁴.

En general, las fórmulas corporativas en las que pesan los núcleos de trabajadores tienen una presencia menor. Cabe em-

⁴ Cfe.: Jorge Luis Lanzaro, "Business in a Restored Democracy: The Role of Industrial and Trade Associations in Uruguay since 1985" (Universidad de Stanford, 1990). En una mirada preliminar se puede observar la multiplicación, la diferenciación y una especialización creciente en el conjunto de las asociaciones empresariales —un nuevo pluralismo si se quiere— que viene acompañado del perfeccionamiento y un aumento de las actividades que esas organizaciones desarrollan. Para explicar este giro hay que tener en cuenta las transformaciones corrientes en el mercado político y en el mercado económico, así como otras incidencias, que recomponen el cuadro nacional, los haces regionales y los vínculos a nivel mundial. También influye la centralización de las gestiones del Es-

pero avizorar ciertos cambios en este orden, con el desarrollo —aún incipiente y discreto— de un nuevo sindicalismo, con los adelantos democráticos, los giros políticos e ideológicos y el trazado de estrategias de recambio, con las que los gremios laborales comienzan a salir de las actitudes defensivas y tratan de seguir el paso de la modernización.

Aunque incluyen elementos flamantes, los relevos actuales del corporativismo pueden compararse al corporativismo descentralizado posterior a 1930 y se parecen bastante a los que florecieron antes de aquella fecha, en etapas de mayor predicamento liberal. Aparece un corporativismo de cabotaje, adaptado a los desplazamientos cortos y a objetivos cernidos. Por oposición al corporativismo de vinculación con el Estado, que prevaleció en las estaciones previas, es éste —valga la paradoja— un corporativismo de mercado, que opera en un mapa de pluralidad y eventualmente, de mayor pluralismo.

A diferencia de lo que pudo ocurrir anteriormente, en una práctica que afirmaba los diseños keynesianos y fordistas, no hay aquí necesariamente una inclinación a la homogeneidad, ni una simple generación de "rigidez": si bien media un propósito de "moderación", que se cubre de los choques del Estado y del mercado —lo que supone una consecución de tendencias igualitarias y compensadoras— el corporativismo más "actualizado" puede llegar a ser aunque parezca mentira, un productor de flexibilidad y de diferenciación, que induce ciertas entradas de heterogeneidad y permite seguir el ritmo recrudescido de la competencia. Los sesgos de descentralización ya mencionados, no revocan obligatoriamente las instancias de coordinación, pero ocupan espacio de nota y el campo queda regado por desempeños que se ajustan a un temperamento informal.

Así, lo que en una noción estrecha puede ser considerado llanamente como una defunción de las geometrías corporativas, con un concepto lato como el que hemos manejado, respetando mejor las enseñanzas de una historia de rotaciones sucesivas y a la luz de las indicaciones que anteceden, puede ser visto como un cambio, radical sin duda, en la tipología de estos ordenamientos.

Concluida la era del corporativismo keynesiano, que apuntaló las construcciones del Estado social y pasado un periodo en el que hubo otros ejercicios emergentes, transitamos alternativamente por otra ronda de corporativismo, con dominio liberal, en la que se retoman ciertos trazos del pasado, pero en la que han de advertirse asimismo ciertas innovaciones, con cauces hasta ahora desconocidos y que todavía no se despliegan plenamente. Al fin del "siglo del corporativismo", con los altibajos del caso y en un plano de coloraciones muy variadas, atravesamos pues por una estancia en la que pueden estar esbozándose, sin aspavientos, las siluetas de un nuevo ciclo corporativo. No hay que asombrarse, porque ello no haría sino marcar la reposición de un insumo corriente en los sistemas modernos. ◇

tado, el refuerzo de la jerarquía burocrática, los nuevos estilos del gobierno —más autónomo, ocupado de las "grandes" variables, relativamente alejado de los particularismos— y los efectos de la apertura democrática, a partir de la cual se rompen los exclusivismos autoritarios y se pluraliza el espectro de actores.

El fracaso del Estado

Apunte sobre los límites de la transición democrática

El año pasado, y después de muchos de lentas, confusas y torpísimas investigaciones, se detuvo como presunto autor intelectual del asesinato de Manuel Buendía al que era, en el momento del crimen, Director Federal de Seguridad.

Hasta entonces, si no me equivoco, éramos muchos los que suponíamos que debía estar implicado en el asunto. A partir de su detención, en cambio, a muchos también nos vino la sospecha de que era, acaso, "el menos implicado" de todos.

Una paradoja que no necesita explicación. La costumbre de la desconfianza es demasiado vieja.

Ese "pequeño misterio" del asesinato de Buendía se junta -y por eso importa- con incontables otros "pequeños misterios" que empiezan o terminan con la muerte de alguien. Desapariciones, torturas, asesinatos, y desoladores laberintos judiciales, en una trama que hace difícil -y a lo mejor inútil- distinguir la política de la delincuencia.

Todo ello está en el fondo de nuestro sentido común. Y por eso es más extraño todavía que, en el debate doméstico, se excluyan de manera impensada, natural, dos soluciones políticas: la insurrección popular y el golpe de Estado militar.

Ocurre acaso, así lo pienso, que las mismas condiciones que nos dejan excluir el golpe y la insurrección, son las que generan esa otra violencia. Y tal vez también las que nos han mantenido, desde hace dos siglos, en la ambigüedad de un terreno siempre intermedio, donde ningún propósito ha podido cumplirse con integridad.

1

Fijarse en los desmanes de la policía, por ponerlo así, para explicar el orden político puede parecer desproporcionado. No lo es. Porque en algún punto, los crímenes por razones de Estado se confunden con la pura delincuencia. Y eso, ese posible -incluso frecuente- uso privado de la fuerza pública pone en evidencia cosas más importantes.¹

Hay entre la naturaleza del Estado de Derecho y la policía vínculos más sólidos y más estrechos de lo que se suele pensar. Y es asunto que merece atención.

Hablando sobre la policía de Luis XIV, el diputado revolucionario Lémontey decía:

Un lazo nuevo fue inventado para esta nueva máquina. El rey desconfió asimismo del poder militar y del poder judicial. Creó, a expensas de uno y otro, la institución de la policía, que tuvo la actividad del primero y algunas formas del segundo. Su verdadero objetivo quedó escondido bajo algunas buenas acciones. Pareció nacer de los progresos mismos de la civilización, y querer proteger tan sólo el reposo de las ciudades, los placeres del rico y la salud del pobre. ¡...! La policía se convirtió en el ojo del trono y la argamasa de la monarquía...²

Si llevásemos adelante su conjetura, cabría pensar que las "deformidades" de la policía mexicana dejan traslucir no sólo la precariedad de las garantías, sino un defecto, una grieta en la propia constitución del Estado. Algo que, a pesar de toda la estabilidad y la paz social, tiene que ver con aquello del monopolio de la violencia.

Ese es, si no me equivoco, el pantano en que se encuentra la política mexicana. Sin ir más lejos por ahora, creo que la conjetura apoya bien una reflexión sobre la situación actual.

Hoy en día, las reformas -económicas y políticas- prometen mucho más que nunca antes, pero los "costos sociales" son también mayores que nunca antes. Y sin embargo, en cosas, en muchas cosas, da la impresión de que todo cambia para que todo siga igual.

La verdad es que el proyecto del Presidente Salinas está lleno de ambigüedades, incluso de inconsecuencias. Y creo que es un error, un error de óptica, culpar de ello al PRI. Porque su poder no llega a tanto, y porque todos los vicios de nuestro orden político -o casi todos- vienen de mucho más lejos.

Y no excluyo, por cierto, eso que han llamado "cambio civilizatorio" del siglo veinte³; pero creo que hay que tomarlo con más cautela. Sobre todo porque hoy es evidente que, por fortuna, si hay evolución o "desarrollo" político, sus pautas,

² Citado en Lucien Jaume, *El jacobinismo y el Estado moderno*. Madrid: Espasa Calpe/Instituto de España, 1990, p. 54.

³ Es la tesis, conocida, de Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*. México: Cal y Arena, 1988, p. 155 ss.

¹ Por supuesto eso no es algo privativo de nuestro orden político; pero acaso sí tiene, entre nosotros, algún carácter peculiar. Sobre el tema, ver Hans M. Enzensberger, *Política y delito*. Barcelona: Seix Barral, 1968, passim.

sus formas y su destino son bastante inciertos y, desde luego, diversos.

Para decirlo en una frase, hoy el PRI no hace sino "parasitar" una estructura política y moral tramada por la sociedad mexicana en los últimos dos siglos. A pesar de todos los cambios, en lo fundamental, en la precariedad del dominio estatal, la estructura no ha hecho sino reproducirse.

Por eso mismo, los empeños "regeneracionistas" como el de la reforma salinista han sido bastante frecuentes, y frecuentemente fallidos también.

Habitualmente, cuando se acentúa la dimensión conservadora del proyecto, se le busca un paralelo histórico en las pretensiones científicas de los últimos gabinetes del General Díaz. El símil, sin embargo, no me resulta convincente. Aquella cómoda gerontocracia, tan confiada en las virtudes de la evolución, se parece poco a lo que ahora tenemos.⁴

Se me antoja, en cambio, que hay semejanzas mayores, y de más interés, entre este equipo de gobierno y el grupo de políticos liberales que realizaron la Reforma entre 1856 y 1867. Como éste, aquél era al principio el proyecto de una exigua minoría, compuesta sobre todo por hombres de letras; como éste, aquél era un proyecto de "modernización" general, que comenzaba por restaurar "el decoro" de la autoridad. Y como éste, aquél se tropezó con su sociedad.

2

Probablemente no haya habido nunca Estado en México, en el sentido moderno del término. Con más modestia, y con más seguridad, lo que puede afirmarse es que en los últimos dos siglos no se ha impuesto un Estado de Derecho eficaz y legítimo; no ha arraigado el principio de la autoridad impersonal, objetiva, ni la noción de la ley formal universal. Ni tampoco —y acaso sea la causa mayor de todo lo otro— la conciencia de un interés público.

Aunque no voy a insistir aquí mucho sobre ello, vale la pena tomar nota de que, en una medida difícil de precisar, en eso influye la tradición particularista del orden hispánico⁵. Pero hay también otras razones.

El fracaso de la lógica estatal moderna —porque de eso se trata— tiene que ver, en términos generales, con las dificultades en el proceso de estructuración del mercado y de las identidades colectivas.

Hoy en día apenas hace falta señalar las concomitancias entre el desarrollo de las relaciones individuales e impersonales del mercado, y la afirmación de la autoridad soberana e impersonal del Estado. Concomitancias lo mismo lógicas que históricas.

Sólo los individuos pueden ser ciudadanos. Los individuos privados, reunidos en calidad de público, son quienes pueden

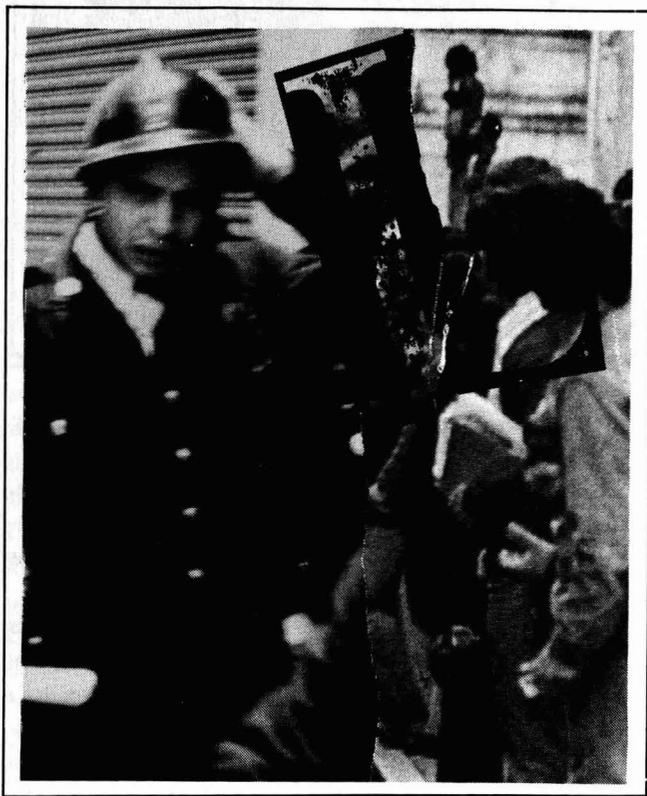
⁴ Y dejo de lado, porque no viene al caso, la imprecisión histórica que hay en asimilar a la camarilla de Díaz con los "científicos", y a éstos con los positivistas.

⁵ Falta todavía mucho por saber de la naturaleza y herencia de esa singular forma política que fue la Monarquía Hispánica, cuyo rastro seguramente acusan todavía nuestras relaciones políticas. Entre lo poco que se ha hecho en ese sentido, vale la pena ver Luis Díez del Corral, *El pensamiento político europeo y la monarquía de España*. Madrid: Alianza, 1983.

tener intereses generalizables, susceptibles de ser traducidos en mandatos formales y obligatorios sin distinción⁶. Lo que no hubo nunca en México, lo que no hay, es una estructura individualista del espacio privado. Mucho menos una construcción ciudadana del espacio público, del interés público⁷.

La heterogeneidad étnica, cultural, política, cuyo equilibrio había conseguido el régimen colonial, se reprodujo, tras la Independencia, bajo formas irregulares y, muchas veces, ilegales. Ni las comunidades, ni los gremios, ni los cuerpos, ni las jerarquías se disolvieron en la identidad genérica de la nacionalidad. A pesar del nacionalismo.

Todos buscaron el amparo de redes de solidaridad, de cuerpos, comunidades, clientelas, formas colectivas de expresión y



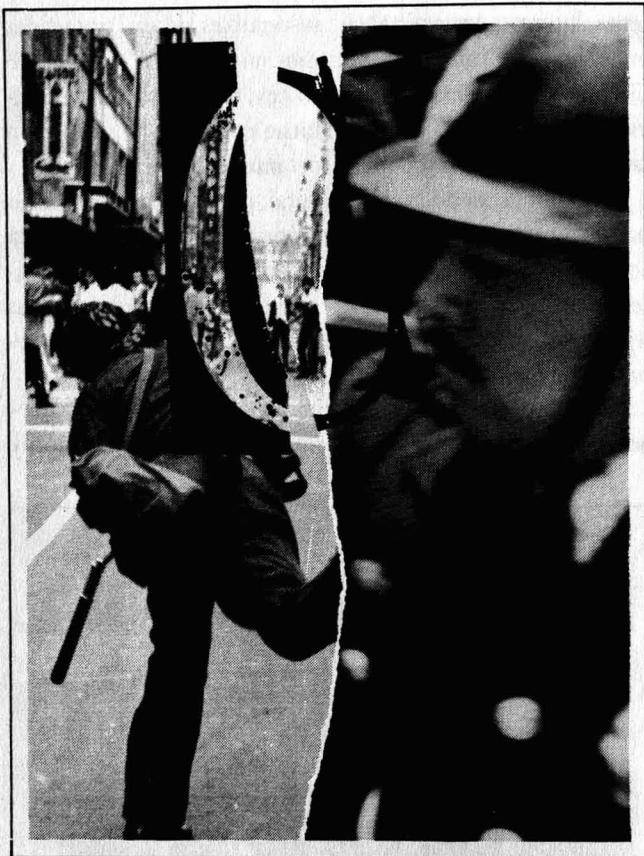
negociación. Para defender intereses siempre particulares, no generalizables. Y no entraba en los propósitos de nadie —o de casi nadie— la creación de una autoridad impersonal, que se impusiera de un modo homogéneo.

La supervivencia en el mercado era, para todos, asunto colectivo y no individual. Que complicaba relaciones de cuerpos y clientelas, alianzas familiares, redes locales y regionales, recursos públicos, funcionarios y políticos. Y otro tanto pasaba con la seguridad⁸. En un medio señalado por la desconfianza,

⁶ Sobre esto, la argumentación más conocida, entre las recientes, es la de Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gilli, 1981.

⁷ En lo que sigue apunto algunos de los argumentos que desarrollo en el libro *Ciudadanos imaginarios*, México: El Colegio de México, en prensa.

⁸ Hay mucho escrito sobre esto. Para un análisis de esa lógica "colectiva" de supervivencia entre los grupos más "modernos", ver Diana Balmori *et al.* *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*. México: F.C.E., 1990.



sólo era posible aminorar la incertidumbre con el recurso de las relaciones personales, de las lealtades inmediatas.

El orden político a que esto dio lugar no era, por cierto, el más propicio para el funcionamiento riguroso de las instituciones modernas. A pesar de las mejores intenciones de los constituyentes⁹.

Incluso hoy es fácil reconocer esa misma estructura. Antes que el imperio escrupuloso de la ley, buscamos todos el amparo de privilegios, la protección especial, la negociación de la desobediencia. Y eso ha permitido la consolidación de una extensa clase política que gestiona la estabilidad ofreciendo el incumplimiento selectivo de la ley como un "bien posicional".

En ese modelo, el uso privado de los recursos públicos, incluso de las leyes, no es una deformación, sino la estructura misma de nuestra forma "estatal"¹⁰. Gracias a la clase política, gracias a ciertas formas de corrupción incluso, hemos tenido un orden estable: estable, pero costoso, en ocasiones incierto, desagradable, paradójico.

3.

La estructura, hay que insistir, no ha sido creada por el PRI, ni es característica del orden posrevolucionario, ni necesita del

⁹ Por eso se les ha criticado con frecuencia, y con cierta injusticia, a nuestros publicistas decimonónicos, por lo que se supone que es un idealismo enajenado y elitista, o una compulsión eurocéntrica. Creo que el asunto es mucho más complicado.

¹⁰ Quien más ha insistido sobre esto, y con más agudeza, es Gabriel Zaid. Ver por ejemplo, "La propiedad privada de las funciones públicas", en *La economía presidencial*. México: Vuelta, 1987.

partido único para reproducirse. El propio Benito Juárez quiso restaurar el "decoro" de la autoridad, terminando con "la costumbre criminal y vergonzosa de transigir con el crimen"¹¹; y sin embargo, para mantenerse en el poder, para llevar adelante su proyecto de "modernización" tuvo que recurrir a todos los mecanismos clientelistas, corporativos, de intermediación política que, por su naturaleza, lo hacían imposible.

Una paradoja en mucho similar a la que hoy enfrenta la reforma salinista.

Hasta ahora, han cambiado de manera sustancial los contenidos de las políticas públicas, y en mucho se ha reformado el aparato institucional del Estado. Sin embargo, apenas ha cambiado en nada la naturaleza de las relaciones políticas. Y algo de eso se trasluce en las demandas de democratización o de limitación de la autoridad presidencial.

Para ser consecuente, esa reforma política tendría que asumir tres propósitos estrechamente asociados:

- 1) una estructuración individualista de lo privado, que hiciera posible el surgimiento de la *ciudadanía*;
- 2) un cambio en las actitudes hacia la ley, para que el Derecho, en efecto, *obligue* a todos; y
- 3) una relegitimación de la autoridad *estatal*, de modo que pueda reproducirse como tal.

Todo ello supone, empero, reconstruir el espacio público. Vale decir, suprimir a la clase política en sus funciones de gestión e intermediación parasitaria. Porque obliga a suprimir su recurso esencial: el manejo del incumplimiento selectivo de la ley.

Un cambio que sólo en parte tiene que ver con la transformación del PRI y la limpieza electoral. Un cambio que, francamente, no depende del talante democrático de la clase política, sino de la constitución de nuestro orden social.

Porque ni siquiera los atisbos de alternancia que tenemos nos dejan prometer nada muy distinto. Si la presunta transición llegara a normalizarse cabría esperar, eso sí, que los partidos de oposición adquiriesen ese "sentido de Estado" que es hoy patrimonio del PRI. Que adquiriesen su moderación e incluso su retórica, su complicidad con los crímenes de nuestra paz social, donde se confunden sin remedio las razones de Estado y las razones de establo, como las llamaba Baltasar Gracián.

Mientras tanto, seguirá siendo lo más racional confiar en el favor, en los privilegios, y no en el derecho. Seguirá siendo la desconfianza la actitud más razonable.

No es extraño, desde luego, que en tantas cosas nuestro orden constitucional y nuestra democracia sean imaginarios; porque nuestros ciudadanos son también ciudadanos imaginarios. ♦

¹¹ Benito Juárez, exposición ante el Congreso de Oaxaca, 2 de Julio de 1851, en Juárez, *Exposiciones (cómo se gobierna)*, Edición de Ángel Pola, México: INEHRM, 1987, p. 313.

Religión y Sociedad

Si se pregunta por la relación entre religión y sociedad, ya el modo de plantear la pregunta y la actitud religiosa frente a ella, hacen suponer que “religión” y “sociedad” son dimensiones diversas e independientes. Sin embargo, para el análisis socio-científico el concepto de religión es un concepto histórico y por eso mismo social. Históricamente y geográficamente siempre hay que contar con un alcance limitado del significado de religión. Por consiguiente quien clasifica los hechos sólo de manera histórica y geográfica corre el riesgo de operar con un prejuicio de carácter conceptual. Semejantes prejuicios difícilmente se pueden evitar, ya que pertenecen al instrumental propio de cualquier observación. Con todo, se puede hacer abstracción de la semántica histórica de la palabra religión y sustituirla por un planteamiento teórico.

Las siguientes reflexiones tienen su punto de partida en el supuesto de que aquello que queda indicado bajo la denominación de religión se cristaliza en la diferencia entre condiciones de vida que son familiares-confiables / y condiciones de vida desconocidas-desconfiables. Las sociedades más antiguas, las arcaicotribales, las pequeñas sociedades de los tiempos primitivos e incluso las civilizaciones altamente desarrolladas previas a la sociedad moderna se encuentran caracterizadas por esta diferencia.

Lo que se puede percibir mediante una mirada en retrospectiva como religión se deja adscribir a esta diferencia. Esto incluye mitos y ritos, prácticas de adivinación, la sabiduría que de allí resulta y, por supuesto, las prácticas mágicas de todo tipo.

Como la vida sólo se puede llevar a cabo en el ámbito de lo familiar-confiable, y aun allí hay que contar con lo sorprendente, se llega a introducir la diferenciación familiar / desconfiable en el ámbito mismo de lo confiable. Se aprende a tratar con los objetos sagrados, a contar con su calculabilidad. Lo desafiante se vuelve íntimo: el bisonte mediante su propia grasa arrojada en las paredes de la caverna se proyecta como algo casi domesticado. La magia se vuelve una construcción paralela a la causalidad indomeñada que puede ser domeñada a través de la forma. Las instrucciones que acompañan a la adivinación desarrollan, sobre todo en Mesopotamia y en China,

Esta conferencia fue escrita para ser presentada en el simposio sobre el futuro de la teología en América Latina, en la Universidad Iberoamericana, el día 25 de septiembre de 1991. Gracias al Departamento de Ciencias Religiosas de esa Universidad, podemos presentar aquí el escrito.

recetas para el trato con lo desconocido, lo ausente, lo simplemente futuro. La semántica del “misterio” sirve de protección de lo desconocido-en-lo-familiar para que no se vuelva banal. Sólo muy poco a poco se desarrolla la estructura narrativa del “mito” que reúne todas estas técnicas dependientes de la situación, en un contexto plausible. Y sólo muy tardíamente surge la idea de la presencia “simbólica” de lo desconocido en lo familiar.

Nuestro concepto de religión abarca sólo la domesticación de lo desconfiable en lo familiar, que aunque es una interpretación tardía de lo religioso, su preparación se vino consumando poco a poco a través del tiempo. La proyección de la moral al mundo de los dioses es un producto posterior del desarrollo civilizatorio, y obliga a asegurar la independencia de la religión frente a la moral mediante figuras como lo inescrutable de los designios de Dios, lo sagrado como gracia, las inversiones en la valoración de las personas (ricos/pobres, pecadores/justos). Esta incursión de la moral en la religión provocó problemas fatales en la teodicea: la justificación de Dios ante las desgracias y los sufrimientos por él mismo permitidos. Los ángeles como guardianes de la observación crítica de Dios con respecto al sentido de sus mandamientos y que trajo como resultado la caída de Luzbel. Evidentemente que ninguna de estas consecuencias son deseadas, y menos todavía después de haber estudiado teología. En la obra *Letters from the Earth* de Mark Twain se lee cómo un buen conocedor del cielo, Satán, describe los esfuerzos de los teólogos para hacer plausible la religión al hombre codificado ya moralmente.

Ciertas cosas sorprendentes de lo que, hoy en día, se entiende por religión llaman la atención cuando se selecciona como punto de partida aquella diferencia proto-arcaica entre familiar-confiable / desconocido-desconfiable. ¿Pero es adecuado este punto de partida?

Walter Ong S.J. trató de mostrar que el invento de la escritura y luego el de la imprenta acarrearón a la religión considerables problemas de adaptación. Para nuestro punto de partida esto resulta plausible. Mientras sólo existía la comunicación verbal, la sociedad dependía de la interacción de los presentes. Allí donde terminaba lo alcanzado por la voz, comenzaba el mundo de lo desconfiable. Era de esperarse que Dios, aunque invisible, le hablara al hombre con voz potente y penetradora. Pero con la escritura cambia esta situación. Casi habría que

imaginarse a Dios como escritor. La acción de Dios con Moisés a través de la zarza ardiente ya es un síntoma claro de esta dificultad. Pero sobre todo la tridinización de Dios pone de manifiesto el problema, pues se trataba de resolver un problema de comunicación de Dios para con el hombre en una sociedad que estaba acostumbrada al trato con los textos, pero sin poder exigir de Dios lo mismo.

La religión, en un primer impulso, se lleva a cabo verbalmente y sus textos siguen conservando huellas claras de un lenguaje oral. No es sino con la imprenta que empieza a cambiar radicalmente esta situación ya que toca directamente a la diferencia familiar/desconfiable. Evidentemente que todo esto se refería en primer término a los textos. Nadie puede conocerlos todos, pues cada quien conoce distintos: lo que es familiar para uno, no lo es para el otro. Lo distinto estriba en que este cambio de la diferencia directriz familiar/desconfiable sucede ahora dentro de la sociedad (!) y la religión se ve en la necesidad, como antaño, de seguir asignando una esfera más allá de la comunicabilidad. Así primero toma una actitud espiritualizada y, luego, en una especie de movimiento contrario, una disposición de organización eclesíastica. ¿Pero qué creencias pueden sobrevivir a semejantes cambios radicales? Debido a ventajas importantes de la tradición, la religión se reorienta mediante un código binario que se expresa de manera excelente en los términos de immanencia/trascendencia. Esto permite una transición casi ininterrumpida, ya que el mundo familiar de la vida cotidiana se puede concebir sin ningún problema como "de este lado", es decir, immanente al mundo; mientras que la trascendencia ofrece posibilidades de sucesión para lo que antaño se consideraba lo desconocido. De esta manera, la religión y en particular el cristianismo adquieren continuidad, prosiguen con el cultivo de la tradición y los textos y, aunque con dudas severas, hacen frente a todas las innovaciones; mientras que un observador podría tener la impresión de que todo había cambiado radicalmente, aunque de una manera difícil de determinar.

Una vez que el esquema de immanencia/trascendencia se ha impuesto, el concepto de Dios puede indicar una postura de amor o de fundación de sentido. Experimentar y comunicar dentro de este esquema presupone la orientación mediante un valor positivo que se opone a todas las diferencias y distinciones con las que uno se enfrenta en la vida: felicidad o infelicidad, alegría o sufrimiento, riqueza o pobreza, satisfacción o decepción, hasta vida o muerte; todo esto constituye una manifestación del amor de Dios. O formulado con terminología moderna de la constitución del sentido: la comunicación en el ámbito de la religión de todo lo que uno experimenta puede integrarse positivamente en el autorretrato.

Un código propio del sistema es condición de posibilidad de que en una sociedad diferenciada la comunicación pueda ser coordinada según la especificidad propia del sistema. Lo que hay que saber es qué comunicación pertenece a cada uno de los sistemas. Esto es posible mediante el reconocimiento del código. Si se trata de justo/injusto el procedimiento pertenece al sistema del derecho; si de pagar/no pagar, incursionamos en el campo de la economía; si se discute la verdad o falsedad de un nuevo conocimiento, estamos en el campo de la ciencia.

De una manera análoga, la comunicación mediante el código immanencia/trascendencia es cuestión de la religión. La diferencia de códigos de los distintos sistemas funcionales estabiliza la sociedad, ya que ésta concede autonomía a los sistemas para que orienten sus programas y sus operaciones conforme al código propio.

La autonomía de un campo especial de comunicación como es la religión sólo se puede alcanzar como autonomía *en* la sociedad y no *frente* a la sociedad. El problema no se encuentra entonces en la defensa frente a las influencias externas y mucho menos en la renuncia a caracterizar estados de cosas "mundanos". El problema radica más bien en la elaboración de una descripción propia del mundo y de la sociedad y en la autodescripción de la religión que sea satisfactoria en el contexto de la diferenciación funcional.

De este contexto surgen precisamente dificultades respecto a la determinación de la relación entre religión y moral. La moral es un medio de vinculación que circula por toda la sociedad y que coordina la autoestima y la heteroestima. Las condiciones bajo las que opera la autoestima o la autodesestima, si se trata de lo moral, deben ser las mismas que las del aprecio o desprecio ajeno. ¿Cómo puede, entonces, la religión integrar a la moral (que lleva implícita un sentido de exclusión) cuando predica que el hombre a toda costa debe saberse amado por Dios, aun en el caso del pecador?

El primer paso de las culturas escritas para superar la diferencia entre lo familiar y lo desconfiable como base de la religión, fue disciplinar al mundo de los dioses hasta postular a un Dios único (monoteísmo) que sólo puede ser bueno y nunca malo. Con ello se planteó la pregunta ¿por qué el Dios (bueno) crea lo malo y permite que el demonio actúe causando desgracias a los buenos? Con otras palabras, el primer paso de la integración social de la religión se llevó a cabo a través de la moral y acarreó, como consecuencia, problemas a la teodicea. Las soluciones que se le ocurrieron a la tradición fueron la renuncia al conocimiento de los designios inescrutables de Dios y a un tipo de valoración de las personas bajo reserva: sólo el día del juicio final se sabrá cómo Dios juzgará a los pecadores y a los justos, es decir, Dios vendrá sorpresivamente (Mt. 23-31 ss.). Pero todavía la interpretación teológica de la redención quedó ligada a la penitencia, es decir, al ajuste moral de cuentas. De esta manera surgió el problema de la autenticidad de las motivaciones penitenciales que terminan en el siglo XVII con el reconocimiento de lo inescrutable, lo incommunicable del acto penitencial, es decir, terminar con una sospecha sobre la autenticidad de las motivaciones que llevan al arrepentimiento. Para Pascal ¿quién que calcule racionalmente no querrá arrepentirse, sobre todo tratándose de la salvación del alma? Pero justamente por tratarse de un cálculo, no puede ser auténtico, ya que no ha salido del corazón. Así una paradoja fundamental se deposita en el ser humano como individuo; Pascal la resuelve en la diferencia razón/corazón. Todo esto ayuda poco al individuo porque ya no sabe si de veras se arrepiente auténticamente, y si también es honesto querer saber cómo debería comportarse y qué niveles de pecado son todavía dañinos con respecto a la salvación del alma.

Es evidente que a los teólogos les cuesta todavía mucho salirse de esta individualización del problema y ofrecer otras soluciones a la pregunta de si Dios ama aún a los pecadores. En la mística sufi existe el relato de la caída de Iblis, el ángel desobediente que es un observador de Dios y que experimenta sus órdenes como paradójicas; por eso no obedece y es arrojado de su lado. Iblis no puede arrepentirse porque se sabe amado por Dios y precisamente en la forma de condenación eterna encuentra la manera específica de distinción del amor divino. Su queja obstinada repite: "I am mated by him (estoy apareado con él), mated by him, mated by him" (cito a Maulana Dschelaladdin Rumi, 1207-1273).

Siguiendo el mito de Iblis, ¿podría reducirse el problema amor de Dios/condenación a un problema meramente de disposición del observador? Aquí podríamos atenernos a las observaciones de Mark Twain en *Letters from the Earth*: Dios,

según observan los arcángeles, creó un universo de autómatas, con lo que Él mismo se volvió prescindible. Con el fin de corregir esta situación y para poder introducir la libertad, la inseguridad y la necesidad de Dios en el mundo, introdujo el código moral entre los seres humanos. Pero esto no sirvió de nada, porque el hombre comenzó a imaginar a Dios como un ser moral. Evidentemente el problema consiste en adscribir a un creador un mundo que se refleja a sí mismo, diferenciado. Pero en cualquier caso, ya no existe congruencia entre codificación moral y religiosa ni en la tradición, ni en la actualidad. El reparto de las almas entre redentas y condenadas no es la verdadera función de la religión, sino acaso un tipo de servicio para una sociedad que tiene que efectuar el control social a través de la moral. Con todo, en la sociedad actual se sigue practicando la moralización universal en el sentido de la adscripción a lo "bueno" y a lo "malo", sin disponer ya de crite-



rios universales para el consenso —y esto bien que lo sabe la sociedad!; de aquí que el acoplamiento entre religión y moral tendrá que ser resuelto de una manera mucho más seria y ponderada que en las sociedades tradicionales, de lo contrario la religión quedaría irreversiblemente fijada a un sectarismo moral.

Si este esbozo sociológico de la relación entre religión y sociedad es confiable, muestra que la religión ya no puede apoyarse en la diferencia entre familiar/desconfiable, con la función de hacer accesible lo desconocido en lo familiar.

En la actualidad se ha perdido ya la unidad original entre sociedad y religión. En las culturas escritas de nuestra tradición esta unidad original fue sustituida por medio de la integración de la moral en la religión. Las grandes aportaciones reflexivas de la tradición teológica se deben a los problemas subsecuentes que resultaron de esta solución. Pero hoy en día se perfilan condiciones novedosas que podrían ser descritas como un proceso funcional de diferenciación del sistema religioso bajo su propia codificación. Si desde el sistema religioso se observan otros ámbitos de la sociedad, éstos aparecen como “secularizados”. Otros sistemas funcionales operan bajo códigos distintos, con la consecuencia de que bajo estas condiciones la sociedad tiene que renunciar a cualquier pretensión de una codificación global religiosa. Sólo el sistema-religión puede seguir manteniendo semejante pretensión de que la religión es la más importante de todas las demandas, pero sólo dentro del sistema de la religión. La sociedad, si se puede formular así, se permite una extravagancia tal dentro del sistema religioso.

¿Ante este estado de cosas, puede haber una teología adecuada? El problema no puede resolverse por medio de un rigorismo religioso-moralista con exigencias imposibles de cumplir que, al fracasar, se confirmen como religión. Más bien

se debería preguntar cómo puede ser todavía plausible que, opuesta a todas las diferencias, exista una diferencia directriz religiosa. En la codificación inmanencia/trascendencia, la religión significó que, traspasando todo lo positivo y lo negativo inmanente, existía todavía una positividad distinta que hacía posible reaccionar ante todas las experiencias con un sí enfático y ver en ello la gracia que le había tocado en suerte a la orientación religiosa.

En el tratado sobre *La Rúbrica de la Época* (1823) Friedrich Schlegel se queja vehementemente del desmoronamiento de toda unidad, mediante las concepciones del “ultra-espiritu” y de las posiciones absolutistas de los partidos políticos; y esperaba de la religión católica que pudiera volver a instaurar la medida y el respeto. No convenció a sus contemporáneos: ¿por qué la religión tendría que ser algo distinto mediante la forma específica de los dogmas y los credos, al punto de vista de un partido que absolutiza? Evidentemente la sociedad moderna está abierta a una multiplicidad de autodescripciones y descripciones del mundo que por principio son tan divergentes, que ya no es posible una “meta-narración” (Lyotard). Formulada en la jerga sistémico-teórica la sociedad se ha vuelto “hiper-compleja” y esto quiere decir: su complejidad incluye una multiplicidad de descripciones diversas de la complejidad.

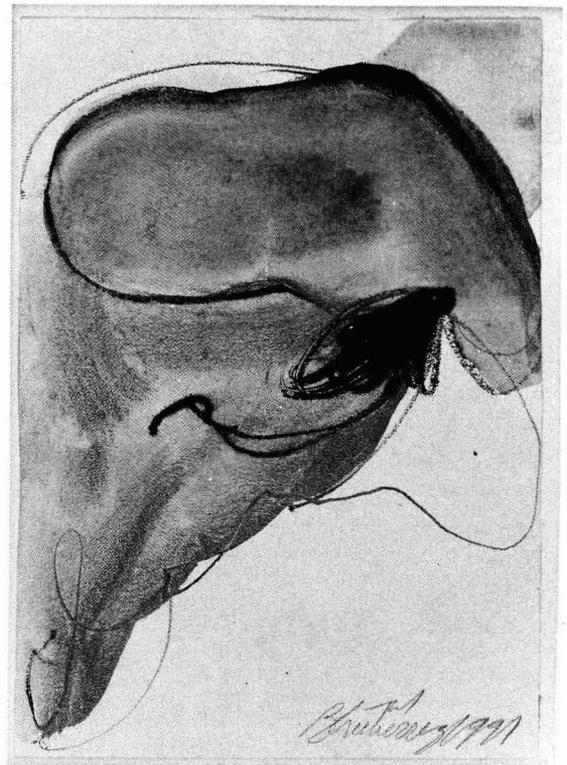
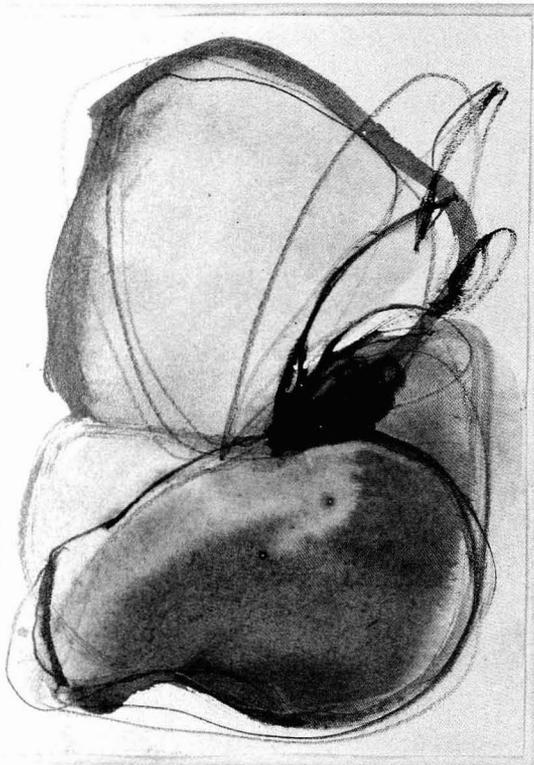
¿Pero quiere decir esto que la religión no es nada más que una ideología entre otras?

Se puede obtener esta impresión si uno se basa en un concepto de sociedad que suprime su diferenciación y si se adopta, en su lugar, una cantidad arbitraria de discursos en competencia. En cambio, si se concibe a la sociedad como un sistema funcionalmente diferenciado que especializa a fondo a sus subsistemas para la consecución de funciones especiales mediante la constitución autónoma de códigos, de programas específicos, de operaciones y límites propios, entonces habrá que modificar esta imagen de la arbitrariedad pos-moderna. Por cierto, no es que se vuelva a la imagen de una idea directriz socialmente unificada de la humanidad, de la razón o del progreso; pero los puntos de partida para la descripción del mundo y de la sociedad tampoco se pueden escoger al arbitrio. Los que se escojan, son resultado del esquema de la diferenciación social: los de la política diversos a los del arte; los de la ciencia, a los de la religión. La diferenciación social, podría decirse, instiga a los sistemas funcionales a rendimientos propios en la reflexión y esto con base en una autonomía sistémica, es decir, con base en un principio de no adaptación.

Cómo la reflexión de la religión podrá adaptarse a esta situación, es una pregunta que sólo podrá responderse desde dentro del sistema-religión. Sólo desde allí podrá mostrarse hasta qué punto el acervo de la tradición podría ser reinterpretado a la luz de este contexto, y hasta qué punto los detalles del dogma tendrán que ser sacrificados. Y sobre todo, al observar desde fuera, habrá que constatar si las religiones con una formación teológica y con tradición dogmática sobre Dios y la historia, podrán ofrecer mejores puntos de partida que las doctrinas religiosas basadas en la sabiduría de las paradojas abiertas que, por un lado, bloquean las descripciones, pero, por otro, las determinan menos. ◇



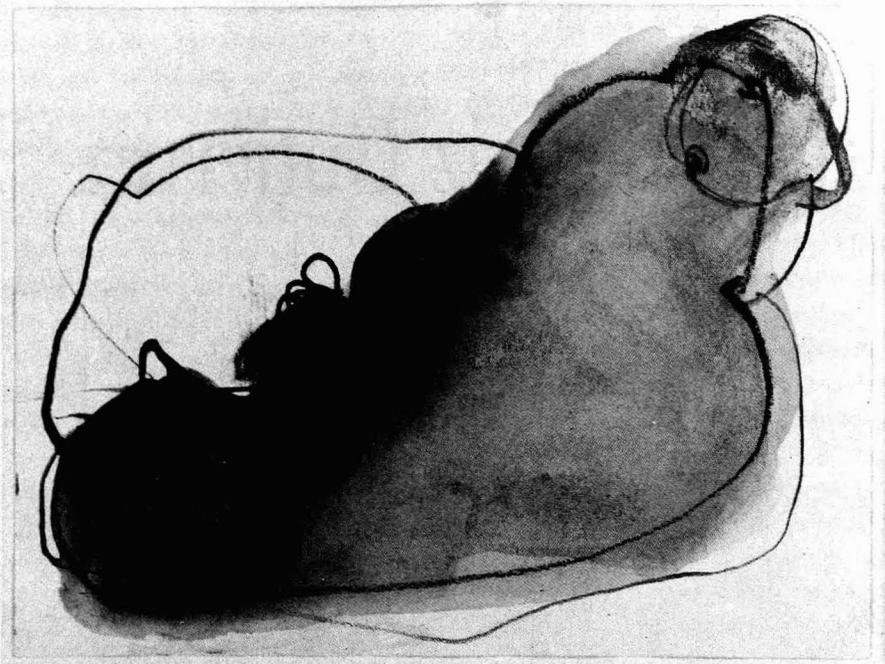
Invocaciones de Beatriz Gutiérrez



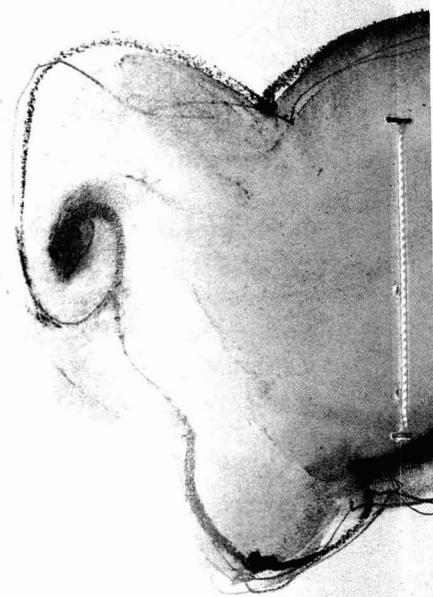
Invocaciones, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 18.5 x 13.5 cm c/u.

Las líneas que dibuja Beatriz Gutiérrez salen con rapidez de su centro, como cangrejos. Completan su recorrido, su círculo, voluntariosas y estremecidas, ansiosas, turbulentas. Algunas, en ciertas fronteras, se adelgazan, casi se esfuman y de pronto otras las continúan, gruesas, decididas, rabiosas. Y una vez que regresan, dejan dibujadas nubes. Suaves nubes surcadas por relámpagos: mujeres hechas de ligereza, de nerviosismo. Cuerpos que buscan su definición solos, silenciosos, felices como anillos de humo. Sin desesperación, pero con prisa.

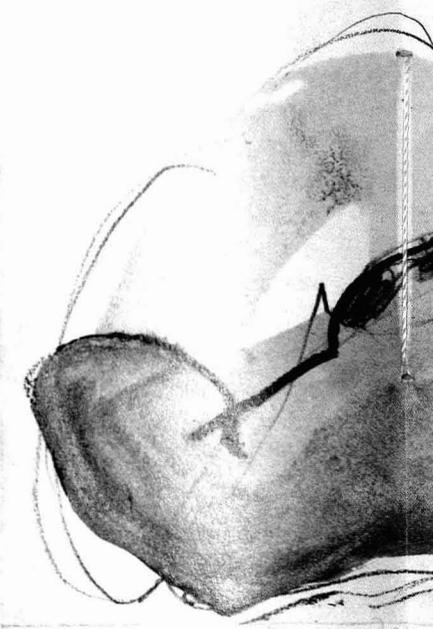
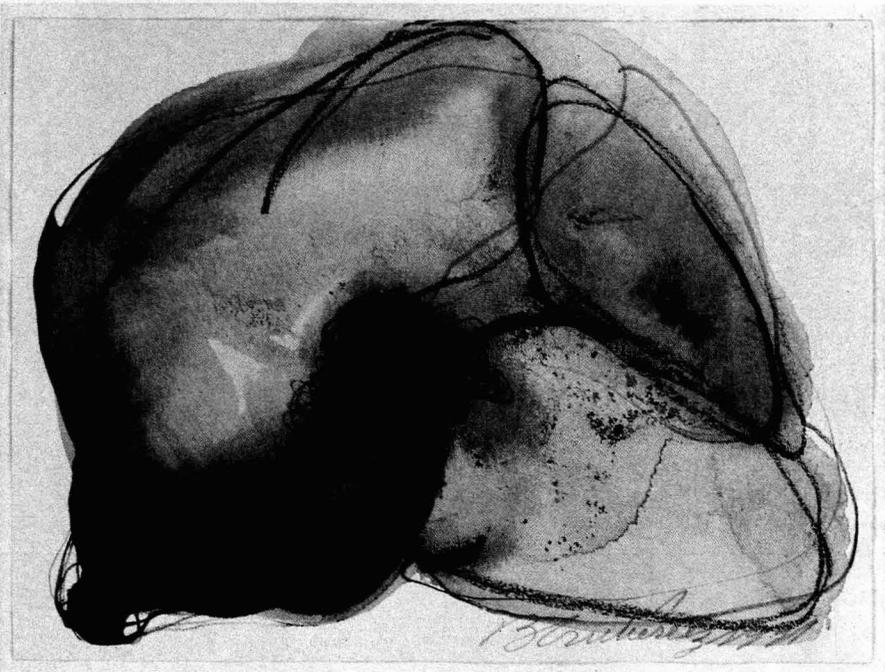
Son líneas que saben perforar, rascar, desgarrar. Y de repente, se vuelven lánguidas, sordas. Curiosamente, ese nerviosismo les confiere musicalidad. Sobre todo, ritmo. Un ritmo que radica en el grosor, en la velocidad. Estos cuerpos, exasperados por los trazos que los circunscriben, quieren abrirse. ¿Entregarse? ¿Parir? ¿Huir? Acaso son puro tacto. La única apertura es su sexo. Aquí, el trazo de Beatriz es grueso, furioso. ¡Qué rabia! ¡Qué carbonización! Pero no hay crueldad. Tampoco seducción. Los muslos, el pecho, luchan contra su piel. Van acaloradamente al grano.



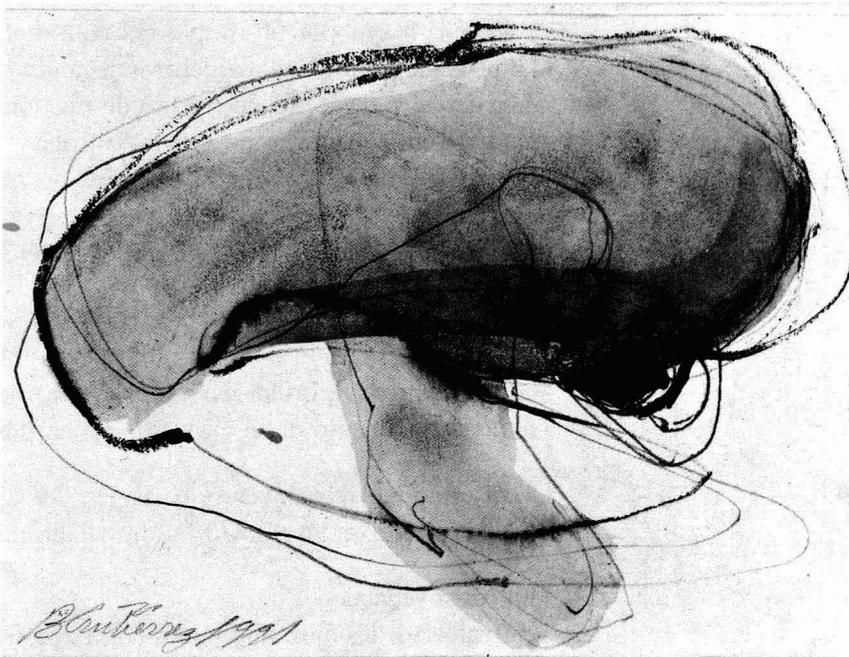
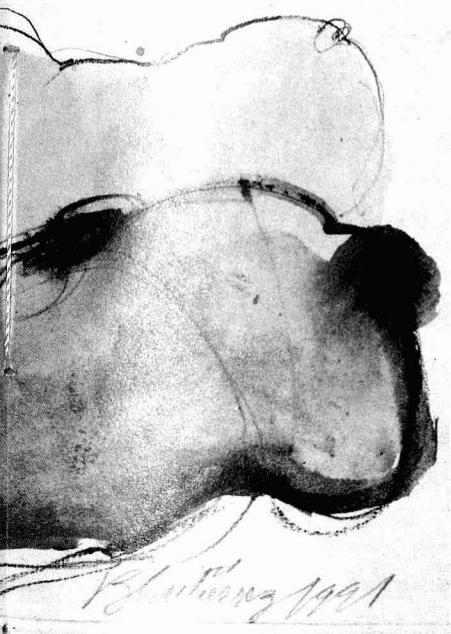
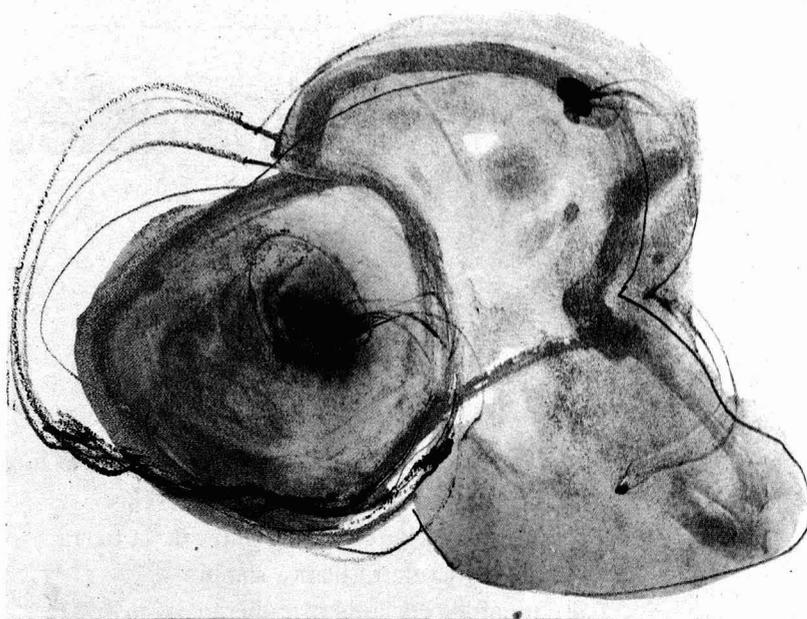
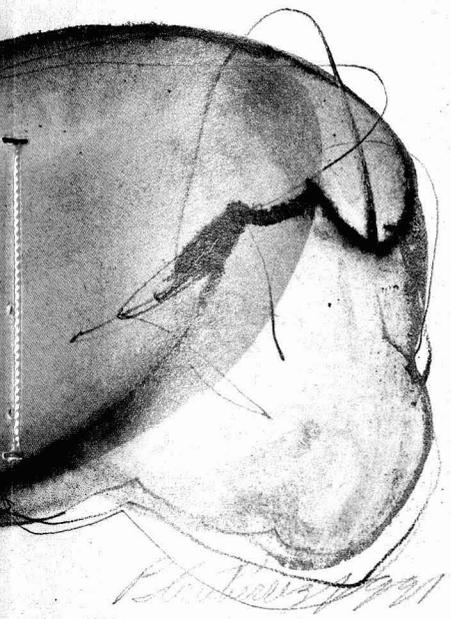
Viraje, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.



Altiplano, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.



También son paisajes mínimos. Los muslos, riscos altos. Aquel pecho, un volcán. El pezón, una estrella aislada. Una mujer son cinco gujarros. En cierto modo, estas mujeres remiten a los paisajes chinos: sauces, montañas. A ese gusto tan oriental por contemplar hasta la alucinación. Recuérdese, por ejemplo, el título de aquel antiguo libro de poemas:



Sol naciente, Sol poniente, 1991, Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.

El jardín en el grano de mostaza.

Beatriz Gutiérrez dibuja mujeres que son rocas. Rocas que son nubes. Nubes que son un enjambre de grillos.

Y también aros que giran a una gran velocidad. Garabatos de niña que, a su modo, son mujeres. ¿O mujeres que desean, con ardor, ser garabatos?

Por otro lado, estos dibujos podrían verse como figurillas votivas, dedicadas a las divinidades de la fecundidad. Aun rápidos, los dibujos de Beatriz, tienen la devoción, la concentración de un ritual. Quizá este sea el sentido de aquella inquieta mancha dorada que recorre sus dibujos. ◇

Manuel Lavaniegos

Eclipsiastés

Tan solo en el coito de la recámara de la luna,
en esa total y fugaz agonía te revelas,
y vibra en la piel de los entes de la tierra
el enigma de tu blanca sombra,
incandescencia de protuberancias negras.

¿Se perseguían en tantos giros sin llegar a acoplarse?
¿Cuántos circunloquios para un devaneo?
Y fue ella la que por fin traspuso el tabú de la luz.
La plateada doncella salida del mar jugando con su cuerpo,
desgarró el radiante tejido dorado de tus dominios,
mostró a las almas la madeja de melancolía
que agita a diario tu incendio absurdo.

Te tiende su nocturno vientre y apacigua tu ardor,
atrapado en su más pequeña redondez,
por instantes, los crueles destellos son pétalos
mortíferos,
la furiosa hoguera brillos para su diadema iridiscente,
sutil encantamiento de su curvatura de nardos.

¡OH! profundo recogimiento, parpadeo del vacío...
Tú también vives en tu corazón, horadado por el tiempo.

En coros vegetales
entreabiertos los ojos, musitamos con escalofrío,
¡Te alabamos! y ¡Te tenemos en misericordia!
Eres supremo astro, disfraz agujereado de tinieblas
flotando en el abismo de la impermanencia. ◇

Eduardo Casar

Sobre las dos raíces

Inoculada, transmitida,
desplegándose desde el núcleo de la primera hoguera.

Una mujer compacta y muy despierta,
de voz altisonante y ojos vivos.
(Un hombre del que no se tienen referencias.)

Otra mujer que suavemente.
(Otro hombre del que sólo se sabe
la longitud del trago que tardaba.)

Ambas mujeres,
una eslabón de un padre presente en su profética vehemencia;
otra eslabón de una mujer como
el agua de una lluvia directa y transparente y estela delicada.

Y luego yo.

La tierra removida, las venas telarañas,
la cara imaginando en la ventana espejos.
Para llegar a esto hubo aquel movimiento al que hoy el tiempo entierra:
encrespadas, profundas, las mujeres que fueron
intransferiblemente como fueron.

Porque pasan los hilos de la hoguera
entre el follaje capilar del tiempo.

La vida es hereditaria. ◇

Marco Antonio Campos

Un novelista por la totalidad

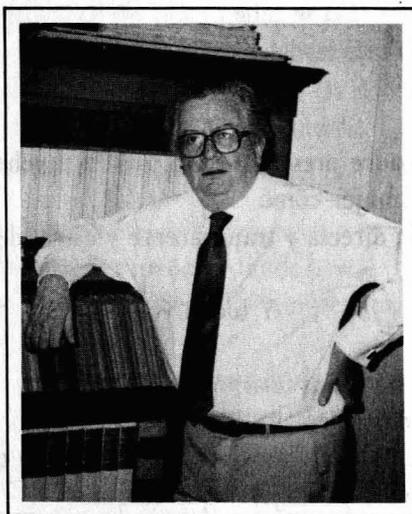
Entrevista a Fernando del Paso

*L*uego de Fuentes y quizá de Arreola, Fernando del Paso es tal vez el narrador mexicano más conocido en el extranjero. Con paciencia precisa, apresurándose lentamente, Del Paso ha escrito tres vastas novelas, novelas-río, que son parte ya de la buena memoria de nuestra literatura: José Trigo (1966), Palinuro de México (1977) y Noticias del Imperio (1987). Distintas entre sí, elaboradas hasta la desesperación, cada una es un mundo y una proposición de escritura. Sobre ellas, fundamentalmente, me aboco en la entrevista.

MAC: Empecemos un poco por lo obvio. ¿Por qué ha escrito en su narrativa novelas vastas o novelas-río que le lleva años elaborar?

FP: No han sido resultado de una intención. No me he propuesto de antemano hacer un libro muy extenso que me lleve muchos años de trabajo. Sólo he escrito tres novelas. *José Trigo* fue pensado de principio como un cuento. Se alargó, se volvió una novela corta y terminó en una novelota. Al principio la intención era modesta. Se complicó y crecieron las ambiciones. Y al ir la elaborando me di cuenta que ante todo quería realizar, dentro de mis posibilidades, un experimento lingüístico, exprimir el lenguaje, jugar con él, explotar todo lo que de musicalidad tuviese. Con los años *José Trigo* se volvió un libro muy complejo. Lo mismo cuando decidía que el andamiaje del libro fuera la mitología náhuatl, y en buena medida, la literatura bíblica.

Palinuro de México empezó también como un experimento, sin mucho sentido, sin saber qué dirección exacta iba a tomar. Con el tiempo fue volviéndose un libro rico, complejo, y ante todo, ambicioso. No pensé los años que me iba a llevar escribirlo, ni en el número de páginas que tendría. No hubo nunca un proyecto definido, ni siquiera vago,



salvo quizá en la tercera novela, *Noticias del Imperio*, donde me hice una serie de propósitos, que, con el paso del tiempo, fracasaron. Así, me propuse escribir un libro relativamente sencillo, que no pasara de las 300 o 400 páginas, y con el curso de los años el proyecto *se rebasó*. ¿Por qué escribir esos libros tan extensos y complejos? No lo sé. Tal vez sea una predestinación.

MAC: ¿Consideraría propiamente *novelas estos libros*?

FP: Eso ha estado en discusión. Mucha gente dice que mis libros no son propiamente novelas. Quizá no lo sean, y no

me afecta. No es importante ni terrible. Si no son propiamente novelas tienen mucho de novelesco. Son libros heterogéneos, o como se ha dicho también, heteróclitos. Para mí lo importante es que tengo lectores y esos lectores disfrutaban mis libros, sin que se pregunten a cada página: ¿estoy leyendo una novela?

MAC: Tengo la impresión de que sus libros, o para llamarlos por comodidad o aproximación o realidad, novelas, pueden interesar en determinadas partes a determinados lectores, o si se quiere, están concebidos para una multiplicidad de lectores que pueden aproximarse a ellos en determinados capítulos, pero que otros no los disfrutarán tanto. Gozarán más, por ejemplo en *Palinuro*, o la *publicidad*, o la *medicina*, o la *política*, o la *magistral picardía*...

FP: Tal vez, pero creo que el interés de determinados lectores —la medicina o la publicidad, digamos—, no tiene necesariamente un vínculo con la profesión o los intereses profesionales del lector, porque sé de médicos y publicistas a quienes los capítulos o partes dedicadas a su profesión apenas les han interesado o no les han interesado. En cambio sé de otros lectores, que sin conocer sobre esto, se han encantado, porque les reveló un mundo que hasta entonces

desconocían, y no necesariamente el mundo de la medicina o de la publicidad, sino el de la miseria humana o el de las maravillas y carencias del cuerpo, y de una cierta filosofía, sin duda elemental, pero que causa algún efecto, sobre qué son la vida y la muerte, la divisibilidad y la indivisibilidad. En cuanto a la publicidad, les interesan aspectos más pedestres, que les parecen graciosos y atractivos.

MAC: ¿Qué importancia tiene para usted eso que se llama contar una historia?

FP: Fundamental. Contar es en su base el objetivo de la narrativa: del cuento y la novela. Del teatro también, sólo que la forma es distinta. Y si vamos más allá, también del cine, siempre y cuando maneje bien su propio discurso, o, de otro modo, se vuelve teatro filmado.

A mí me interesa mucho contar historias, y aquí se enfrenta uno, como es mi caso con Maximiliano y Carlota en *Noticias del Imperio*, al hecho de contar dos tipos de historias: unas, las inventadas por el autor, y otras, las no inventadas, o sea, las que retoman algo que sucedió históricamente, y contarlos o volverlos a contar. Es algo que pudo haber sido contado muchas veces, pero que, de cualquier modo, en un andamiaje anecdótico, es el mismo. Nadie es dueño en absoluto de esa u otra anécdota, y cualquiera puede contarlas o recrearlas a su gusto. Y así, de la tragedia de Maximiliano y Carlota pueden hacerse, por poner casos, dos óperas, una buena y una mala, tres operetas, cinco novelas, diez obras de teatro, veinte cuentos, en fin. Representa eso un reto: cómo contarla. Y puede contarse en muchas direcciones, según el talento y las intenciones del autor.

Y como dije, la parte inventada. Todo mundo sabe que inventamos siempre a partir de elementos de la realidad: no sólo lo que uno vive sino lo que se oye alguna vez, o chismes, o chistes, de los que uno puede desentrañar su contenido simbólico. Y debe entonces inventar o disfrazar de tal modo la realidad para que *parezca* ficción.

MAC: ¿Usted inventa mucho?

FP: Pienso que hay bastante invención en mis obras, pero sería cuestión de estudiar cada capítulo, desglosarlo, y decir: esto lo inventé, esto no, esto lo medio inventé. Pero ¿qué es inventar? Tomemos, como base, la batalla de Camarón en *Noticias del Imperio*. Sobre la batalla hay sólo unas cuantas crónicas y todas escritas por franceses, quienes, por lo demás, se han abocado a festejar derrotas. Todos los pueblos celebran victorias militares; los franceses una derrota, la de Camarón, que la describen y presentan como heroica, sin darse cuenta que, menos que heroica, fue suicida. Las crónicas son escuetas y directas, pero la forma en que yo la cuento es inventada, y todo lo grotesco y surrealista que tiene en mi novela es creación mía. Yo la quise volver grotesca y surrealista, porque me parece que así fue, y que merecía ese tratamiento. Pero sin duda un novelista francés le daría otro punto de vista.

O el caso del "gringo viejo", en *Palinuro de México*. Yo sabía, como Carlos Fuentes, que Ambrose Bierce se había

unido a las fuerzas de Pancho Villa cuando éste había vuelto a ser un bandido, y luego desapareció. Lo que invento son las posibilidades. ¿Qué pudo haberle pasado a Bierce? Pudo sucederle cualquier cosa. Era un hombre muy viejo: a lo mejor le dio un infarto, o a lo peor, Villa dijo algún día: "Este gringo es un espía y hay que fusilarlo". Y yo había leído el cuento "Parker Adderson, filósofo", donde se cuenta de un espía de uno de los dos bandos en la guerra civil estadounidense. Se le apresó y se decide fusilarlo al día siguiente. El hombre se comporta al principio con una valentía increíble y filosofa sobre la vida y la muerte, hasta el momento en que van a fusilarlo, y se convierte en un cobarde, "llora como una mujer", dice Bierce. Y entonces yo juego en la muerte de Bierce con esa posibilidad, es decir que Ambrose Bierce haya reescrito ese cuento en los últimos instantes de su vida para no portarse como el sargento que creó, sino como un valiente. En eso hay mucha invención, aunque hable de per-



sonas o de personajes que existieron: Ambrose Bierce y Pancho Villa. Por ejemplo a éste lo dibujo como un verdadero esquizofrénico, pero de esto me di cuenta sólo más tarde. Villa —digo— tenía un ojo a la victoria y otro a la derrota y otro a su infancia y otro a su muerte... O también con el jardinero de *Noticias del Imperio*.

MAC: *¿Con el jardinero? no lo parece...*

FP: No lo parece, pero lo es. Mire: nadie está seguro que Maximiliano haya tenido verdaderamente una amante en los jardines Borda. Muchos historiadores, al considerarlo sin relevancia, se dividen: unos, que fue la mujer del jardinero, otros, que la hija. Nunca se sabrá. Yo me dije: si la hija del jardinero fue la amante, no sólo no habría muchas posibilidades de que el jardinero se ofendiera, sino contrariamente estaría muy orgulloso de que su hija fuera la amante del emperador, y que aun aprovechara esa circunstancia para su beneficio. Como novelista, en este caso, yo podía elegir: mi elección recayó sobre la esposa e hice que el jardinero la amara mucho y que ella fuera muy hermosa y él un hombre muy bondadoso. Y así lo escribí para hacer un ejercicio poético del abuso del poder.

MAC: *En especial en Noticias del Imperio se cuenta una historia. En las otras —lo ha anotado alguna crítica— se le ha reprochado la ausencia de un soporte narrativo que sostenga el todo.*

FP: En *José Trigo*, más que una ausencia de historia, hay un exceso de historias. Hay una columna vertebral, aunque acaso demasiado interrumpida con otras historias. Es evidente que hay un hombre que llega a un campamento y se encuentra con una mujer embarazada con un niño, quien muere después. Hay un líder ferrocarrilero (Luciano), quizá el personaje principal, que es una combinación de Demetrio Vallejo y de otros líderes, y suceden otras cosas, que son una mezcla de movimientos ferrocarrileros, con sus respectivas represiones, en los años cincuenta y en el curso del movimiento vallejista. *José Trigo* es toda esa historia.

Pero hay también *flash backs*. Hay dos capítulos sobre los cristeros, que son también una historia, donde se narran hechos muy concretos. Y está la historia del zapatero y está la del carpintero, en fin, es evidente que lo que existe es un exceso, que interrumpe, rompe y diluye posiblemente lo que podría ser el espinazo de la novela.

MAC: *¿Puede detallar un poco más el nacimiento y el desarrollo de José Trigo?*

FP: *José Trigo* nació de una visión plástica. Un día atravesaba el puente de Noalco y vi esa imagen, que se me quedó para siempre, de un hombre más o menos alto que llevaba sobre los hombros una cajita blanca, que era el ataúd de un niño, caminando por las vías abandonadas, y detrás de ellos iba una mujer encinta cortando unos girasoles que crecían en los llanos. Y volví un día y conocí los campamentos ferrocarrileros, y comencé a interesarme por los ferrocarriles y su historia, porque para mí, como he dicho otras veces, escribir ha sido un gran pretexto para leer y aprender.

Y empecé a estudiar los movimientos ferrocarrileros: el caso de Vallejo, el de otras huelgas de los líderes *charros*, las salvajes represiones que hubo en el sexenio de López Mateos. Y de pronto me vi en la necesidad de crear un personaje que fuera líder de los ferrocarrileros: una suerte de mártir o de dirigente ideal. Tal vez por una falta psicológica de seguridad en lo que inventaba necesité de andamiajes. Y por eso recurrí al andamiaje de la mitología náhuatl y la literatura bíblica: Luciano representa a Quetzalcóatl, y Manuel Ángel, a Tezcatlipoca, pero también Luciano representa a Luzbel, el ángel rebelde, y Manuel Ángel, al arcángel San Miguel, que lo expulsa del paraíso.

Me di cuenta que esos movimientos contenían diversos elementos muy moldeables, que podía mezclar los puntos de vista literarios aunque no me apebase a la realidad histórica. Borges dijo que más vale lo simbólicamente verdadero que lo históricamente exacto.

MAC: *Antes de que saliera usted de Mé-*

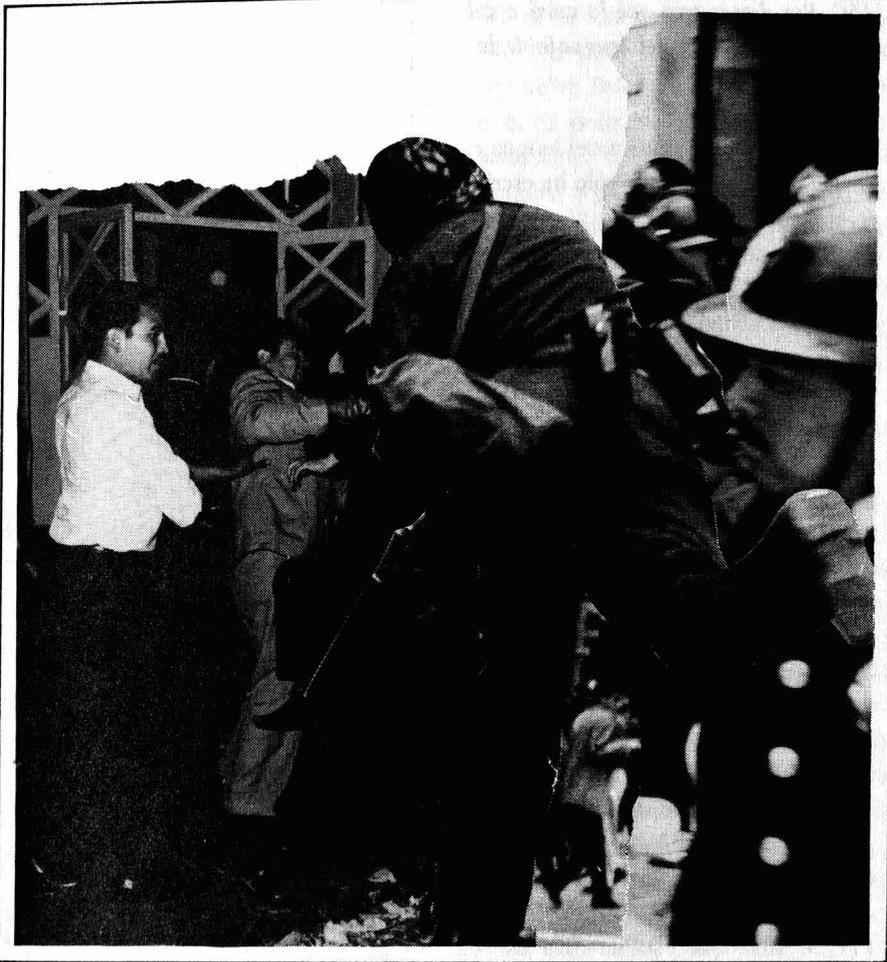
xico, hubo dos movimientos políticos que cimbraron las estructuras del sistema político mexicano y que usted recobró en sus dos primeras novelas: el movimiento —los movimientos— ferrocarrilero (José Trigo) y el 68 (Palinuro de México). Su larga estancia en Europa lo lleva más a la historia que a la política. ¿Se considera usted un escritor político? ¿Un testigo de la historia?

FP: Bueno, no me siento alejado de la política, más bien nunca he sido político...

MAC: *Eso no importa mucho para ser escritor político...*

FP: No, no creo ser un escritor político ni un testigo de la historia. A lo más un aprendiz de la historia. La política me ha interesado siempre. No me gusta la palabra intelectual, pero creo que a la mayoría de la gente relacionada con el pensamiento, le interesa la política, porque nos interesa el mecanismo de nuestras sociedades, nos interesan la libertad y el poder, la desesperación por el hambre, y desde hace algunos años, ya no sólo el destino del hombre, o de tal o cual país, sino del planeta entero. Son cuestiones de política general y de participación más o menos activa. En nuestro tiempo ya no existen las torres de marfil, porque el marfil está prohibido. El plástico es más barato y son, por tanto, torres transparentes. Tendríamos que hundirnos en un cerro —ni siquiera escondernos en la punta porque nos alcanzan— para no ver ni oír, porque en la televisión se presentan a diario tragedias espantosas. Estamos enterados de demasiados hechos. En ese sentido la política no ha dejado de interesarme nunca, porque la política, o al menos se supone en el mejor de los casos, se ha creado para solucionar problemas y conflictos. Pero me ha sido del todo ajena la participación activa en política como anhelar ser diputado o ministro. Es demasiada arrogancia creerse mejor que los otros para solucionar problemas tan complejos.

MAC: *Hablamos ya de los movimientos ferrocarrileros en relación con José Trigo. ¿Y el 68 y Palinuro?*



FP: Lo vivimos todos. Desde luego que no lo viví como estudiante; yo tenía 33 años, y era aún joven. El movimiento estudiantil me selló, pero eso no lo supe sino en Estados Unidos cuando Palinuro se me transformó de un estudiante de medicina anodino, no en líder, pero sí en un estudiante que le echó todo el cuerpo y toda el alma a la participación política. Entonces me di cuenta de lo importante que había sido para mí y el trauma que me causó.

MAC: Pero Palinuro es eso y muchas cosas más...

FP: Sí, pero el capítulo de "Palinuro en la escalera", que está realizado en forma teatral, es un capítulo pivote, porque en torno de él giran los otros, y sin ese capítulo quizá el libro se debilitaría mucho.

MAC: No le había dado tanta importancia.

FP: Es curioso cómo los personajes se escapan al autor y eligen su vida y hasta

su muerte. Cuando me di cuenta que Palinuro tenía que ser un estudiante idealista, aun ingenuo, me dije: "No puedo matarlo en Tlatelolco, porque sólo he escrito una novela y mi personaje, Luciano, muere en Tlatelolco. Un segundo personaje en la segunda novela es excesivo. Por eso lo maté en su casa a resultas de una golpiza, no en Tlatelolco, sino por los tanques cuando se abrieron las puertas de Palacio Nacional. Sin embargo es increíble la cantidad de gente que ha dicho, y aun en solapas de ediciones se ha escrito, que versa sobre un estudiante de medicina que muere en Tlatelolco. O sea Palinuro eligió su muerte en los otros, muy a pesar mío. Y está bien.

MAC: Más que el 68 yo veo a la medicina como la columna vertebral de la novela.

FP: La medicina como un pretexto para razonar sobre la fragilidad y los misterios de la vida. De la propiedad en el sentido de decir hasta qué punto somos

dueños de ella. Por ejemplo, todas esas estadísticas que son alucinantes: cómo, si se compara lo que crece un embrión hasta volverse un niño, digo, si así creyéramos hasta la adolescencia, llegaríamos a la luna. ¿O cómo podemos decir: mi hígado, mi estómago, mis riñones, si no los conocemos?

MAC: Palinuro, como José Trigo, me dieron la impresión de que se escribieron por capítulos que no necesariamente tenían un seguimiento, y después se hilaron.

FP: He sido desordenado. La única novela que comencé literalmente desde el principio fue *Noticias del Imperio*, pero también dejé eso para seguir con otros capítulos. Escribo según se me antoja, según se me ocurre, según puedo, y luego lo armo todo como rompecabezas. Pero tanto *José Trigo* como *Noticias del Imperio* tuvieron una estructura, que no fue previa, y que sólo empezó a darse a los dos o tres años de trabajo. Es así como *José Trigo* tiene una arquitectura piramidal y *Noticias del Imperio* una arquitectura en contrapunto, pero *Palinuro* creció en una forma totalmente desordenada. En un momento me enfrenté con veintitantos capítulos, que no sabía en principio qué orden darles; obviamente tuve que modificar para coser toda esa colcha de retazos. Por eso el chaleco de arlequín es el símbolo de la novela. Lo que puedo decirle —no sé si lo he comentado— es que el último capítulo lo escribí al final. Pensé que si la novela terminaba con Palinuro en la escalera, lo hacía en un clímax sumamente intenso, a tremendos tamborazos. Sentí la necesidad de un anticlímax, algo así como en música el "Preludio de muerte y amor de Tristán e Isolda", donde se alcanza un clímax insólito, pero no acaba allí, sino baja, baja, se diluye, se alza un poco y termina.

MAC: ¿Pensó en Wagner al hacerlo?

FP: Más o menos. Yo tengo mal oído para la música, lo cual me da un margen más amplio para su disfrute. Tengo amigos melómanos que me dicen: "Esta grabación no me gusta, esta otra es mejor". Yo no puedo distinguir. Quizá

tuve un oído un poco sordo, quizá me faltó un adecuado entrenamiento. Pero uno tiene carencias. Mis amigos melómanos me repiten que todos poseemos la misma capacidad para apreciar la música. No lo creo, porque ellos, en ese caso, tendrían la misma capacidad para el dibujo mía, y no es así. Pero disfruto la música, trabajo con ella, y creo también que con la música del lenguaje me siento más en mi medio que en la música propiamente dicha. Si se pone música a poemas de Lorca o Miguel Hernández se echan a perder. Matan la música del lenguaje.

MAC: *Cuando no se conoce el texto puede, en un principio, gustarse...*

FP: Pero una vez conocido, la composición poética es un cadáver.

MAC: *¿Qué compositores le gustan?*

FP: Desde luego Mozart, mucho antes de que fuera una moda furibunda. Desde *Amadeus*, de Milos Forman, ha sido una peste y Mozart ha pasado a ser mala propiedad de la mayoría. La gente cree que lo conoce. De Mozart prefiero en general lo que no es cantado: conciertos, sinfonías, música de cámara. Las óperas las oigo casi siempre por trozos.

MAC: *¿Escribe oyendo música?*

FP: Sí, y aun a veces con audífonos.

MAC: *¿Qué otras partes de su obra, además de ese final de Palinuro, le deben alguna inspiración a la música?*

FP: En un sentido estricto tampoco esas páginas de Palinuro tienen una conexión directa. Oyendo la muerte de Tristán e Isolda me decía que si la música terminaba allí, sentiría un desasosiego espantoso. Richard Wagner fue muy sabio. Yo no podría terminar como Beethoven a puros tamborazos. Necesito del anticlímax. En otra parte del Palinuro, por ejemplo, hay referencias concretas a la música: como cuando se escucha *El barbero de Sevilla* mientras le están rasurando el culo a Palinuro.

MAC: *Por demás creo que la música del lenguaje es distinta del lenguaje de las notas musicales.*

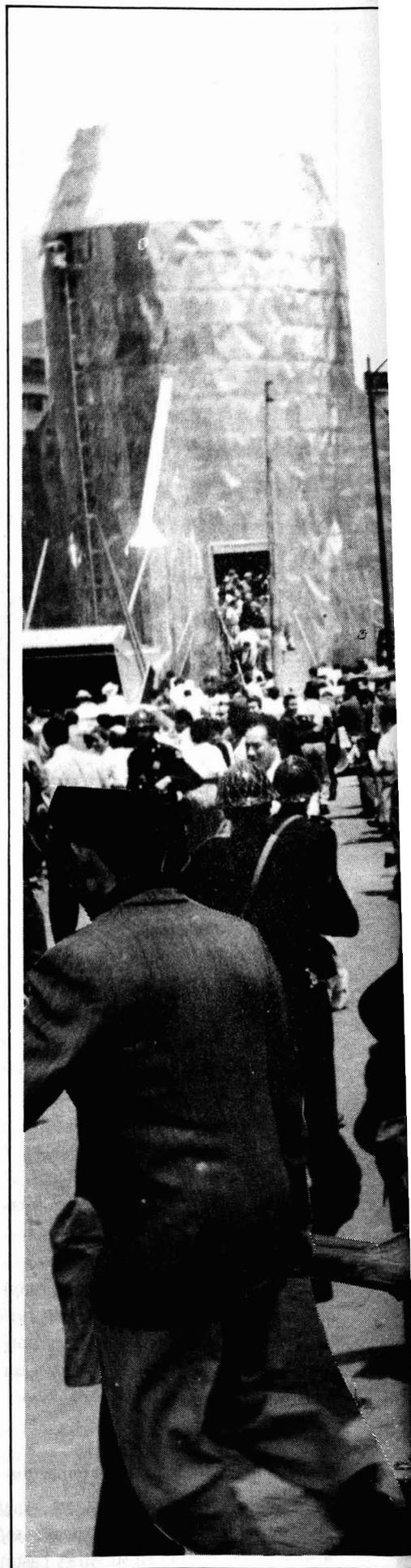
FP: Sé lo que es la música del lenguaje. Yo soy sonetista, aunque sólo he escrito veinte sonetos en veinte años. Pero quien es capaz de escribir un soneto ortodoxo, sea bueno o no, entiende lo que es la musicalidad del lenguaje. Yo me crié en un ambiente en que los maestros prohibían, por supuestamente horrible, al endecasílabo y las rimas, asonantes o consonantes, en la prosa. Hasta que empecé a descubrir que había párrafos que me sonaban muy bien, y al revisarlos me daba cuenta de que existían dos o tres endecasílabos, o alguna aliteración, o rimas asonantes. Me liberé de todos esos tabúes e incorporé la música de la poesía a la prosa.

MAC: *Especialmente Palinuro debe leerse en voz alta como si fuera un poema. ¿Usted como autor, lee sus textos en voz alta después de escribirlos?*

FP: Yo sabía que Flaubert leía en voz alta lo que escribía para ver cómo sonaba, Alguien me preguntó antes si yo lo hacía. No, no necesariamente. Uno puede leer en voz alta sin abrir la boca en el sentido que de cualquier modo se está oyendo el lenguaje. Ayuda a hablar. Beethoven, sordo, oía lo que estaba escribiendo.

Algunas veces hacía reuniones con amigos y leía a alguien algún trozo. Así adquiere *otra* dimensión. Voy a dar un ejemplo, de los muchos que podría dar: el final de *Noticias del Imperio*. Escribo: "Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del imperio y me dijo que Charles Lindbergh está cruzando el Atlántico en su pájaro de acero para llevarme de regreso a México". Hay en esas líneas cuatro rimas asonantes, pero a mí no me importó, porque a fin de cuentas *suenan* bien.

Cada idioma tiene sus riquezas y carencias propias. No hay un idioma más bello que otro. Pero el español tiene la ventaja de las agudas, las graves, las esdrújulas y hasta las sobreesdrújulas. Lo que en español suena bien, no pasa necesariamente en otras lenguas. Oigamos en esta frase tres esdrújulas: "Yo soy





María Carlota de Bélgica, emperatriz de México y de América". En francés se vuelve Belgique, Mexique y Amérique. Es decir, se arruina. Cuido esmeradamente el estilo, pero no en base a ninguna regla. Hago lo que quiero, según una estética personal. El lenguaje es cuestión de estética y no de moral.

MAC: En *Palinuro*, principalmente y de nuevo, no sólo la música del lenguaje sino el color es parte del estilo.

FP: Lo primero que quise en mi vida artística fue ser pintor. Por diversas razones me frustré muchas veces, hasta que al fin, a los 38 años, empecé a pintar y a dibujar de nuevo. Me frustré por diversas razones que no viene al caso explicar, pero la principal sería, creo, que me aboqué demasiado al óleo, y no era mi medio. Creí que no servía para pintor. Pero desde luego el color ha tenido en mí una importancia sustancial, lo distingo, lo disfruto, me exalto, sueño con él, y eso se ha reflejado en mis libros, ante todo, como usted dijo, en *Palinuro de México*, donde busqué prescindir de aquello que había hecho antes en *José Trigo*, es decir, del juego de palabras y de las musicalidades del lenguaje. En *Palinuro* lo que hay más es eso que podría llamarse una imaginaria plástica. En *Noticias del Imperio* no hay ni una ni otra cosa, pero se vuelve a la pura musicalidad del lenguaje. Es un lenguaje seco, apretado. Me propuse aquí no buscar ni juegos de palabras ni experimentos técnicos. Si de por sí proporcionaba ya una información muy vasta, y añadía esto, iba a complicarle la vida al lector, y el libro no funcionaría. Por eso en los capítulos de Carlota no prescindí de la puntuación, pero, pese a eso me parece, no dejan de ser sinfónicos.

MAC: Tal vez *Palinuro* sea el más vasto experimento narrativo de nuestra literatura. ¿Era usted consciente de eso?

FP: Al principio no quise experimentar extremadamente. Se fue transformando. Desde luego sé que la cantidad no asegura la calidad: tenía que ser vasto y bueno. No sólo se trataba de hacer el

mural más amplio. Pero en cierto momento me di cuenta, sí, que era el más vasto experimento de nuestra literatura —ponga vasto con v chica—, sí, sí, de eso me di cuenta.

Pero también experimenté con *José Trigo*. Mucha gente puede decir que mi novela está muy influida por James Joyce en lo que toca al lenguaje, porque —guardando todas las proporciones— ambas son experimentos lingüísticos. Pero eso quiere decir que muchos autores, de antes o de ahora, hemos tenido una actitud de curiosidad y de juego ante el lenguaje. Jugar con las palabras, explotarlas, recrearlas, crear neologismos, resucitar arcaísmos. Eso quizá no sea una influencia de nadie, sino una actitud semejante ante el problema.

Pueden decir también que me ha influido Rabelais. Soy un gran admirador de él, me gusta el exceso, me gusta el barroquismo, no le tengo miedo al barroquismo y no considero de ningún modo peyorativo el término barroco desde que leí el hermosísimo libro de Eugenio D'Ors. por demás, hay muchas suertes de barroco. D'Ors expone 26.

MAC: Y un mexicano al nacer hereda principalmente dos tradiciones barrocas: la indígena y la española.

FP: Y la naturaleza, además, es barroca. Y como le decía, me he sentido atraído por autores como Rabelais, Swift o Sterne, sin que por eso deje de apreciar la literatura apolínea. ¿Por qué? Uno a veces no hace lo que quiere sino lo que puede, y donde puedo más es en el barroco. Rabelais no excluye a Borges. Una cosa son los autores que se admiran y otra los autores que uno hubiera querido ser.

MAC: Y los pastiches.

FP: Mire, le contaré algo curioso. En *José Trigo* escribí un capítulo en homenaje a Juan Rulfo, y procuré que las páginas fueran claramente rulfianas. ¿Qué sucedió? Nadie me dijo: qué rulfiano es esto. A cambio hubo gente que me reveló la influencia de Rulfo donde no la sospechaba, porque era una huella mucho más inconsciente y profunda, y puedo decir, asimilada.

MAC: *Y el juego y el humor. Palinuro, en especial, es una llamarada de juego y de humor.*

FP: Aunque José Trigo tiene humor, no es tan claro. Si hay humor es más bien negro. No es fácil explicar: en la época más feliz de mi vida yo escribí un libro demasiado serio. En otras épocas, menos felices, el humor afloró más fácilmente. El humor lo he ejercido mucho en la vida personal. Y *Palinuro* me permitió desahogar el humor. Y el juego es muy importante porque ayuda a vivir y a comprender más la vida. En *Palinuro* casi no hay página sin humor.

MAC: *Es un humor muy mexicano lleno de picardía y de sarcasmo. A todo el peso cultural de la novela debía aligerarse con el tono coloquial y con estallidos de humor, porque de otra forma el libro se hubiera caído de las manos del lector y roto como un ladrillo.*

FP: Me di cuenta en cierto momento que quería escribir un libro muy erudito, porque al hacerlo quería aprender, es decir, para repetirlo; escribir ha sido para mí un buen pretexto para leer y aprender. Me di cuenta también que si no ponía una buena dosis de humor eso iba a ser *pesadísimo*. Y la lección de Rebelais se me dio entonces: la erudición —todo— puede volverse humor. Si se da a los lectores la erudición con cucharaditas de humor, se la tragan toda. Pero estoy consciente de que *Palinuro* es un libro para un limitado círculo de lectores.

MAC: *El lector elige sus capítulos. Algo que me parece de lo más logrado en la novela Palinuro son los capítulos y las páginas donde la vulgaridad se vuelve pieza artística. Toda esa orquestación sinfónica de pedos, orines, deyecciones, masturbaciones, coitos de todo color. ¿Por qué escribió eso?*

FP: Desde el momento en que la medicina y por tanto la anatomía y la fisiología de lo que llamamos nuestro cuerpo, se volvió el hilo conductor de la novela, no pude hacer a un lado enfermedades ni excrecias. Pero busqué desvulgarizar lo vulgar, por decirlo así, por medio de la hipérbole. Con la exageración excesiva pasa igual que con el

kitsch: lo marcadamente cursi resulta bello de tan cursi. Por eso, cuando escribo que Palinuro le empieza a introducir a Estefanía, aparte del miembro, por ejemplo, una escopeta, es tan absurdo, se ve que es tan poco cierto, que la vulgaridad desaparece. O cuando escribo de las vergas: si eran de tal o tal tamaño, que si se las enviaba a los trapezistas, a quienes les servían para andar en la cuerda floja...

MAC: *O cuando se encienden y colorean los pedos. Son bromas de estudiante, es decir, de Palinuro.*

FP: Con la hipérbole, cuando se hace con una intención cómica voluntaria, puede decirse de hecho todo. Pero hay casos de obscenidad, como la de Arthur Miller, que a veces no soporto muy bien.

MAC: *Usted estudió biología. ¿De dónde y cómo provinieron sus conocimientos de medicina?*

FP: Quería ser médico, y decidí al fin, por fortuna, no serlo. Los conocimientos de fisiología, patología, embriología o necropsias, no los tenía antes de empezar el libro. Los fui adquiriendo mientras lo escribía, y aprovechándolos. Me compraba, por ejemplo, un diccionario de patología, lo leía, lo subrayaba, para ver si luego podía utilizarlo. Se me revelaban de pronto cosas insólitas. Mis conocimientos no son amplios ni los tenía *a priori*, ni los tengo ahora, que he ido olvidando. El novelista actúa con dolo y ventaja; para que Palinuro haga la descripción de la cabeza del fémur en detalle él debió haber aprendido 300 páginas de memoria de la *Anatomía* de Quiroz; yo sólo tuve que abrir el libro en esa página y copiarlo.

MAC: *¿Es la adecuación literaria de cierta cantidad de conocimientos?*

FP: Si quiere llamarla así.

MAC: *Hay un personaje deslumbrante que acompaña a Palinuro: Estefanía.*

FP: Estefanía es la conjunción de varias mujeres que he conocido en mi vida y,

antes decía, de otras que me falta conocer.

MAC: *Y hablando de personajes, ¿por qué carga de tal bagaje cultural a personajes comunes?*

FP: Porque a través de ellos me expreso. Es parte del juego barroco. Pero uno no lo sabe todo, sino entre todos lo saben todo.

MAC: *Llevar a los personajes literarios, y no a los hombres, máxima de Alfonso Reyes, que la oyó de Francisco Giner de los Ríos, que la oyó a su vez de un campesino andaluz.*

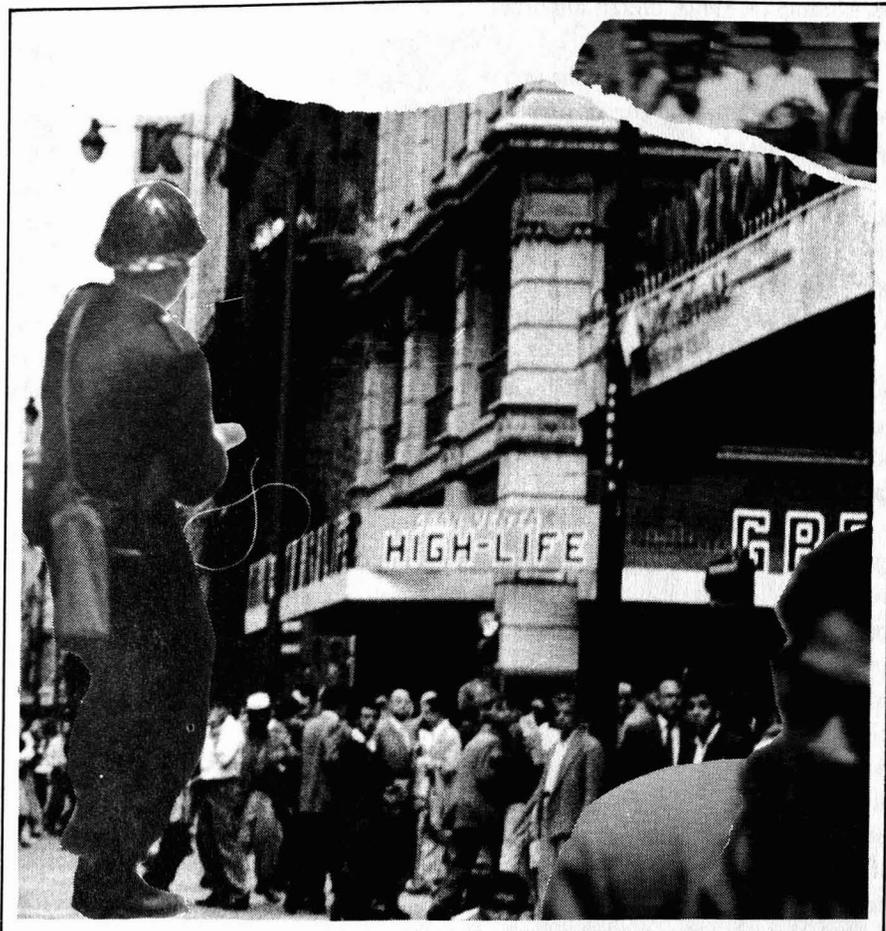
FP: Sí.

MAC: *¿Su libro, en la explosión barroca, podría tener algún parentesco con cierto García Márquez, con cierto Carpentier?*

FP: Carpentier, sí y con Lezama Lima, autor de épicas, como *Paradiso*. Habría que añadir un libro poco conocido. Es un misterio hasta qué punto conoció Leopoldo Marechal el *Ulises* de Joyce al escribir *Adán Buenosaires*, que aunque se percibe muy influido por éste, es un gran libro. Habría que pensar también en *El gran Sertão*, de Guimarães Rosa. Todas son épicas de la literatura latinoamericana. Pero en la literatura mexicana hay también antecedentes importantes de experimentos maravillosos como *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, y *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, grandes murales sobre la ciudad de México y el México revolucionario y postrevolucionario. Son novelas que me alimentaron en su momento.

MAC: *¿La columna vertebral de su formación literaria son las tradiciones mexicana, inglesa y francesa, y en un segundo orden, la latinoamericana y la de Europa Central?*

FP: Sólo corregiría: de habla inglesa, pues debe incluirse la estadounidense. En mi formación fueron básicos William Faulkner y John Dos Passos, y dramaturgos como Eugene O'Neill, Tennessee Williams y Arthur Miller, y del siglo



pasado, Nathaniel Hawthorne, Edgar Allan Poe y Herman Melville. Y desde luego Thomas Wolfe, que escribió varias novelas hermosísimas, novelas-río, novelas torrenciales, de las que en mi recuerdo perdura hermosamente una: *Del tiempo y del río*. Cuando a Faulkner le preguntaron quiénes eran los mejores novelistas estadounidenses, repuso: "El segundo soy yo. El primero es Wolfe".

Y de esas novelas-río, de esas novelas torrenciales, me gustaría mencionar la de un autor austriaco, Hermann Broch, que me marcó profundamente: *La muerte de Virgilio*. Bueno, en fin, no sé si deba hablar de influencias. Lo son y no lo son. Quienes deslindan mejor son los lectores y los críticos. Porque, por ejemplo, puedo decirle que admiro a Flaubert y Proust, pero creo que no me han influido, cuando a lo mejor es el revés. Pero además las influencias pueden ser de algún tiempo o en algún aspecto.

MAC: ¿Qué le llevó a escribir *Noticias del Imperio*?

FP: El conocimiento desde muy niño

del melodrama de Maximiliano y Carlota. O mejor: saber que habíamos tenido un emperador europeo al que Juárez había mandado fusilar en Querétaro y cuya mujer se volvió loca. Para mí eso fue fascinante desde que tuve uso de razón. En general los mexicanos sabemos muy poco de ese melodrama, o si me puedo permitir una vanidad, *sabíamos* muy poco. Era una suerte de tema tabú; por fortuna ha dejado de serlo; pertenece ya a la historia. ¿Qué sabíamos de ellos al salir de secundaria? Que había sido un emperador, pero pocos sabían que fue austriaco (creían, que por haber venido con los franceses, él y su mujer fueron franceses). Contra todo, la iconografía de Maximiliano y Carlota ha perdurado.

Insisto: el melodrama de Maximiliano y Carlota, el melodrama personal, fue lo primero que me llamó la atención, y me hizo ir leyendo, mientras escribía *José Trigo y Palinuro de México*, uno que otro libro sobre el tema. Fue clave, asimismo, leer *Corona de sombra*, de Rodolfo Usigli, ante todo el prólogo.

Después de *Palinuro de México* inicié

la investigación y por dos años no redacté una sola línea. A partir de entonces corrieron paralelas investigación y escritura.

MAC: Ha declarado en entrevistas que al principio pensó que la novela sólo se formaría de los monólogos de Carlota.

FP: Sí, comencé escribiendo sólo los monólogos de Carlota, pero en algún momento sentí la necesidad de recurrir a otras formas de contar las historias mientras seguía el camino de la novela. Contarla a través de *otras* voces. No me bastó sólo la voz de Carlota, pese a que es una voz múltiple, porque no es únicamente su propia voz: es la voz mía y la voz de la historia y la voz de la ternura y la voz del odio y la voz de la ambición y la voz de la obsesión sexual y la voz de la locura, y en primera y quizá en última instancia, la voz de la imaginación. Al ser tantas voces no podía evitarse alguna abstracción, pese a parecer algo concreto. Y yo necesitaba voces más concretas que contaran desde diversos puntos de vista las historias. Por eso hablan también el ciego de los pregones, el espía que narra la batalla de Camarón, el jardinero ofendido, el hombre de letras que vaga por México con su imprenta portátil y que es una metáfora de Fernando del Paso. Y necesité voces anónimas que parecen la mía para narrar hechos lo más directamente posible, sin novelar o novelizar, sino, por llamarlo así, para literaturizar la historia. Un poco al estilo del historiador chihuahuense José Fuentes Mares, quien me gustó mucho por cierto, cuyos libros son amenos y llenos de humor. Y en ese sentido en *Noticias del Imperio*, hay capítulos históricos narrados muy directamente, que poco o nada tienen que ver con lo que se entiende por novela, y en los que busqué llevar a un extremo una técnica inaugurada quizá por John Dos Passos en *Manhattan Transfer*, que al iniciar cada capítulo ponía una suerte de noticiero de lo que pasaba en Nueva York ese día. Era algo muy directo que servía para ambientar el capítulo.

MAC: Es obvia la labor de indagación de biblioteca y de archivo. ¿Qué tanto

hay de trabajo de campo, es decir, de ir y observar los sitios donde se desarrolla la acción?

FP: No mucho. No como hubiera querido. Y todo por una razón elemental y pedestre: no tenía tiempo ni dinero. En Londres trabajé 14 años en la BBC con un salario modesto que me permitía vivir con decoro, y basta. Cuando tenía vacaciones, no tenía dinero para viajar. Sólo lo hice rápidamente. Pero me negué a visitar el castillo de Bouchout, porque decidí que no quería que me influyese para nada el aspecto físico del castillo. Lo decidí cuando me dije que el único castillo que quería era el que había en la cabeza de Carlota, que era su prisión, que a su vez era la prisión de la imaginación. Estuve tres días en el pequeño castillo de Miramar, respirando el ambiente, con el espléndido paisaje del Adriático, y fui también a Viena y a París y a Puebla y a Querétaro, pero no fui a cada sitio, por falta de dinero, le insistí; pero sin duda me hubiera gustado visitarlos más detenidamente. Recuerdo ahora Miramar. Recuerdo el momento cuando el guía dijo: "De aquí partió el Archiduque Maximiliano para México", y siento otra vez la misma emoción de entonces.

MAC: Hay tres personajes que dominan ampliamente la novela: Maximiliano, Carlota y Juárez. Me parece aun que devoran a los personajes secundarios e incidentales.

FP: Era inevitable. La base de la que yo partí, y me llamó en primer lugar la atención, fue el melodrama personal de Maximiliano y Carlota. Gracias a que Maximiliano fue fusilado en el cerro de las Campanas, y gracias a que ella se volvió loca, a que sobrevivió 60 años loca, a que padeció una verdadera muerte en vida, ese melodrama, tan truculento y grotesco como una ópera, adquirió una dimensión de tragedia griega o shakesperiana. Si a Maximiliano no lo fusilan, y sólo lo echan, y Carlota y él se mueren de viejos, hubiera sido un melodrama sin grandeza. Partí de eso, pero el tercer personaje en discordia era inevitablemente Juárez, por más que Napoleón y Eugenia, o Bazai-

ne, Miramón y Mejía, fueran importantes.

Yo crecí dentro de una familia arruinada de pequeña burguesía católica, que había heredado el odio hacia Juárez. Era un ateo y un hereje. Pero mis padres no tenían dinero y paradójicamente me inscribieron en una escuela oficial cuyo nombre era Benito Juárez. Y a Juárez lo teníamos hasta en la sopa, a pesar de que en ese entonces no había aún desayunos escolares. Fue un personaje sustancialmente antipático para mí, sin otra base que ésa: el odio de mi familia y la saturación escolar.

Me costó esfuerzo conocer al Juárez que ahora conozco, que ignoro si sea el verdadero, pero que es el que yo reconstruí a través de muchas lecturas. Juárez, el hombre, se me fue revelando sobre todo a través de la correspondencia que sostuvo con su yerno Pedro Santacilia. Independientemente de que cometiese grandes errores, antes y después de la Intervención, de que se haya aferrado al poder y se haya embriagado de poder, me parece indudable que en los años del Imperio, mostró una valentía y una integridad admirables. Y así busqué pintarlo. Pero ante todo quise mostrar al ser humano, que al fin me resultó querible, al que hablaba también y se preocupaba por su pequeña nieta o por los problemas de su mujer en la tienda de Etna, al que tenía frío en Washington, al que en Nueva Orleans liaba tabaco, en fin. Pese a que fuese un hombre severo y rígido, me resultó a la postre un hombre cercano, simpático. Y juro que me costó un enorme esfuerzo hacerlo hablar, moverse. Juárez es un héroe petrificado. Pero hubo un momento en que me dije: "Juárez podía haber hablado así". Y luego imaginé que podía haber movido de este modo las gafas, de este otro modo prendía el puro, y se quejaba de esto, y le gustaba esto otro. Y pese a que aparece sólo en tres capítulos se volvió pronto un protagonista esencial porque era obvia su importancia, porque él la tuvo en esa historia, en esa historia gracias a la cual fue héroe, porque sin batallas no hay héroes.

MAC: ¿Y el personaje Maximiliano? Acaba uno sintiendo por él una simpatía piadosa, o quizá, simpatía y piedad.

FP: Y casi ternura. Digámoslo: lástima. Creo que el lector puede comprender que nada de eso se dio anticipadamente. Yo no me senté y dije: "Voy a escribir una novela en la que manifestaré mi simpatía hacia Benito Juárez y mi lástima por Maximiliano". No: mis sentimientos se fueron modificando a través del proceso de escritura, de investigación, de meditación... Y así me fue naciendo una mayor simpatía hacia Benito Juárez y el desdén o desprecio que sentía por Maximiliano no desapareció, pero se tornó en lástima. Por eso Carlota le dice al final que por qué él, que se preocupaba por condecorar a todo el mundo, no se preocupó por condecorarse con la Cruz del Gran Pendejo.

Hay una lástima, pero a través de la boca de Carlota, a través de la cual yo digo lo que se me antoja, le aplico todos los adjetivos posibles, positivos y negativos, para decir esto y lo otro, pero concluyendo que Maximiliano no fue ni más malo ni más bueno que todos los demás.

MAC: Una pregunta fuera del orden estético, pero que está dentro de la novela: ¿incorporaría usted verdaderamente a nuestra vitrina histórica a Maximiliano, aunque sea "el último de los mexicanos"?

FP: Así lo llamó Léonce Détrouyat, el subsecretario de Marina de Maximiliano de aquel tiempo, que supo ver con claridad cuál era la tragedia que se cernía sobre él, cómo todo se acomodaba en su contra. Y quiso abrirle los ojos. El subsecretario fue el que dijo también que Maximiliano había pasado a ser el último de los mexicanos por haberse negado a ser el primero de los extranjeros. No el último cronológicamente, sino en categoría: el más ínfimo, el más despreciable.

MAC: ¿Pero usted lo integraría a la vitrina histórica como mexicano?

FP: No sé...

MAC: Bueno, se deja traslucir en la novela...

FP: No, yo creo que no lo haría, pero



sin duda esa historia ha sido mal contada y ha sido tabú. Yo quise ser lo más objetivo posible. Aunque no fuese él un mexicano, es parte muy importante de la historia mexicana. Vea usted: el príncipe Alberto no era británico y gobernó Inglaterra, y hubo varios reyes alemanes en Inglaterra, y reyes griegos en España. Pertenecen a la historia del país que gobernaron y la gente ha olvidado aun su nacionalidad.

MAC: *¿Y no será que sentimentalmente se le tiene -lo tenemos- por mexicano y racionalmente como extranjero?*

FP: Probablemente.

MAC: *Alguna vez, en una de sus características paradójicas, Salvador Elizondo dijo que Maximiliano era el único héroe trágico de la historia de México. ¿Usted qué diría al respecto?*

FP: (Silencio) Es una exageración...

MAC: *Trágico, sin duda, ¿pero héroe?*

FP: (Silencio). Supo morir con una dignidad tan grande que eso lo convirtió en héroe. No es lo mismo morir en una batalla, donde el muerto muchas veces no sabía que en ese momento iba a morir. No es lo mismo una bala azarosa que un fusilamiento calculado. Veinte días antes Maximiliano supo que iba a morir y se portó con una asombrosa dignidad. Y la mañana del fusilamiento se portó como un Habsburgo, o como debe entenderse que debe portarse en Habsburgo, porque no necesariamente todos mueren así. Por ejemplo, ese hecho tan increíble de que se pusiera varios pañuelos porque era poco honorable llenarse de sangre. Me recuerda a Carlos I: cuando lo ahorcaron hacía una mañana rigurosamente fría. Carlos I se puso varias camisas porque, dijo, a lo mejor empezaba a temblar de frío e iban a creer que era de miedo. Y ante eso *chapeau*, me quito el sombrero, verdaderamente.

Regresando a lo de Elizondo. En efecto, sí, es un héroe trágico, pero no el único. Recordemos el fusilamiento

de Hidalgo, que fue espantoso porque no se moría. Pero también hay la duda de si Hidalgo es un verdadero héroe mexicano: él era un criollo y lo que buscaba era la independencia de la metrópoli y ofrecerle el gobierno a Fernando VII. Todo eso es tan relativo. ¿Quién es más héroe? ¿Quiénes son héroes?

MAC: *A través de su literatura, como se ha observado e insistido, usted ha adoptado una posición anticolonialista ¿pero esta posición se conserva reivindicando a un extranjero?*

FP: Yo no creo que lo reivindique, trato de comprenderlo. Esto no justifica de ningún modo la aventura imperial de Fernando Maximiliano de Habsburgo, y menos de Napoleón III, quien lo alentó y lo apoyó.

MAC: *Para mí es mucho más culpable Napoleón III que Maximiliano.*

FP: Sin duda. La principal responsabilidad recae sobre Napoleón y los franceses. Sin embargo, Maximiliano tiene una atenuante histórica: muchos príncipes de aquellas dinastías y aun de las dinastías que existen ahora pero ya no tienen esa forma de pensar, estaban convencidos de que su destino era gobernar y que Dios lo había dispuesto así. Y podían gobernar lo mismo a un pueblo que a cualquier otro, lo que implicaba menos arrogancia que los gobernantes actuales, que sin ser elegidos por "el dedo de Dios", se creen capacitados para gobernar a sus pueblos. Aquello era una orden, lo de ahora es vanidad.

MAC: *Me parece que los franceses -recuerdo ahora una visita a los Inválidos- hacen una autocrítica de la aventura de la Intervención en nuestro país. La aventura derivaría a la postre en el desastre de la derrota contra Prusia (1870-1871).*

FP: Pasan por encima de ella... Napoleón III, que era un gobernante muy lúcido, no es querido por los franceses a causa de las derrotas finales. La rendición de los franceses en Sedan, y pocos días antes en Metz (curiosamente con el mariscal Bazaine), los cubrió de ver-

güenza. De inmediato siguió la segunda Comuna. Olvidan que Napoleón III triunfó en Magenta, en Solferino, en Sebastopol, en Alma. Y hacen una curiosa adaptación histórica: no hay una calle Napoleón III, pero hay calles de sus victorias.

Aquí se dice: en Francia se lee mucho, se conoce mucho. No es cierto. Es indiscutible en el caso de los especialistas de historia, pero esto ocurre también con especialistas en Europa, en Asia o América. Pero en los libros de liceo franceses (lo sé porque ayudo a mi hija en sus tareas del liceo) le dedican a las "aventuras exteriores" de Napoleón III tres renglones. A cambio celebran cada año la derrota de Camarón.

MAC: *Un crítico austriaco, Michael Rössner, subraya en un ensayo la presencia de "lo real maravilloso europeo" en Noticia del Imperio en contraposición con "lo real maravilloso latinoamericano".*

FP: La teoría del profesor Michael Rössner, en lo que se refiere a *Noticias del Imperio*, me llamó la atención y me gustó mucho. Él calificó al libro como un hito en la descolonización espiritual de la novela latinoamericana, porque, dice, yo cambio radicalmente las cosas, es decir, el mundo está al revés: son los mexicanos, representados por Benito Juárez, los que tienen los pies en la tierra, los que entienden mejor la realidad y los que al final vencen. En cambios los europeos, representados en la novela principalmente por Maximiliano y la locura de la aventura imperial, representan un mundo exótico y fantástico. El exotismo está en Europa y la realidad en América Latina.

MAC: *¿Pero no cree que ningún narrador mexicano, aun más que Fuentes, tiene como usted una carga europea? En sus libros debe haber, no sé, no pretendo ser muy preciso en mi cálculo, pero un 60 o 65%.*

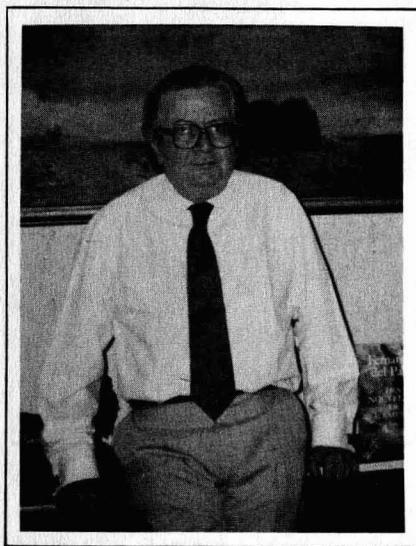
FP: Cuando se habla de carga europea es mi carga, es nuestra carga. Es nuestra herencia igual que lo es la latinoamericana. No estamos en una provincia.

MAC: *¿Y de sus tres novelas-río, de sus novelas torrenciales, para utilizar un cuño suyo, cuál lo ha dejado más satisfecho?*

FP: *Palinuro.*

MAC: *Hemos hablado ya de sus novelas y en algún momento de sus inquietudes por la música. Usted ha publicado dos libros de poesía. ¿Podría hablarnos un poco de lo que es para usted la poesía?*

FP: Así como en principio quise ser pintor, una vez que opté por la escritura,



quise ser poeta. Pero la poesía en verso libre no se me dio ni nunca se me ha dado; no pierdo las esperanzas. No sé, no me gusta lo que escribo. Mi facilidad se da en una poesía con rima y metro, si bien sólo he hecho veinte sonetos en veinte años. Quizá si sólo me hubiera dedicado a escribir sonetos tendría unos 150. Tampoco muchos más, porque el soneto es difícil y me exige mucho a mí mismo.

Los poemas *De la A a la Z* son redondillas, o sea, octosílabos con la rima ABBA, ABBA y son juegos verbales sobre las letras del alfabeto, atraído e influido un poco por lo que en Inglaterra llaman *nonsense*, "lo que no tiene sentido", que no tiene sentido traducirlo así, o un "sin sentido" o "sinsentido", como dice usted.

Seguía a Edward Lear. Todo empezó cuando hice alguna vez un dibujo, y se me ocurrió escribir: "El ñandú/ si se pone turbante,/ parece hindú", o: "El

café./ si va a Londres,/ se vuelve té", y cosas así. Y me dije: ¿Por qué no un *nonsense* para cada letra?

Fue un proyecto que maduró largos años. Lo sepultaba, lo recordaba, lo olvidaba, lo volvía a abordar, hasta que un día me di cuenta de que me faltaban unas doce letras y me dije que debía terminar el libro. Lo hice, lo publiqué, y parece que ha gustado mucho.

Y más: Patricia van Ryjn me pidió un libro para niños. Lo titulé *Paleta de diez colores*, y es tan pequeño que una cita sería demasiado sustanciosa, es decir, equivaldría a la décima parte del libro. En fin, hablemos del blanco: "Contener el arco iris/ no hace al blanco menos leve,/ pregúntaselo a la espuma,/ pregúntaselo a la nieve".

MAC: *Al hablar del color en Palinuro se tocó el tema de la pintura. ¿No podría, para finalizar, extenderse un poco sobre sus relaciones con el dibujo y con ella?*

FP: Ya hablé de que en principio quise ser pintor y que fracasé porque me aboqué equivocadamente al óleo. Muchos años después de haber abandonado la pintura comencé a hacer pequeños dibujos casi automáticos con tinta china. Descubrí que la tinta china, y luego la tinta china y el *goauche*, eran dos medios en los que podía expresarme con gran libertad. Pronto tuve exposiciones importantes: en el Instituto de Arte Contemporáneo, de Londres, en la galería Juan Mordó, de Madrid, cuando era aún la galería más famosa de España, y en el museo Carrillo Gil, en México. He seguido desarrollando no un estilo propio, sino varios estilos, porque aunque tenga para mí mucha importancia la pintura, no es mi actividad fundamental como artista. Este hecho me permite no preocuparme para nada por ninguna influencia, evidente o no. Ahora que empecé no a dibujar sino a pintar, y vi que mis cuadros salían un tanto tamayescos —guardando todas las proporciones— los titulé "Homenaje a Tamayo", para curarme en salud. Tengo otras cosas que se parecen a Dalí, otras a Kandinski, y no me importa; lo importante para mí es estar satisfecho con lo que hago, y en un sentido inmediato eso me lo dan la pintura y el dibujo. ◇

María Stoopen

La conquista del discurso amoroso

A Marisa Belausteguigoitia
y a Luis Álvarez Icaza.
Ellos saben por qué.

En el escritorio de Roland Barthes, se encontró abandonado a su propia fortuna, el que parece ser el último texto que escribiera el crítico francés antes de entregarse a un juego de complicidad con la muerte, al no presentarle batalla después del accidente automovilístico que sufrió en el momento de cruzar una calle de París, un día de febrero de 1980. En efecto, dicen quienes lo conocían –y no sólo sus amigos personales, sino también aquellos que cosechó por medio de sus textos– que Barthes se dejó morir...de amor. Me explico: poco más de dos años antes había muerto su madre; esa pérdida le resultó intolerable y a Roland empezó a abandonarlo el deseo de vivir. El accidente fue sólo el motivo que le facilitó el desenlace. Verdadera o no esa interpretación –sólo él lo supo o quizá ni él mismo lo supiera–, importa resaltar por el momento dos acontecimientos: el primero, que hay en el imaginario público en relación a Barthes un hecho excesivo relacionado con dos absolutos, el amor y la muerte; y el segundo, que el texto hallado en su mesa de trabajo tiene como título: “Nunca se logra hablar de lo que se ama”,¹ destinado al coloquio Stendhal de Milán, pronto a celebrarse. En relación con estos hechos y con el texto, Edgardo Cozarinsky lanza la siguiente interrogación: “¿Qué habría podido escribir Barthes una vez muerta su madre? Pienso que las emociones lo sacudieron como una visión cegadora, que en ellas puede haber tocado un límite personal, que le imponía el silencio o un punto de partida nuevo. El título mismo de este texto póstumo sobre Stendhal declara esa ‘afasia’...”²

Aparece de este modo al final de su vida, una constelación significativa: el Amor, la Muerte, la Madre, la Escritura, el Lenguaje, constelación que importa especialmente con respecto a *Fragmentos de un discurso amoroso*, libro que ocupará de manera privilegiada nuestro interés aquí. Pero, volvamos al texto póstumo, pues nos puede proporcionar claves para abrirnos paso en los *Fragmentos*. En él explica la incapacidad lingüística que aqueja a Stendhal cuando intenta decir su pasión por Italia y por su música. Italia se convierte para él en objeto de una verdadera transferencia –“lo característico de la transferencia, dice Barthes, es su gratuidad: se instaura sin razón aparente”– y la música italiana, en el síntoma –“lo que delata y enmascara al mismo tiempo lo irracional de la pasión.” El amor italiano de Stendhal, observa Barthes, tiene el “estatus frágil de la inocencia: la Italia milanesa (y su *sacra sanctorum*, la Scala) es literalmente un Paraíso, un lugar sin Mal, o aun... el Bien Soberano.” Pero, ya que es escritor, Stendhal se enfrenta con el lenguaje, “un poder nada inocente”, asegura Barthes. El resultado es una paradoja: la proclamación de un amor y el fracaso de su expresión, pues enclaustra su discurso en los estereotipos de “lo hermoso y su superlativo”. Los relatos de viaje de Stendhal por Italia son manifestaciones de su afasia nacida del exceso de amor: no se puede hablar de lo que se ama. Veinte años más

¹ Publicado en *Quimera*, núm. 3, ene. 1981, Barcelona, pp. 30-34. Las citas son de esta publicación.

² “Tres instantáneas”, *Idem*, p. 36.

tarde, “por una suerte de efecto tardío que también pertenece a la lógica retorcida del amor”, según declara Barthes, Stendhal logra, en *La cartuja de Parma*, escribir unas páginas magníficas sobre Italia, las que no había conseguido en sus *Diarios* de viaje. “¿Por qué este vuelco?”, se pregunta Barthes y se responde: “Porque Stendhal, al pasar del Diario a la Novela, del Álbum al Libro [...], ha abandonado la sensación, parcela viva pero inmanejable, para abordar esa gran forma mediatrix que es el relato, mejor aún, el Mito.” La distancia que recorre entre el diario de viaje y *La cartuja* es la escritura. Y Barthes, finalmente, se interroga: “¿Qué es la escritura?”, a lo que responde: “Un poder, fruto probable de una larga iniciación, que vence la estéril inmovilidad de la imaginación enamorada y da a su aventura una generalidad simbólica. Cuando era joven, en tiempos de Roma, Nápoles, Florencia, Stendhal pudo escribir: ‘*Cuando miento me pasa lo que al señor Goury; me aburro*’. Aún no sabía que excité una mentira, la mentira novelesca, que sería a la vez —oh milagro— desvío de la verdad y expresión por fin triunfante de su pasión italiana.”

Tiempo atrás, Barthes había aplicado esta fórmula, la de la mentira novelesca, a su propia escritura, no sólo en los *Fragments* (1977), sino en su *Roland Barthes* por Roland Barthes (1975), libro en el que se “reescribe” a sí mismo, dificultad similar a la de escribir de lo que se ama, por la poderosa invasión del Imaginario. Lo atestigua así el epígrafe que lo encabeza, de puño y letra del propio Barthes: “lo que sigue debe ser considerado como dicho por un personaje de novela”³. El hecho de distanciarse de sí como personaje novelesco, le permite conseguir la objetividad suficiente para poder “reescribirse”. Asimismo, quien habla en los *Fragments de un discurso amoroso*⁴ no es un “simple sujeto sintomático”, por ejemplo, el propio Barthes adherido a su imaginación enamorada, sino Barthes escritor que libra una batalla con las armas del lenguaje para hacer de la pasión amorosa —quizá la propia, aunque también la conversada con amigos, la leída en la literatura, la escuchada en temas musicales, la aprendida en textos psicoanalíticos, filosóficos—, hacer de ella, la pasión amorosa, “una generalidad simbólica”. Y también por lo mismo, el discurso del personaje, que es el yo enamorado, no es el de las declaraciones o las declamaciones de amor, sino que se distribuye en fragmentos, figuras, por medio de las cuales el escritor, simulando inocencia, se propone sorprender al “enamorado haciendo su trabajo” y dar cuenta de su discurso que, según dice, “no existe jamás sino por arrebatos de lenguaje, que le sobrevienen al capricho de circunstancias ínfimas, aleatorias”. El enamorado, personaje ficticiamente inocente, para componer sus figuras, sólo necesita del sentimiento amoroso y reconocer sus episodios como señales de un código, sin ninguna exigencia “culto o literaria”. Lo mismo el lector, a quien se ofrecen las figuras para que les quite o les añada lo que desee. El libro se propone por tanto, como una cooperativa: “*A los Lectores —A Los Enamorados— Unidos*”.

Procedamos, pues, a identificar algunas de las constelaciones significantes sobre las cuales está montado el discurso amoroso de los *Fragments*, no sin antes reconocer que tal trabajo no deja de traicionar un tanto la intención de Roland Barthes al escribir este libro, ya que él se propone sustituir “la descripción del discurso amoroso por su simulación” e intenta “poner en escena un anunciación, no un análisis”, así como desea evitar a toda costa engendrar el monstruo de una “filosofía del amor”, ahí donde no se debe esperar más que su afirmación”. Entonces, ¿cómo hablar del libro sin desviarme del propósito de su autor? Si usara el yo, la persona fundamental del discurso amoroso, hablaría de mi biografía, mas no del libro de Barthes, que es el interés que aquí nos congrega. Sin embargo, reconocido el tropiezo, manos a la obra, pues no deja de ser un reto interesante.

El enamorado y el lenguaje de sus itinerarios

La estructura fragmentaria del libro habla de la propia del discurso amoroso: a pesar de su constancia, el discurso amoroso es fragmentario; carece de continuidad; es

³ Roland Barthes por Roland Barthes, trad. Julieta Sucre, Ed. Kairós, Barcelona, 1978, 207 pp.

⁴ *Fragments de un discurso amoroso*, trad. Eduardo Molina, 7a. ed., Siglo XXI, México, 1989, 254 pp. Las citas han sido tomadas de esta edición.

“un polvo de figuras que se agitan según un orden imprevisible a la manera de las trayectorias de una mosca en una habitación”, en imagen de Barthes. Sin embargo, retrospectivamente, el sujeto puede reconstruir un *continuum*, una secuencia, como si fuera una novela.

A lo largo de los *Fragmentos*, Barthes explora el ser para el amor, y halla que el sujeto cae enamorado porque lo desea, que está dispuesto, por un estado de vacío previo, a revivir el mito del rapto y sus secuelas, a ponerse en posición de volverse loco. El otro es el señuelo que activa la estructura profunda del deseo. El amor es entonces una puesta en escena, en la que el otro es su personaje, presa él mismo de su Imagen, puesto que la Imagen es una institución erigida por el enamorado, que tiende a negar la alteridad del otro, quien corre el riesgo de ser suprimido “bajo el peso del amor mismo” o asfixiado por la masa excesiva del discurso amoroso.

La secuencia novelesca se inicia, pues, con una escena privilegiada que será siempre la primera, la del rapto. En ella, el sujeto cree encontrar al objeto que se adecua con precisión a su deseo. A partir de ese momento aleatorio, preñado de misterio, el enamorado accede al reino imaginario del Absoluto, habitado por esa imagen del otro, perfecta y constante, que ocupa el lugar del Todo, el Único y a la cual le dedica íntegra su devoción. El enamorado inicia entonces una práctica infatigable de lenguaje. El acontecimiento o el objeto más nimios –una llamada telefónica, una espera más o menos prolongada, un gesto, una palabra del otro– desencadenan en él esa febril actividad lingüística. El sujeto amoroso, sin embargo, constata que el lenguaje le resulta inadecuado, insuficiente –“...cuanto más experimento la especificidad de mi deseo menos la puedo nombrar; a la precisión del enfoque corresponde un temblor del nombre; la propiedad del deseo no puede producir sino una impropiedad del enunciado”, dice el enamorado barthesiano–. El amado, por su parte, cubierto por “un discurso devoto, bienpensante”, desprestigia su propia Imagen en muchas ocasiones –“Cuando la imagen se altera, la envoltura de devoción se rasga; una conmoción trastoca mi propio lenguaje”, dice de nuevo el enamorado–.

A pesar de que el lenguaje fracasa y la imagen desmiente ese acomodo del otro a la totalidad del deseo, el enamorado, mientras lo es, tiende a restituir esa adecuación perfecta y a actuar “como si el amor pudiera un día colmarme, como si el Soberano Bien fuera posible”. Porque la pareja amorosa se recorta sobre la diada primigenia de la Madre y el niño, en donde ella, la Madre, es imaginada como la “fuente de todos los bienes”. La pareja transita del juego tierno entre madre e hijo al imperio de la genitalidad adulta. Cuando esta secuencia se produce felizmente, se da entonces, por unos instantes, “el sueño de unión total con el ser amado”, el descubrimiento fugaz de la sociedad, que colinda con la muerte. Freud lo sabe; Barthes no puede ignorarlo: Eros es Tanatos. Sin embargo, el enamorado buscará sin tregua que se repitan estos momentos.

El enamorado, a lo largo de las distintas figuras, cambia de papeles: cuando espera, milagrosamente se feminiza, ya que comparte el mito de las Tejedoras que cantan a la vez su inmovilidad y la ausencia del amado. Dado que la ausencia está relacionada asimismo con la separación de la madre, con el destete, el enamorado es, además, un niño que tiene que aprender a estar sin el otro. Si logra conjuntar el amor –un proyecto “noble”– y el estar enamorado –un proyecto “mórbido”–, “se une a la clase de las grandes Enamoradas, de las Suficientemente Buenas”, según expresión barthesiana. Es necesario, también, para que se dé el juego del deseo y la prohibición que lo mantiene, que el enamorado de nuevo tome el papel de “la Madre suficientemente buena (protectora y liberal), en torno de la cual juega el niño, mientras ella cose apaciblemente”, como la imagina Barthes. De esta manera, en torno a la pareja amorosa, ronda la Madre, la presencia de lo femenino con toda su carga mítica. En otros momentos, “el amante es insoportable para el amado”– admite Barthes al leer a Sócrates en el *Fedro*–. No tolera compartirlo con el mundo, con otra presencia, aun con su propio infortunio, puesto que todo ello lo pone fuera de su dominio y significa abandono para él. Establece, así, sobre el amado, una red de tiranías. El enamorado se reconoce odioso. Con todo, la amenaza de abandono lo pone en posición extremadamente vulnerable, en peligro inminente de experimentar un desmoronamiento.



La estructura amorosa es, pues, dual: dos mitades en el mito del andrógino, madre e hijo en la diada primigenia, amante y amado. La dualidad es el símbolo del Absoluto: "si *todo* no está en *dos*, ¿para qué luchar?", proclama como su manifiesto el enamorado. Así, ve su reflejo donde quiera que halla una estructura dual; su lugar es intercambiable con el de cualquier personaje de una trama amorosa. "Una larga cadena de equivalencias une a todos los enamorados del mundo", descubre Barthes en la sucesión de identificaciones que asocia a personajes y lectores de los dramas de amor en la historia de la literatura. Por eso, presenta su libro como una cooperativa. Sin embargo, la gran paradoja que nos entrega es la de que, al mismo tiempo, "el discurso amoroso es hoy *de una extrema soledad*." Soledad que tiene una doble causa: la sentimentalidad del amor está desacreditada por la opinión moderna; ocupa el lugar de lo obscuro, que antes era coto de lo sexual: "ningún Bataille –se afirma en uno de los *Fragmentos*– le dará una escritura a ese obscuro". La otra causa de dicha soledad reside en el hecho de que no hay sistema importante de pensamiento, o discurso, que se haga cargo hoy del amor pasión: ni el discurso cristiano ni el marxista; el psicoanalítico, "al menos, describe su estado". Será, entonces, Roland Barthes quien le otorgue sustento en este libro y acuda al amor romántico *demodé* de Werther por Carlota, al amor cortesano, a los diálogos del *Banquete* de Platón y aun a los discursos psicoanalítico y filosófico para rescatar el texto amoroso "hecho de pequeños narcisismos, de mezquindades psicológicas; [carente] de grandeza."

El libro y la escritura

El libro es, así, una hazaña de lenguaje montada sobre una paradoja, ya que, por un lado, declara la impotencia de la escritura amorosa y, por otro, cobra materialidad justamente gracias a esa escritura. Es preciso, entonces, que el yo enamorado, para poder decir su amor, recorra el itinerario de todo sujeto, a saber, el distanciamiento necesario de la adhesión imaginaria a la unidad plena, al "exceso de amor", que prescinde del lenguaje y cuyo troquel es la Madre, y la consecución de la ley del Padre, quien abre una fisura en esa unidad imaginaria y obliga a la conquista del lenguaje. *Fragmentos de un discurso amoroso* oscila entre estos extremos; pone en escena una y otra vez los dos momentos del mito platónico del andrógino, presentes asimismo en la relación amorosa: el ser esférico con sus dos mitades armónicas y autosuficientes, y el ser dividido por envidia y castigo del padre Zeus y que buscará incesantemente su otra mitad. En el primer momento, el de la saciedad, es innecesario e imposible el lenguaje; en el segundo, es posible y necesario. De un lado está el enamorado satisfecho, bajo el régimen excesivo del Imaginario; del otro, el escritor. El discurso factible, el que surge en los *Fragmentos*, es el de un yo herido, ya que "el yo no discurre sino herido; cuando estoy colmado o recuerdo haberlo estado, dice el sujeto amoroso en una de las figuras, el lenguaje me parece pusilánime: soy *transportado* fuera del lenguaje, es decir fuera de lo mediocre, fuera de lo general..." Asimismo, con el fin de que la escritura se cumpla, el enamorado tiene que sacrificar un poco de su Imaginario, para que, a cambio, emerja un poco de realidad, dejarse trabajar por la lengua y "sufrir las injusticias (las injurias) que [ella, la lengua] no dejará de infligir a la doble Imagen del enamorado y de su otro." Comparese aquí el enamorado-Barthes con el Imaginario maltrecho, habiendo perdido una batalla, pero con la guerra de la escritura ganada en este estupendo libro. ◇



La catedral sumergida



El cadáver del Comendador permaneció atrapado en su caza. Para sacarlo de allí habríamos tenido que mutilarlo más de lo que de por sí estaba, y ninguno de nosotros se atrevió a tal cosa. Ahora, la armadura se interponía como una muralla entre su piel y la nuestra; en cierta forma, nos mantenía lejos del crimen. Por eso lo dejamos dentro, dimos por hecho que los ungüentos de las viejas y las cuchillas del matorife no servirían para sacarlo. Decidimos que era mejor enterrarlo tal y como lo habíamos encontrado por la madrugada: impotente en aquel ataúd de acero, con la herrumbre pronta a manchar su soberbia de caballero vencido. En su armadura, el Comendador se asemejaba a un templario recién vuelto de una cruzada desastrosa; y las sombras sarracenas que lo habían derrotado —la desidia, la vanagloria, la farsa— llevaban meses pertrechándose a sangre y fuego en la isla, ganando almenas.

En el solar de la Casona, junto al portón trasero, vaciamos una tumba tan amplia que parecía dos tumbas. Las mujeres envolvieron el cadáver en un sudario improvisado que en algo disimuló la hedentina y la decapitación que tanto nos atormentaban. Para acarrearlo hasta la fosa se requirieron cinco de nuestros hombres más recios; al caer, los huesos del Comendador retumbaron contra el acero, y el acero, a su vez, contra la seca entraña de la isla.

Con tablas desprendidas del retrete, armamos después una cruz hechiza, la cual, una vez terminada, nos hizo percatarnos de que no conocíamos el nombre de nuestro muerto. Apenas

unos minutos atrás el cóndor bicéfalo del sello imperial se había llevado entre las garras el pasado remoto del Comendador, y aún así estuvimos ciertos de que tampoco en el pergamino figuraba su nombre de pila. Así que la cruz permaneció anónima. Al mirarla, pensamos en cuántas otras cosas, además de su nombre, ignorábamos de él: su historia primera, las razones de su puesto y de su estampa, su idioma original. Sólo recordábamos que, cuando habíamos despertado al mundo, él ya estaba allí, rigiendo nuestra vida y nuestra suerte sin permiso ni reclamos de importancia.

Lo que sí sabíamos de él —y de nada nos sirvió recordarlo en sus miserables exequias— eran las cosas vanas; sus rutinas de aburrido, sus manías de rey pigmeo. De memoria conocíamos sus ritos íntimos que a la larga, como era obligado en un reino tan angosto como el nuestro, habían pasado a ser públicos. Sabíamos, por ejemplo, que había sido un bebedor heroico y un amante portentoso, que en las tardes más densas de la canícula vaciaba enteras nueve damajuanas de tinto y las vestía luego, transformadas en doscientas libras de deseo, en el sexo frágil de su esposa. No era raro escuchar sus resuellos de minotauro cimbrando la Casona, la aldea completa, promoviendo el escándalo de las mujeres y la sonrisa maliciosa de los hombres. Sabíamos también que su pelo no era de rojo natural, sino que se lo teñía para invocar la autoridad que le faltaba; que tenía un ojo de vidrio y un pulmón reventado, una colección de armas antiguas y hasta una cicatriz en la tilla izquierda, que más parecía un percance del deseo que del florete.

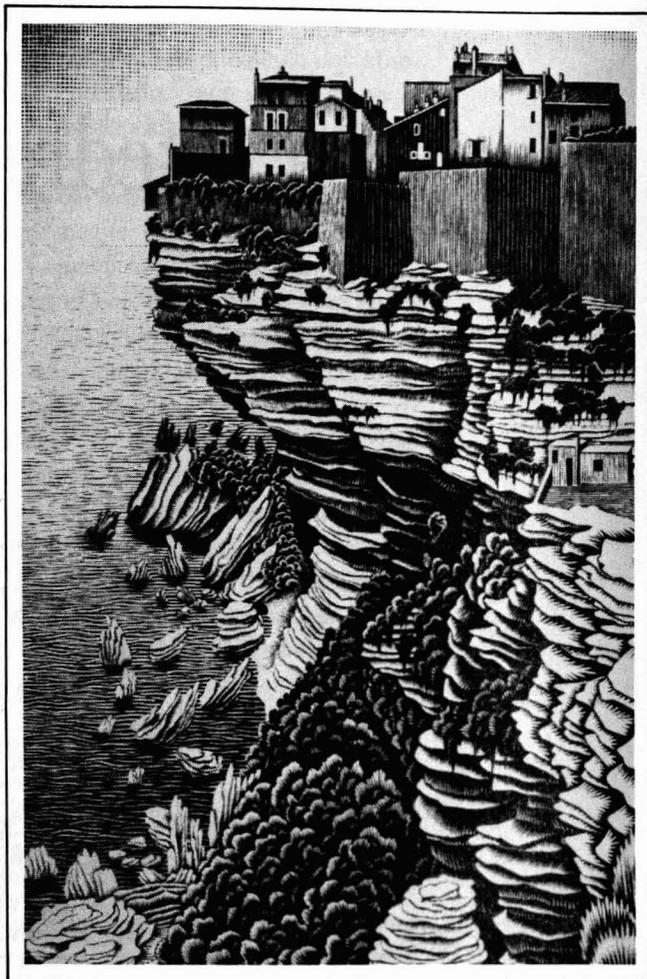
Y, sobre todo, sabíamos lo de los periódicos. Cada vez que un buque amarraba en la isla, el Comendador recibía un baúl o una caja atiborrada de periódicos viejísimos que él censuraba como si se hubiesen publicado apenas ayer. No se trataba de noticias, sino de historia, de hechos ocurridos medio siglo atrás. Él, sin embargo, examinaba puntillosamente las planas y las recortaba para que, según decía, no leyéramos lo que no debíamos leer. No fuera a ocurrir, le explicaba a su secretario albino, que sus súbditos contrajeran las locuras de un continente donde los reyes eran guillotinos.

—Porque Dios está en su Gloria, y todo está bien en el mundo —concluía—. Porque aquí mando yo para que las cosas sigan en orden.

El albino asentía varias veces, como si lo hiciera a nombre de cada uno de nosotros. Luego, ambos volvían a sus periódicos. Despuntaba ya el sol cuando el Comendador plegaba la última plana sobre la mesa de caoba y repetía su sentencia de paz obligada. Descorriendo los cerrojos, el secretario le hacía eco a su señor: —Sí, Excelencia, todos estamos muy bien —el panadero seguía con su amante y el cura con su gripa, el mercado seguía lleno y la iglesia desierta—. Sí, Excelencia, todo está en orden y Dios, en su Gloria. Aliviado, el Comendador esbozaba un rictus que quería ser sonrisa y abandonaba el despacho.

Muchas veces, burlones o sediciosos, habíamos dedicado nuestras conversaciones a aquella manía estéril a la que el Comendador confería tanta importancia. Y habíamos terminado por aceptarla. Después de todo, el hombre no tenía por qué pensar entonces que, a la larga, con noticias o sin ella, igual iban a degollarlo. Ciertamente, un capricho como aquél no habría parecido, en otro sitio, razón suficiente para ansiar el arribo de barco alguno, pero así lo consideramos siempre, por cuanto el Comendador era el primero en aparecer bajo el techo de palma con sus mejores galas, dispuesto a agasajar a los navegantes. A fin de cuentas, si de caprichos se trataba, cada quien en el pueblo había tenido los suyos; y cada quien, por lo tanto, había sufrido una decepción al enterarse de que los buques no volverían. Encarnado quizá en el grumete de la taberna, el continente se había esfumado en un santiamén, y con él se habían disuelto miles de pequeñas locuras, como los periódicos que esa tarde compartieron el espacio de su baúl con el demonio del olvido.

Por la noche, mientras el barco se alistaba para la fuga, uno de los grumetes apareció en la taberna dispuesto a ahogarse en tierra firme. El vino y la fatiga le aflojaron la lengua. Fue él quien nos insinuó la verdadera razón por la que se negaban tan enfáticamente a repetir el viaje. Nosotros, que no conocíamos el llanto de los hombres de mar, nos estremecimos cuando éste explotó en sollozos y juró por su madre que no volvería a embarcarse. Le servimos más vino y le pedimos que nos dijera qué había pasado. El muchacho apuró el vaso y empezó a contarnos que, a mitad de la travesía, los instrumentos había enloquecido, que el octante se está burlando de nosotros, capitán. Pero en vez de buscar la vuelta, también el capitán había perdido el juicio.



—Seguid adelante —ordenó desde el castillo de proa—. O hacia atrás, no importa, igual llegaremos.

Tal fue la firmeza de aquella orden, continuó el grumete, que lo obedecimos sin reclamo. Se dejarían llevar así no hubiesen astros ni octantes. Encontrarían la isla y si fuera preciso, se la inventarían para llegar a ella.

Más tarde el cocinero llegó al castillo de proa con la novedad, señor, de que se nos ha agotado el bizcocho y escasea el agua dulce. Distrayendo los ojos desorbitados en levante, el capitán decidió que se comieran los aparejos, el barco entero si hiciera falta. Pero de que llegamos, musitó, llegamos. Él mismo dio el ejemplo y empezó a mondar el palanquín de la vela mayor. Los demás lo imitamos, explicó el grumete, pues más valía morder la soga que tenerla al cuello. Más valía perder también el norte a costa de mezclar agua dulce y salada, y repetir la consigna de encontrar la isla aunque fuera alucinándola. Algo había en aquel barco que les quitaba el sueño, los instaba a abandonarlo lo antes posible. Qué importaba, entonces, indigestarse de gorgojos, escorbuto u olvidos.

El joven interrumpió su relato. Era el diablo, aseguró limpiándose la barbilla, les digo que era el diablo. Nosotros, entre incómodos y divertidos, sonreímos. El grumete exigió más vino y en un rumor de espanto nos habló del día en que bajó a la bodega. Pudimos imaginarlo sin mucho esfuerzo: casi a oscuras, con la faz abotagada por la calma chicha y la ropa en garras. Fue allí, dijo, donde se sintió muerto por vez primera, espectral, transparente de haber cabido la luz en aquel sitio.

Detenido en la escalerilla, no queriendo que sus pies tocaran el suelo de la despensa, inventarió fugazmente los animales, los paquetes, la diezmada legión de esclavos que al verlo le gritaron que nos están comiendo las ratas, amo, aquí hay mucho enfermo, amo, y si no nos dan de comer les vamos a matar un caballo, amo. Él fingió no haberlos escuchado. Desde la contrarroda, la bodega era sólo una repulsiva pintura de bultos, un goyesco aquelarre. Se limitó, pues, a asegurar con la vista las cadenas que unían a los esclavos al espinazo del barco. No se quejen, negros, que allá arriba también tenemos hambre. Cerró luego los ojos y volvió a cubierta tan pronto como pudo.

Varias semanas pasaron sin que el grumete se atreviera a regresar a la bodega. Entre hipos nos explicó cómo había falseado los inventarios que, sabía, el contra maestre no se molestaría en leer. La sola idea de bajar otra vez a las bodegas le causaba vómitos. Allí abajo, rondando baúles, automóviles armables, vestidos húmedos y frascos de arsénico, lo esperaba el demonio. Tal vez yacía aburrido en el interior de un cajón, contando como todos los días y las leguas que faltaban para tocar tierra. Mientras tanto, las ratas y los gorgojos se regocijaban con aquel festín de bestias y esclavos que se iban apagando en el encierro.

Cumplido el segundo mes de viaje, los tripulantes hicieron a un lado sus lealtades y pidieron al capitán que volviesen al continente.

—Mientras tengamos que llevar al obispo —inventó el capitán—, nosotros buscaremos la isla.

Entonces el piloto dio un paso al frente, se quitó el gorro de lona y le anunció, señor, que el obispo murió de escorbuto la semana pasada. Una partida nocturna de enterradores, encabezada por él mismo, lo había arrojado al mar, donde burbujearía eternamente sus sermones rezagados. No se lo habíamos dicho, señor, porque temíamos contrariarlo. Ante la noticia, el capitán flaqueó un ápice en su avanzado desvarío y prometió que ese viaje sería el último. Pero esta vez cumpliremos, bergantes, pues yo ordeno que el obispo siga vivo y que la isla aparezca.

Y cumplimos, dijo el marinero empinando a fondo la última garrafa de vino. Una mañana, a principios de agosto, el primer grumete avistó tierra y el buque se sacudió con el ansiado cañonazo que pregonaba el final del viaje. La tripulación sacó ánimos de la nada, aparejó las pocas velas que quedaban y aplacó los caballos histéricos que por un minuto robaron a las ratas su dominio sobre el letargo de la bodega. Una de las coces fue a estrellarse en el baúl donde se encontraba el demonio. El polizón salió proyectado por el boquete y rodó hasta el más oscuro rincón de la bodega. Al recuperarse de la sacudida, se descubrió al lado de dos negros enormes; los oyó respirar con tranquilidad, vio en el suelo sus espléndidas raciones de comida y entendió que aquellos esclavos, a pesar de tan sacrificado viaje, habían sido objeto de un trato especial.

Ya volaba el cuervo entre las nubes, ya se escuchaban los aplausos de la multitud en el muelle cuando el joven grumete acudió a su cita final en la bodega. Al verlo, el demonio aprovechó la penumbra para preguntar por los dos negros gigantes.



—Son los negros del Comendador— respondió el marino, indiferente.

Luego, el hombre sacó su verga desmayada de la calzonera y aguardó. Pensó que orinaba; pero al notar que no habían charcos ni vapores a sus pies, entendió que también él había muerto de escorbuto. Al igual que el obispo, se había resucitado provisionalmente por cumplir las órdenes de su capitán desquiciado. Supo que jamás desembarcaría ni apuraría con nosotros sus garrafas de vino fúnebre. El demonio lo vio encarroñarse en plena escalerilla y regresó sigilosamente a su baúl.

Pasaba de media noche cuando notamos que le habíamos servido vino al aire. Los vasos, alineados con cuidado sobre la mesa de la taberna, seguían llenos. Nos asomamos al muelle y vimos allí a dos negros gigantes junto a un baúl que tenía un amplio boquete, como si lo hubiera hecho la coza de un caballo.

—Estamos ebrios —dijimos.

Lentos, ceremoniosos, nos repartimos los vasos de vino. Los vaciamos y cada sorbo nos supo a miedo.

Al día siguiente, el barco abandonó vuestra isla de mierda, Excelencia. Se fue para extraviarse en el octavo de los siete mares con su bodega desnuda, el sextante chiflado, sus grumetes fantasmas y su juramento de no volveremos y no volvimos. El Comendador fue a despedirlo. Mandó en adelante a su esposa por los esclavos y el baúl roto. Más tarde, se puso la armadura en la que tres meses después, en el noviembre de los gallos mudos, lo encontraríamos navegando hacia el final de los tiempos. ◇

Tres libros históricos de Martín Luis Guzmán

Jorge von Ziegler

Hacia 1930, Martín Luis Guzmán recorrió, en busca del espíritu de Francisco Javier Mina, los caminos de Navarra, Aragón, Cataluña y el sur de Francia, y los papeles —no menos accidentados o sinuosos— de los archivos históricos de París, Burdeos, Madrid y Pamplona. A veces, de un cansado viaje obtuvo apenas una o dos líneas; pero ciertos bosques, pueblos y fortalezas lo proveyeron de imágenes para suntuosas descripciones de escaramuzas y batallas. Ayudado por el azar, además tropezó con hechos y figuras relacionadas con Mina y su tiempo pero dignos de páginas aparte. Ordenó las cosas vistas, imaginadas y leídas y escribió *Javier Mina, héroe de España y de México* y, con un estilo menos elaborado pero no menos admirable, *Filadelfia, paraíso de conspiradores* y *Piratas y corsarios*. Del esfuerzo exigido por un libro ambicioso, la casualidad hizo brotar dos delicados entremeses. Si tanto debe Guzmán a dicho esfuerzo, otros de la misma época, en cambio, fracasaron. Así una biografía de Drake y un libro sobre el Golfo de México.

Partícipe de la Revolución, antes de 1930 Martín Luis Guzmán, escribiendo, había sido cronista, crítico y novelista de "las cuestiones palpitantes de México", al decir suyo. Palpitaban tanto, que Plutarco Elías Calles quiso prohibir la circulación de *La sombra del caudillo*, novela editada en España por Espasa-Calpe. Convencido por Genaro Estrada, desistió de ello: prohibida, la novela circularía más, y el acto de prohibición le atraería todo género de censuras. Pero no dejó de fijar un precio a su tolerancia: la editorial, bajo amenaza de ver suprimida su agencia en México, había de prometer no publicar ningún libro de Guzmán de tema posterior a 1910. La literatura de Martín Luis Guzmán se vio obligada a remontar, en el pasado, esa fecha ilustre. Así explicó Guzmán a Emmanuel Carballo, en 1958, sus únicos relatos situados en épocas distintas de nuestro siglo.

Los métodos de Guzmán, si no la prosa, cambiaron. Ya no fue el observador intachable de hechos y circunstancias dignos de un libro, el escritor para quien ver era la condición de escribir. Seguía dependiendo de estímulos físicos, pero en esas montañas y ciudades que visitaba ya no se movía un

ejército o se levantaba un pueblo en armas. Le era preciso reconstruir, a partir de imposibles informes históricos, a partir de mañanas y atardeceres de 1930 que pudieron ser como los de 1809 o 1815, la vida y las agitaciones de otra época. Y de ser un cronista de las "cuestiones palpitantes", se obligaba ahora a hacer palpitante las pasiones políticas del pasado.

El primer título de la vida de Mina fue *Mina el mozo, héroe de Navarra*. El libro no es un trabajo de historia, sino un mero ejercicio de literatura. ¿Por qué razón? La sola voluntad de Martín Luis Guzmán es hacer que los acontecimientos se sucedan con la fluidez y la tersura de un río sin caídas: problema de narrador, no de historiador. Que el objeto principal de su trabajo es el relato, lo demuestra su cabal estilo de crónica. Guzmán no pierde un instante en consideraciones políticas o sociales sobre los sucesos que contempla; escritor reflexivo en otras páginas, aquí deposita toda su moral en unos pocos adjetivos reticentes. Tampoco se demora en discutir fuentes históricas o señalarlas. Expone como si todo le fuera conocido, como si todo fuera claro y evidente. Los hechos se encadenan unos a otros como consecuencias lógicas, como alegres concatenaciones de circunstancias destinadas a un fin previsto. Mina es un personaje sin pliegues ni honduras. La palabra "héroe" lo resume sin más. El nacer de su conciencia patriótica, la formación de su convicción política, la afirmación de su vo-

cación militar y libertaria, los abismales dilemas morales que sorteó en su rápida vida, importan menos a Guzmán que los ardidés que empleó ante franceses y españoles en brillantes compases de guerra. Mina es un personaje capaz de interpretaciones políticas, psicológicas, morales y sociológicas sin término. A Guzmán sólo le interesaron sus hechos. Pero su virtud está en inducir en el lector, a partir de esas transparentes informaciones, la sospecha de que son manifestaciones de una vida infinitamente compleja.

Mina encarna, a su modo, el espíritu de su época. Al suyo, Diego Correa, transformado en Antonio Gorbálán para el mejor logro de su propósito, novelado con humor en *Filadelfia, paraíso de conspiradores*. Ante una España humillada por la decadencia y la invasión francesa, Mina es el héroe limpio cuyas razones políticas se reducen a dos o tres principios intachables; Correa, el patriota obnubilado por las confusiones del momento. Mina gravita en las esferas de lo admirable y lo sublime; Correa, en las de la risa y el ridículo. No podían convivir en el mismo libro, no obstante cruzarse sus historias en algún punto. Mina propicia páginas de respiración épica; Correa, un relato de tono menor.

Sin embargo, *Filadelfia, paraíso de conspiradores* es complemento de la biografía de Mina para construir una imagen viva de los agitados comienzos del siglo XIX. En los veintisiete capítulos de *Mina*, Guzmán traza un suceder menos complicado que el de los ocho de *Filadelfia, paraíso de conspiradores*. En la enredada historia de Diego Correa se cruzan los hilos de todas, o casi todas, las intenciones políticas y éticas del momento, no siempre claras. Si en *Mina* las posiciones obedecen a una lógica escueta, en este relato hemos de razonar,



El exilio como condición humana

más allá de un irónico costumbrismo y del agrado de una trama amena, la ambigüedad esencial de la historia humana.

La tercera parte de la trilogía es *Piratas y corsarios*, retablo de seis piezas cortas. *Mina* pertenece a la épica; *Filadelfia, paraíso de conspiradores*, a la comedia; *Piratas y corsarios*, a la novela del mar. Guzmán, en este pequeño libro, pinta episodios de esa biografía del Golfo de México que soñó terminar. Su título anterior, *Mares de fortuna*, describe con vigor el papel de ese espacio de la aventura. Sus héroes —Barba-Negra, Jean Lafitte, Gregor MacGregor, MacDonald y Luis Aury— no viven dilemas políticos o morales, sino situaciones oportunas para probar la suerte. En las revoluciones de independencia hispanoamericanas, ven la ocasión de intentar ambiguas empresas libertarias o rapiñas que son —por el solo hecho de hacer víctima al imperio español— justas. Al mismo tiempo, son piratas y corsarios. Cada uno —salvo Barba-Negra— ayuda a Martín Luis Guzmán a exponer la subversión de valores y la ambigüedad ética de todo tiempo revolucionario.

Hay quien dice que el libro sobre Mina es una novela. Decirlo es caer en la novela, es decir, en la ficción. Otros se contentan con llamarlo biografía. No es una cosa ni la otra. Algo parecido ocurre con *Filadelfia, paraíso de conspiradores* y con *Piratas y corsarios*. ¿Son crónicas o textos de historia y novelas cortas? El propio Guzmán lo respondió al publicar, en 1960, estos dos libros junto a los fragmentos "Axkaná González en las elecciones" y "Maestros rurales". El título del volumen fue *Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias noveladas*. Guzmán no pretendió otra cosa que novelar la historia; en otras palabras: darle *aparición* de literatura. ¿Cómo? Tratando a seres históricos como personajes de la ficción. Procede como narrador realista, no como historiador o biógrafo: imagina emociones, pasiones y pensamientos tenuemente hilvanados a los hechos, y elimina todo rastro de método o de ciencia.

Pausa impuesta por las circunstancias a la vocación periodística y reflexiva de Martín Luis Guzmán, estas historias noveladas no lo fueron para sus experimentos con la prosa. En ellas, Guzmán siguió buscando esa ligereza alada que se convirtió con los años en el sello de su estilo. Su ideal de la prosa —claridad, concisión y lógica extremadas— encontró aquí realización absoluta. Con libros de temas lejanos, Guzmán probó una estética destinada a interesarnos en todas las cosas y a animar, con palabras y sentencias directas pero eficaces, cualquier realidad. ◇

Cristina Múgica

El misticismo judío se abre como conciencia en la interacción incesante de Voz y escritura. En principio sujeto de una lengua "cuyo sentido se hace claro sólo en el momento en que se articula verbalmente" y sujeto que habrá de subvertirse negándose a establecer una relación de subordinación con la lengua "como condición de producción del sentido";* en su transcurrir recuerda que la lectura-escritura del mundo es, ante todo, proferimiento, actualización. Todo acto posee una tendencia que lo significa. El sentido de este acto místico es un *otro*, un escucha. Y es quizás aquí donde esta práctica exegética se traduce, en el nivel metodológico, en una perpetua consideración de su destinatario: el lector.

La práctica de la mística judía se establece como un vínculo en la tensión entre lengua y escritura; entre recepción y transformación —transfiguración; entre lo balájico y lo anómico;** entre el otro y el yo —donde ocurre el amor; entre un afuera y un adentro —dialéctica conformadora del yo; a fin de cuentas, entre el sentido y el sonido que somos.

Mundo de relaciones laberínticas cuyo centro se hunde en un Sentido inalcanzable, la ESCRITURA se manifiesta como un surtidor ininterrumpido.

La continuidad del universo escritural cabalístico se asienta en el retorno a la pregunta por el origen: del cuerpo a la palabra y de la palabra a la letra, temblor de la gota de mercurio. La letra, disparadero de la duda, desencadenante del desplazamiento.

Esta autoconciencia de la significación resulta la posibilidad misma de la creatividad de una escritura que no se ejercita "en una relación de subordinación con la lengua como condición de su producción de sentido, sino básica y primordialmente, como modo de producción de la lengua misma". La escritura abierta, susceptible de vocalizarse de distintos modos, es un espacio de libertad. Lugar donde interrogarse y ponerse en riesgo. "Terreno arenoso y

movedizo" en el que ocurren también la psicología, la estética, la ética y la creación histórica.

"...la lectura, pues, deja de ser un simple (o complejo) problema de método para convertirse en una realidad, en una propuesta que involucra una concepción de la vida; una reflexión sobre la Escritura es, de hecho, una acción sobre el mundo."

Sonido y sentido

"El rollo de la *Torá**** —dice Asher en la Barcelona del siglo XIII— está escrito sin vocales para permitir que el hombre lo interprete como él lo desee —ya que las consonantes sin vocales conllevan varias interpretaciones y (pueden) dividirse en diversas direcciones."

"La *Torá* oral precede a la *Torá* escrita, pero una vez fijada por la letra, la primera no desaparece. El cablista recupera la segunda como huella y clave para entender la primera, la utiliza abiertamente para hacer frente un presente que debe ser llenado con la propia escritura, pero no por esto deja de lado la *Torá* oral, ya que es ella la que posibilita la multiplicidad de lecturas y la apropiación de su propio destino. Escribir es ante todo, aunque suene paradójico, inclinarse por la revelación oral." Me detengo en esta paradoja, porque aquí se vinculan sonido y sentido, quizá porque lo que hace patente la letra es la huella de la voz misma o, mejor dicho, la Voz que se desgrana en posibles voces, vocalizaciones de un texto que es el mundo, pues si "Dios es el único ser que sabe", al hombre, en cambio, "le ha sido concedida la facultad del juego, de la experimentación; siempre a partir de las leyes de combinación y permutación".

Exilio, escritura y creación histórica

El misticismo judío, "indisolublemente ligado al distanciamiento de su propia tierra y marcado negativamente por la destrucción del segundo Templo", da cuenta del mito y de la historia del exilio obligado, de la errancia. El texto viene siendo territorialidad

* Todas las citas pertenecen al libro de Esther Cohen *La palabra inconclusa* (siete ensayos sobre Cábala), UNAM, México, 1991.

** Lo halájico se refiere a la práctica legislada; lo apómico, a las actividades no reguladas.

*** La *Torá* es la Ley entregada a Moisés en el Monte Sinaí.

ondo de Cultura Económica

PEDRO ÁNGEL PALOU

EN LA ALCOBA DE UN MUNDO



...Yo era boletero del cine *Alameda*, ¿sabe usted?, así que, pues, puedo hablar de ellos, a veces solitarios, otras en grupo, se dejaban llegar. Recuerdo al señor del que usted pregunta: charrito, muy elegante, muy amable.

Siempre me decía: Hola, Panchito, cómo le ha ido, a veces platicaba de algunas cosas, le contaba las calamidades, las representaciones, le platicaba de la gente.

originaria y su lectura, un movimiento de retorno tendido hacia el futuro, recreación permanente del exilio y de la voluntad de pertenencia.

La mística pone de manifiesto el mito del exilio como condición humana, una incesante busca del sentido en el Sin-fin de Dios. "Desterrado y arrojado del Templo, el místico se propone la recuperación de la unidad a partir de su propia individualidad, ya sea mediante la unión mística o la escritura: la era de los profetas y de los caudillos, hace mucho tiempo ha terminado." Es la peregrinación, en cambio, la que configura significaciones, moradas capaces de albergar a los caminantes del *Zohar*. ****

"... detrás de cada comentario, detrás de cada explicación de la Escritura, hay en la *Cábala* todo un universo imaginario que responde por el vínculo de la palabra con el devenir de las cosas, de la palabra con la gestación de la historia."

Rostro, palabra, cuerpo

Al comparar el *Zohar* a la *Torá* con una doncella que sucesivamente se va mostrando a su amante hasta descubrir su rostro, "nos pone cara a cara con la historia, con toda una tradición caballeresca de amor cortés

**** El *Zohar* o *Libro del Esplendor*, escrito en las últimas décadas del siglo XIII, pertenece a la *Cábala* medieval española.

que dirige la lectura, con una especie de *ars amandi* que encuadra la relación entre el místico y la Biblia, entre el lector y el Texto." En este caso, este vínculo del cabalista con el amor cortés no sólo es un recurso imaginario; comporta también una marca simbólica: "El descubrirse el rostro es la marca del lector en la estructura del texto, la marca del amante en la vida de la amada." De este modo encuentra Esther Cohen vínculos significativos entre el proceso de la mística, el del amor cortés y el *dialogismo* bajtiniano, procesos pautados por un *eros* que preexiste y se opone al control cosificador: "la palabra sagrada, entendida en términos convencionales, no podría dejar espacio a la palabra profana del hombre. Y sin embargo, la *Cábala* sugiere, a pesar de que cae a menudo en contradicciones que surgen de un pensamiento tan audaz y atrevido, que la otredad es el fundamento mismo sobre el cual Dios construye los cimientos de su Creación. Si el imperativo es actuar y transformar, el mundo no es una obra acabada y el hombre es el "otro" que debe, necesariamente, responder". Esta respuesta encarna en la palabra viva, memoriosa, *quien* simultáneamente recrea el sujeto que responde y a la alteridad interrogante: "No hay que olvidar que el Texto no es sólo una serie de prescripciones o de narraciones sobre la propia historia, sino que es, en primera instancia, un corpus simbólico mediante el cual Dios se ha manifestado a los hombres." ◇

Una manera de ganarle al tiempo

Ernesto de la Peña

Los mexicanos, desde el nacimiento, resentimos el inequívoco compromiso que la muerte tiene con nosotros: su aparición puntual en una hora predeterminada, que no conocemos. Expertos en el arte del disimulo, forma suprema de la elegancia india, jugamos a no temerla, a despreciarla, a eludirla despojándola de su cauda de enfermedad y ausencia y, excesivos en todo, recubrimos de azúcar su cara descarnada y vestimos a modestos garbanzos de acólitos puntuales de nuestro sepelio.

Como sin querer darnos cuenta, abandonamos el gesto de desafío para buscar la reconciliación religiosa; dejamos el des-

plante verboso para entrar de lleno en el ritual: la adoración y el respeto como recursos "por si las dudas". De la piñata y el Judas, del mitote riesgoso y los puñales ebrios, sin transición, antes al contrario, viviendo con igual lealtad las dos mitades complementarias de nuestra realidad compleja, pasamos a los "incendios" de Dolores y los altares del Día de los Fieles Difuntos.

El campasúchil múltiple, flor de tonos presurosos que viajan del amarillo al naranja, flor vital, incendio mínimo, disimulado, como nosotros, inunda los tableros adornados de papel picado y fotografías de los

Damas del crimen

Adriana Sandoval

deudos desaparecidos. Es el altar de muertos, rito en voz baja y jolgorio externo, nostalgia, diálogo en la sombra con el recuerdo, con las constancias familiares. Hora de compunción católica, es también la oportunidad para reconocernos y platicar a preguntas con nuestros muertos.

Guadalupe Jáuregui Suinaga erige su altar, hace su ofrenda y, ritualmente, emprende el vuelo hacia atrás, a la integridad de sus recuerdos, a su infancia intocable de casas prestigiosas y servidumbre entrañable, a las consejas de familia y a la vida privada, al protocolo y las pasiones.

Crónica familiar, evocación de una época diferente, pese a la gran cercanía que nos la aleja, *Altar de muertos* es una manera de ganarle la partida al tiempo, de recuperar el significado que nos lega, sin querer que el pasado nos invada, pues el presente lo ha sucedido con su propio quehacer y su mensaje, pero recibiendo su herencia de estreno, de pasmo, de fundación.

Encuentro en *Altar de muertos* a gente que se fue y gente que regresa... o que no se ha ido nunca porque tiene la eternidad de lo más profundamente humano, la cercanía de lo genuino y la sonrisa de la comprensión. Pero también, por fortuna, hallo las anomalías que nos distinguen: a los excéntricos que rigen los destinos familiares en momentos filosóficos como navajas, a las enamoradas perpetuas y a los hombres triunfales; puedo platicar con las nanas matronales que formaron a tantas generaciones mexicanas y entrever a los excesivos y los réprobos; hincado junto a las monjas, inevitables como el apellido, susurro los secretos del incesto y la fuga, el escándalo que se encubre bajo la admiración disfrazada de temor a los preceptos de la iglesia y de incomodidad ante el "¿qué dirán?"

Íntimo, ingenuo, alegre, confesional, sincero y nostálgico como una despedida que es, simultáneamente, un saludo al paraíso abismal de la infancia, *Altar de muertos* es la primera voz de una mujer que encarna un modo de vivir que resume las mejores esencias de México. ♦

Altar de Muertos. Guadalupe Jáuregui Suinaga, ed. Diana, México 1991.



Según la clasificación de Thomas Narcejac (*Una máquina de leer: la novela policiaca*, México: FCE, 1986), dentro del término genérico de novela policiaca, caben dos de las escritoras de las que se ocupa esta nota: Sue Grafton (EU, 1940) y Sue Paretzky (EU); Ruth Rendell (GB) cabría tanto dentro de la novela de suspenso como de la policiaca. Patricia Highsmith (EU, 1921) es simplemente una novelista. Estas escritoras tienen puntos de contacto pero también tienen, es importante, diferencias notables de gradaciones.

Una de las características de las novelas policiacas es que el peso de la escritura cae, por lo general, en la trama. En las novelas clásicas de este subgénero (el género sería la narrativa) la lectura se motiva casi siempre a partir de una pregunta base que hay que responder: ¿quién es el asesino?, que va aparejada a ¿cómo se cometió el crimen? y ¿por qué se cometió?

De manera esquemática, puede decirse que, con este fin, el autor coloca pistas falsas y verdaderas, proporciona información ambigua, a veces irrelevante, retrata a diversos sospechosos, hace aparecer distintos motivos para cometer el crimen, etc. etc. El lector sigue de cerca al detective (o al policía) junto con el cual va armando el desenlace. El suspenso cumple, desde luego, una función fundamental en todo el proceso. La novela policiaca se plantea como un reto, como un enigma, una pregunta que hay que responder, por lo que puede decirse que la curiosidad y el interés por la resolución son básicos.

Al caer el peso de la narración en el desenlace, la narración de estas novelas se supedita a un propósito funcional y definido, y no se pone tanta atención, las más de las veces, al desarrollo de otros aspectos de las novelas. Tal vez inevitablemente, en la medida en la que el subgénero policial está predeterminado por una condición de existencia tan patente, las novelas así clasificadas podrán ser consideradas como un grupo "menor" (a Narcejac no le cabe duda de ello). Adolecen, quizá, de una falta de complejidad y riqueza que se da en una libertad mayor. Su alcance es menor y más inmediato. Una prueba de la inmediatez de estas novelas se da probablemente en la

huella que dejan sobre los lectores. Salvo contadas excepciones, y aun tomando en cuenta las múltiples variantes personales con respecto a la memoria, me atrevería a afirmar que no es tan fácil recordar con precisión la mayor parte de las novelas policiacas que hemos leído. Ello no afecta ni resta, sin embargo, el gran interés, el placer, que nos han provocado en el momento mismo de la lectura. Muchas de estas novelas las leemos, incluso, con gran avidez y celeridad, en busca de la respuesta esperada y prometida, si bien también es cierto que el proceso del descubrimiento juega un papel importante en el placer que provocan este tipo de novelas.

Sue Grafton sería la más clásica de las novelistas policiacas mencionadas arriba. Su detective, Kinsey Millhone, es joven, divorciada y audaz; se presenta a sí misma, en primera persona. El prototipo de la modosa y flemática Miss Marple se ha liberado, ya no se limita a ejercer su inteligencia y asombrosa capacidad de observación, usa pistola, dice "tacos" (la traducción de las novelas de Grafton es española), y está abierta a posibles encuentros sexuales y emocionales. Kinsey se ha vuelto algo clínica, pero conserva la capacidad de compasión. La detective nos hace partícipes de sus reflexiones y de su sentido del humor. Los diálogos son vivos y dramáticos; las descripciones muy visuales y al punto, dadas en frases cortas y precisas, periodísticas. Sin duda se privilegia la trama, la acción.

Hasta ahora, circulan en español *A de adulterio* (Barcelona: Tusquets, 1990) y *B de bestia* (Barcelona: Tusquets, 1990), las dos primeras novelas de la serie, en orden alfabético, que la Grafton planea escribir. Los títulos son en realidad lo de menos. La acertada combinación de un poco de feminismo, suspenso logrado, buenas tramas, sentido del humor, una pizca de sexo y diversión, conforman sin duda un producto que le augura éxito comercial a la escritora.

La detective Victoria I. Warshawsky de Sue Paretzky en *Golpe de sangre* (Barcelona: Alfaguara, 1990) se parece a Kinsey Millhone, en la medida en que es una mujer independiente, con algo de sentido del humor, un poco clínica, pero además, tiene una

desarrollada conciencia social: es decir, es "progre" (para estar a tono, de nuevo, con la traducción española). La novela se desarrolla en el Chicago de los inmigrantes, de las fábricas, de la contaminación. De hecho, si bien es posible detectar finalmente a "el asesino", la responsabilidad última es corporativa, es decir, los criminales y las víctimas ya no son sólo individuales (aun cuando también los hay), sino colectivos, y tienen que ver con los grandes intereses corporativos y los poderes sindicales. El sub-subgénero podría llamarse la novela policiaca social.

La inglesa Ruth Rendell se sitúa más en la línea de la novela de suspenso por un énfasis en el análisis psicológico. Le interesa el crimen, pero sobre todo sus motivaciones. Sus aspiraciones parecen inclinarse más del lado de una novela inglesa tradicional. El primer capítulo de *Came trémula* (Barcelona: Alfaguara, 1989) plantea, desde un convencional punto de vista omnisciente, un caso policiaco en el que un joven armado y acosado, Víctor Jenner, detiene como rehén a una muchacha. David Fleetwood, un policía desarmado, intenta liberar a la joven, y en el proceso, al dispararle el delincuente por la espalda, en la base de la columna, queda irremediablemente paráltico. El resto de la novela, siempre desde la tercera persona, se acerca al punto de vista de Víctor y lo

sigue desde su salida de la cárcel, siete años después. Con claros intereses psicoanalíticos —para Rendell es importante conocer la infancia de Jenner: los padres se amaban entre sí, pero no atendían al niño— la autora procura adentrarse en la psicología del delincuente, y en cierta medida intenta exculparlo de su responsabilidad, con una explicación determinista y de corte freudiano. Víctor se presenta con David, y establecen una extraña relación de víctima-victimado, que cambia de peso debido a las ventajas social, intelectual y emocional del ex-policía. David y Víctor establecen un curioso triángulo "amoroso" con Clare, la novia del paráltico. En el desenlace, Rendell ejerce la "justicia" poética.

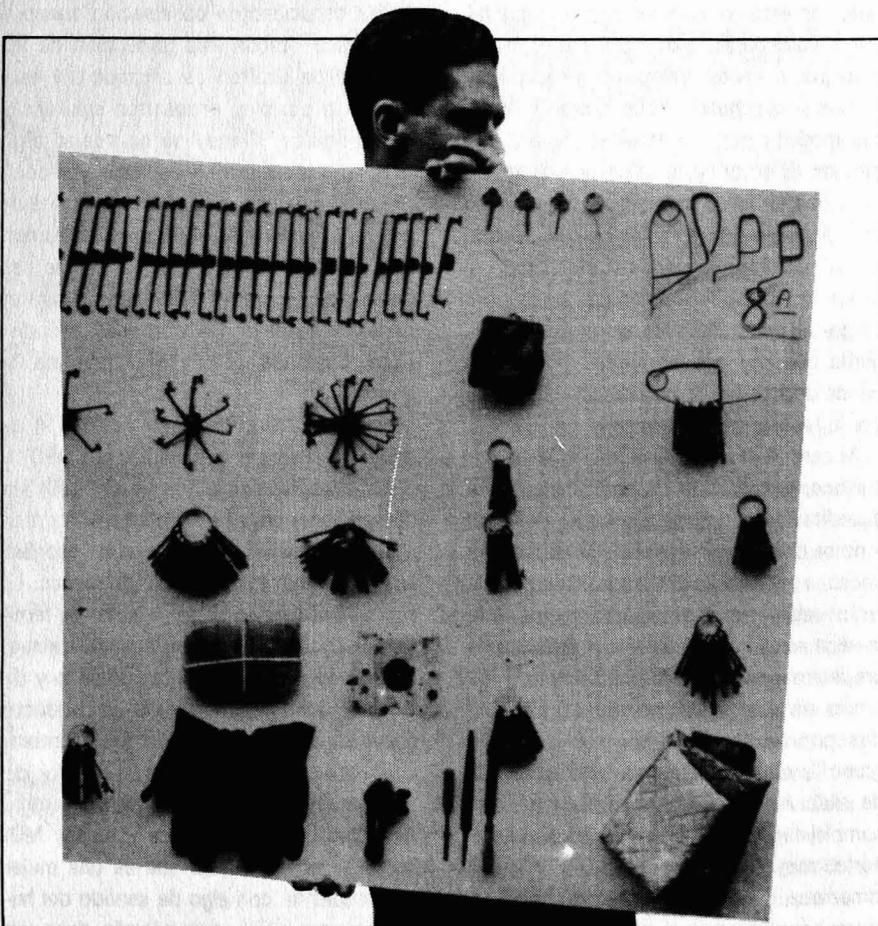
En otra novela de Rendell, *El rostro velado* (Barcelona: Alfaguara, 1990) persiste el interés psicológico, explorado aquí en una relación entre madre e hijo. Este libro se ubica más entre las novelas policiacas tradicionales: hay un crimen y un asesino que descubrir. Para la Rendell, sin embargo, las motivaciones y actitudes en torno al crimen son casi tan importantes como el desenlace. En *El rostro velado* entran en juego los clásicos elementos de suspenso, pistas ambiguas, reconstrucción del asesinato, e integración final de los elementos.

Patricia Highsmith ha demostrado numerosas veces su capacidad literaria. Si bien

en ocasiones sus novelas podrían considerarse como policiacas o negras, en general puede decirse que la Highsmith está por encima de una clasificación tal. Sus novelas son mucho más sutiles, perceptivas e iluminadoras. Sus imágenes son fuertemente visuales por lo general, por lo que no es casual que varias de sus novelas hayan resultado atractivas para cineastas como Hitchcock (*Extraños en un tren*), Clément (*A plein soleil*) o Wenders (*El amigo americano*). Desde una distancia perceptible, sin juicios morales, con un estilo escueto y económico, pero muy eficiente, a la Highsmith le interesa explorar la ambigüedad, las no siempre claras fronteras entre lo bueno y lo malo, lo debido y lo indebido, lo aceptable y lo inaceptable. Sus personajes están lejos de ser monolíticos, y muestran distintas fisuras y facetas, algunas contradictorias, que los hacen complejos y ricos. Una de las ideas constantes en su obra es que cualquiera, la persona aparentemente más normal, es un asesino potencial, si se presenta la oportunidad adecuada.

El temblor de la falsificación (Barcelona: Alfaguara, 1984) ocurre en Túnez. Ahí, Ingham, el protagonista, hiere y probablemente mata (nunca se sabe a ciencia cierta) a un árabe que intenta robarlo en su bungalow por la noche. Los chicos empleados en el hotel retiran al ladrón y niegan cualquier información o participación en el asunto. A Ingham le inquieta el hecho, pero no acude a la policía. Un compatriota suyo, Adams, apropiadamente rebautizado por el protagonista NEV (nuestro-estilo-de-vida: el de los estadounidenses, es claro), vecino del bungalow, defiende a capa y espada los valores de los WASPS y hace repetidos intentos de convencer a Ingham —como Pepito Grillo— de que se arrepienta del supuesto crimen, sin tener nunca la seguridad de sus sospechas. Un testigo posterior del supuesto dilema moral de Ingham es Ina, una mujer con la que tiene una relación "amorosa".

En el curso de la novela de la Highsmith, Ingham escribe otra novela (cuyo título es *of course, El temblor de la falsificación*) sobre un "estafador" que presta y regala dinero —no suyo— a amigos y personas que lo necesitan. Ni al protagonista de la novela dentro de la novela ni al propio Ingham, y seguramente tampoco a la Highsmith, les queda claro qué es lo bueno y qué es lo malo, hasta dónde se realiza una verdadera infracción ética y no meramente legal. O, mejor dicho, vislumbran e intuyen que los valores tradicionales se vuelven relativos, resbalosos, personales, e incluso circunstanciales. Toca a cada lector dar su propia respuesta. ♦



De lunes todo el año o los dones de la palabra neutra

Eloy Urroz

La lectura del último libro de poemas de Fabio Morábito depara lo que para mi gusto era especialmente importante que sucediera: un reencuentro con la cotidianidad más intensa a la vez que una aproximación de parte de múltiples lectores hacia la única poesía, la que está siempre más allá de etiquetas, y hace que la polis, sus habitantes, se perciba reflejada en ella como en un origen debía haber sido. Estas son más que palabras, lo mismo que los hechos nimios que cuenta Morábito en *De lunes todo el año*, son más que vanos intentos pseudo-originales —que hoy por hoy abundan. Los poemas del libro “desocultan” la verdad no ajena de una ciudad como ésta y que, ofuscados por el trajín, casi nunca sabemos descifrar. Hacia allá y hacia esa veta que redefine a la poesía como un lugar donde todos —nosotros: comunidad— acudimos con gusto, se dirige la gran mayoría de los poemas ciudadanos que componen el libro de Morábito.

Amigos y amigas míos, sorpresivamente ninguno de ellos críticos de poesía ni mucho menos, han acudido —sin deberla ni temerla— al libro de Fabio. ¿Quién se los recomendó, si cuando apenas yo lo iba hacer (en contados casos, pues en la mayoría no había asomo de que les gustara la poesía), ellos conocían el libro? Definitivamente es muy raro que suceda esto en un país como el nuestro, donde uno entre cada cien poemarios llegan a agotarse. Mi apuesta va hacia allá: Morábito ha sabido adentrarse en lo que ahora voy a denominar el “temperamento vox populi” que a la vez conoce profundamente y sabe siempre sublimar en sus textos. También se adueña de una voz poética más o menos neutra, limpia de adjetivos o metáforas originales, a veces coloquial, que quizá sea la única por la que podamos “vivir” esa correspondencia de las cosas hacia donde apuntan poemas como “Ruido”, “Los columpios”, “Dueño de una amplitud”, “No tener casa”, “Los balcones”, etc.

Ya de entrada —en sus títulos de poemas— nos topamos con un autor obstinado en empañar cualquier forma de deslumbramiento poético que pueda dañar la “intimidad” del mismo, su oculto y verdadero significado. A veces esto resulta perjudicial

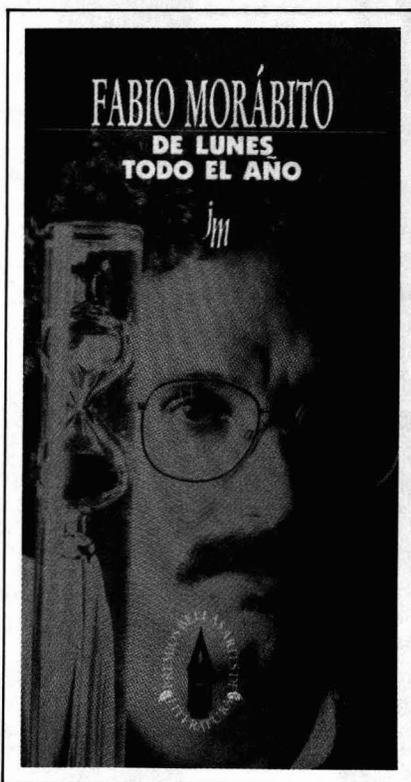
cuando encontramos uno con un título tan desafortunado como “Para sentirse vivo”. La discreción se vuelve en su contra.

De cualquier manera, *De lunes todo el año* merecería no sólo una lectura primero y una relectura atenta después, sino también una revisión que abarcara uno a uno los poemas que lo integran. Aquí no lo podemos hacer por lo que comentaré los que, para mi gusto, dejan un regusto más duradero al lector.

Si existe “neutralidad” como así he querido llamar a esta voz modulada a la frecuencia de una mayoría citadina, es cierto que también existen a veces atrevimientos tales (para mi gusto: verdaderos hallazgos) como cuando en “Mi regular aparición” escribe que:

Quando se han ido todos [del parque],
vienen los perros y revientan
las bolsas de basura,
que riegan por el pasto.
La hierba tiene salsa catsup.

El que la poesía de Morábito rompa fronteras a veces artificialmente impuestas por



algunos poetas, a saber, una oscuridad innecesaria a veces, cierto elitismo empujado en regodearse con citas y otras no menos fraudulentas, no impide descubrir innumerables voces que conviven siempre humildemente en sus poemas. Hace un momento señalé “Ruido”, tal vez uno de los que más llamó mi atención por su intertextualidad que, insisto: no necesariamente debe estar allí por razones deliberadas de su autor. Yo simplemente quise verlas. Escribe: “así es como me llegas/ a la médula, ciudad...” que en mucho me recuerda el texto de Jaime Gil de Biedma que dice: “Más, cada vez más honda/ conmigo vas, ciudad...”, en ambos casos el vocativo es la ciudad y el reclamo del poeta va hacia ella. Inmediatamente después, en el mismo poema, leemos la que quizá sea una alusión proustiana: “¡Vivir rodeado de aire/ que se lleve los ruidos, forrar de dobles vidrios/ las ventanas, no abrirle a nadie!”, para un poco antes de terminar, señalar su noción excéntrica (Paz, *Los hijos del limo* y también Jorge Guillén cuyo “centro es cualquiera”): “Yo no he nacido/ para un centro/ sino para quejarme de su falta/ (los centros me dan náusea)”. Esta noción próxima a la del *outsider* se repite constantemente en la poética morabitaniana asimismo que en la técnica empleada en la mayoría de sus poemas: si por un lado habla un “yo lírico”, éste nos resulta siempre ajeno, más o menos distanciado, a la escena descrita. Es este sentimiento que experimentamos el que hace de Morábito un observador —un escudriñador de realidades que aunque estén a la mano resultan lejanas. Ejemplo de esto que digo pueden ser los albañiles que él mira en “Sin oficio” y los burócratas del “Espacio escultórico”.

Continuando la busca de algunas analogías, está el extraordinario “Pelambre” y la nostalgia repentina, sincera, del poeta, por no tenerlo; el paralelo vallejiano es curioso aquí pues no apuntan hacia allá normalmente las señas del autor: “Qué hermoso debe ser/ tener una pelambre,/ ser homogéneos contra el frío,/ sentir/ como una cualidad intrínseca,/ y no como tarea, la vida”. O el hermosísimo “La luna llena”, sin duda uno de los mejores poemas del libro, que termina:

Y si la veo
que sigue recorriendo el cielo
idéntica, invariable,
como diciendo soy la misma
y ustedes son los mismos,
todo es lo mismo para siempre
y el tiempo no dio un paso desde
entonces,

ya no le creo, y si le creo,
ya no me turba como antes.

Sólo comparemos este pequeño fragmento con el que Leopardi experimenta al mirar la luna en su famoso "Canto nocturno de un pastor errante de Asia":

¿Qué haces, luna, en el cielo? Dime, ¿qué
haces silenciosa luna?
Surges de noche y vas
contemplando los desiertos, y luego
desapareces.

¿Aún no estás cansada
de recorrer los caminos del cielo?
¿Es que aún no te cansas ni te hastías
de mirar estos valles?

(La traducción es de Antonio Colinas)

Me atrevo a decir que es en esta clase de poemas cuando Morábito alcanza su más honda experiencia como poeta al tiempo que sabe la forma de expresarla ("Dueño de una amplitud" y "Un viaje a Pátzcuaro" a su lado). No es ésta una descripción cualquiera, se trata de una duda inaplazable, una cuestión que al hombre y al poeta importan fundamentalmente. A Morábito —parece decirnos— le angustiaba esta especie de finitud cíclica, estancada; ahora ya no le turba. En cambio, Leopardi alza su pregunta directamente a la luna: ¿hacia dónde va, cuál es su fin, es que se da cuenta de las penurias humanas o las ignora, etc.? Lo que quise remarcar es, otra vez, aparte de la posible contribución leopardiana (que el mismo Morábito se ha encargado en confirmarme), el lirismo que alcanzan varios de los poemas de *De lunes todo el año*.

Para terminar este maltrecho repaso del libro, vale la pena comentar su "Ars poética" y "A tientes", dos de los últimos textos, donde redefine su noción más esencial de poesía y que puede ser —como él señala— la falta de "anhelos/ de motorización", su "sentido del cansancio" que en sus poemas transita y los hace, no aburridos, sino tranquilos, en paz en su relación siempre difícil con el poeta y sus lectores. Por último, como él mismo dice: "Escribo en contra/ de mis pensamientos", y esto aparte de ser una disciplina que debiéramos loar, es un atributo que, como ya dije, neutraliza y hace a su vez más duradero el placer de la lectura. En otras palabras, impide abrumarnos y/o escribir mala poesía que es lo mismo que no haberla escrito jamás. ◇

Fabio Morábito, *De lunes todo el año*. Ed. Joaquín Mortiz, 1992, 102, pp.

Ignacio Padilla y la infinita tristeza del dragón

Jorge Volpi Escalante

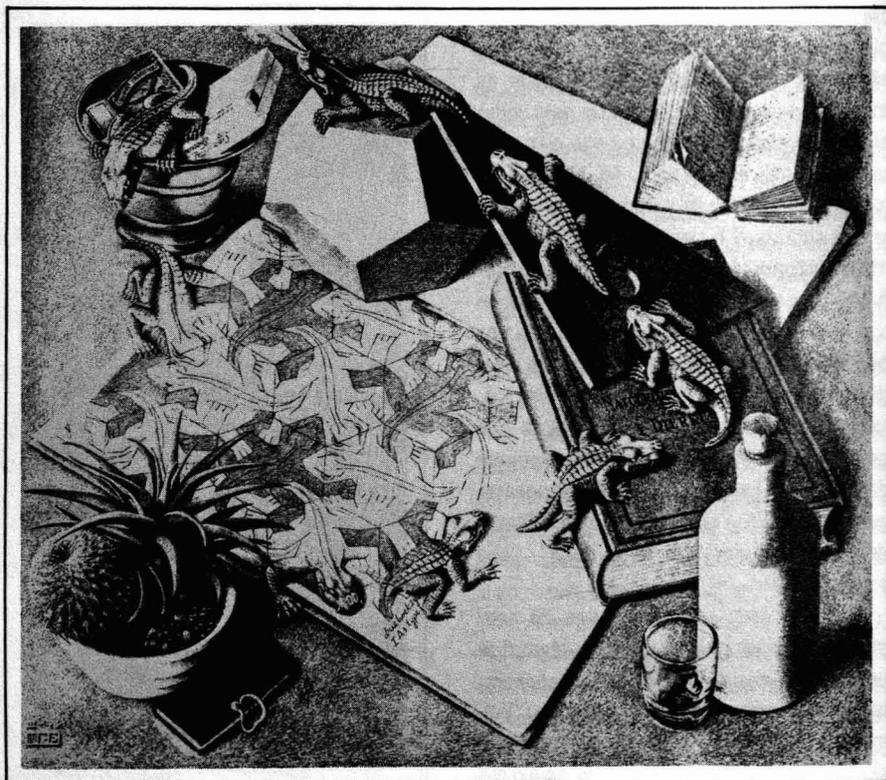
Existen mundos que, evidentemente, no pueden haber sido creados por un dios bueno. En ellos no existen leyes universales, principios lógicos, causas y efectos que permitan determinar con precisión los sucesos que los definen. Las criaturas que los habitan, extraviadas en sí mismas, confusas y temerosas, no son capaces más que de seguir las rutas de su perverso hacedor. Son personajes derruidos, angustiados las más de las veces, que se pasan la vida buscando una justificación a sus destinos. Intentan escapar de sus ataduras, reconocerse como individuos dotados de voluntad, asumir sus historias como si les pertenecieran y fuesen libres: en vano. La condición de estos planetas diabólicos los devora, minimiza sus esfuerzos, convierte su transgresión en accidentes reinventando cadenas con sus mismas armas. No hay salida para ellos, miserables seres imaginarios, desprovistos de toda esperanza.

A estas tierras vacías se integran los habitantes de *Trenes de humo al bajoalfombra*, segundo libro de cuentos de Ignacio Padilla (México, 1968). Antes, en *Subterráneos* (Ediciones Castillo, 1990), Padilla se había

aventurado a modelar, con el barro de los establos y los sótanos, ciudades grises e inmóviles, a salvo del tiempo y de la vida: resignados pobladores fantasmas. Mundos, esos, contruidos a base de un estilo maravilloso, pero que se volvía justamente su mayor enemigo. Estilo como bestia apocalíptica, soberbia e impresionante, aunque también como una gigantesca aspiradora que chupaba todo a su paso: emociones, sueños, tragedias. Monstruo que reaparecerá, embravecido, en su primera novela: *La catedral sumergida*.

En *Bajoalfombra*, en cambio, el estilo es un demonio peor: inteligente, ubicuo e invisible. Su mayor virtud —y su mayor maldad— es que parece no existir. Una jaula perfecta: las tramas se desarrollan en su interior sin darse cuenta de que son prisioneras. No por nada la claridad proviene, seguramente, de Luzbel.

Bajoalfombra está formada por trece episodios independientes entre sí que, siguiendo a Manganelli, Padilla prefiere ver como "breves novelas-río". Pese a que esto sea otra mentira más de Padilla, hay que reconocer que cada texto funciona como



unidad, con normas y fuerza propias que se resuelven como si fuesen, en efecto, las huellas de una novela perdida.

Sus moradores no pueden ser más patéticos: el discurso los caracteriza sólo por detalles externos como si, por ejemplo, el hombre de capa negra y chistera, bigote engomado y perfume a pipa inglesa o la señora que no habla ruso y que no ha leído ni leerá jamás una novela completa, existieran sólo en virtud de estos atributos, sin un carácter interior que buscan mas no encuentran.

Los otros inquilinos son igualmente extravagantes: un Hermano Campanero disolviéndose poco a poco, un niño gris atrapado en una pintura de Escher, un Lector Cautivo enamorado del personaje de una mala novela, un rey con sólo tres súbditos, un constructor de frases desechadas, los restos vomitados de un Escritor Célebre, la tortuga mítica que se ha quedado sin mundo para detener o un dragón que ha perdido sus documentos y provocado el colapso de la fantasía.

Pero si algo los define a todos, así como a sus entornos, es la tristeza. Un desánimo infinito, la conciencia de que, no importa lo



que hagan, jamás podrán ser felices. No depende de ellos. El demiurgo que concibió su mundo no incluyó a la felicidad entre sus obras, sólo el maldito e inalienable deseo de alcanzarla.

Nada impedirá, entonces, que el hombre de la chistera se ahogue en los excrementos de la Creación, que la señora que no habla ruso se transforme en cómplice de su engaño, que el Hermano Campanero se di-

suelva en el olvido, que el Autor de la mala novela se suicide, que el rey necesite inventar la Historia de Occidente para no aburrirse, que el dragón nos arrastre con su muerte o que el reseñista haya sido incapaz de decir te amo.

Una última aventura, no escrita, envuelve a este extraordinario libro. Quizá Padilla debió escribirla, no yo. El único ejemplar conocido hasta el momento apareció por casualidad en Coyoacán, donde pude adquirirlo: es el que ahora tiene en su poder el autor. No se sabe de otros, nadie más los ha visto, aparentemente encerrados en una bodega extraviada cuya llave no existe. (De cualquier manera hay que agradecer a otro mago, Luis Mario Schneider, que se arriesgue en estos prodigios en pleno siglo xx.)

Pero acaso lo más inquietante de mundos como *Bajoalfombra*, donde la soledad es absoluta, todos se equivocan y nadie se salva, y en los que, en especial, ninguno se atreve a amar desesperadamente a otro, es que se parecen demasiado a nuestro propio y desgastado mundo. ◇

Ignacio Padilla, *Trenes de humo al bajoalfombra*. Cuadernos de Malinalco, México, 1991, 40 pp.

BLANCO MOVIL

LITERATURA DE BAJA CALIFORNIA

COMPLEMENTO DE BAJA CALIFORNIA

CHICANOS

2

ENERO-FEBRERO DE 1992
PRECIO DEL EJEMPLAR: \$5.000.00

INTRODUCCIÓN DE GRACIELA DURÁN

Voices of Mexico

MEXICAN PERSPECTIVES ON CONTEMPORARY ISSUES

As the world's borders fade, the warmth of Mexico's modernity and vitality lights up Latin America and beyond. New and exciting forces gain momentum as older values are reshaped and reaffirmed.

Voices of Mexico, the most important English-language quarterly in Mexico, brings you opinion and analysis of the world's currents as they flow through Mexico.



Address publicity and subscriptions to:
Miguel Angel de Quevedo 610
Col. Coyoacán
04000 México, D.F.
Tel/Fax (905) 554-65-73.

EL CONSEJO CONSULTIVO DEL PROGRAMA DE SOLIDARIDAD
Convoca al

premio
SOLIDARIDAD

1992

OBJETIVO *Alentar las acciones de la sociedad para combatir la pobreza y promover la reflexión acerca de las condiciones de vida de los grupos más necesitados, para mejorarlas.*

CATEGORIAS *Categoría A MEMORIAS DE ACCION*
Presentar una memoria que recoja una acción o conjunto de acciones de combate a la pobreza: su concepción, promoción, organización, ejecución y resultados obtenidos.

Categoría B ESTUDIOS
Presentar los resultados de una investigación sobre los grupos pobres del país, a nivel general o referidos a algún aspecto particular, y acompañados de propuestas de solución.

BASES *Los trabajos deberán:*

- Presentarse en español, en original y ocho copias legibles.
- Ser inéditos en su totalidad.
- Incluir una síntesis de 3 cuartillas que:
 - a) explique la vinculación con la problemática de la pobreza;
 - b) exponga los propósitos y avances del trabajo
 - c) presente las propuestas y resultados.
- Remitirse obligatoriamente con seudónimo; suprimir cualquier dato que identifique al autor, y anexar en sobre cerrado (rotulado con el seudónimo) los datos necesarios para su identificación: seudónimo, título del trabajo, nombre completo, domicilio y número de teléfono.
- Tener una extensión máxima de 30 cuartillas a doble espacio, si son memorias, y 50 cuartillas a doble espacio, si se trata de estudios.
- Reunir los requisitos inherentes a una investigación si son estudios: objetivo, hipótesis, método utilizado, conclusiones y propuestas.
- Entregarse en el domicilio del Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad, en el edificio ubicado en el número 150 de la calle Tamaulipas, piso 20, colonia Condesa, C.P. 06140, en la Ciudad de México. Los trabajos se recibirán del 1 al 15 de julio de 1992, de las 10:00 a las 18:00 horas.

Asimismo:

- Quedan excluidas tesis de licenciatura, trabajos contratados por instituciones públicas o privadas, y trabajos inscritos en otros certámenes.
- En caso de que el autor o autores de la memoria o el estudio laboren en una institución pública o privada con fines lucrativos, el registro se hará a título personal.
- Los resultados se darán a conocer a más tardar durante el mes de septiembre de 1992 y la premiación se hará en la fecha, lugar y hora que se indique con oportunidad.
- En el caso de las memorias, el premio se otorgará a la comunidad protagonista, con una mención al relator.

JURADOS Y PREMIOS *Se integrarán dos jurados de entre los miembros del Consejo Consultivo, uno por cada categoría. Habrá 3 premios en cada una:*

Primer Premio: Equivalente a 40 salarios mínimos mensuales en el D.F.

Segundo Premio: Equivalente a 25 salarios mínimos mensuales en el D.F.

Tercer Premio: Equivalente a 15 salarios mínimos mensuales en el D.F.

El Consejo Consultivo apoyará la difusión de las memorias y estudios recibidos.

NOTA: Todo asunto relativo a los Premios Solidaridad será resuelto por el Consejo Consultivo del Programa de Solidaridad.



EL COLEGIO DE MÉXICO

Novedades

Jaime Torres Bodet
"El juglar y la domadora"
y otros relatos desconocidos

Recopilación y prólogo de Luis Mario Schneider

Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer
Mujer y sida

Solange Alberro, Alicia Hernández Chávez y
Elías Trabulsee (coordinadores)

La Revolución francesa en México

Sergio Camposortega Cruz

Análisis de la mortalidad en México, 1940-1980

Manuel Ceballos Ramírez

El catolicismo social: un tercero en discordia
Rerum Novarum, la "cuestión social"
y la movilización de los católicos mexicanos
(1891-1911)

Distribuidor exclusivo



Universidades



Universidades

Revista de la

Unión de

Universidades de

América Latina

UDUAL

En su número 2, 2ª época, contiene:

Universidad e integración latinoamericana ♦ La Universidad para los derechos humanos ♦ La enseñanza de los derechos humanos en la educación superior ♦ Evaluación curricular: diferentes modelos teóricos ♦ Reformas a la educación superior europea: los casos de España y Portugal ♦ Posgrado e investigación: la experiencia de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ♦ Una propuesta metodológica basada en una experiencia docente en psicología ♦ Las cicatrices de "Caliban" ♦ Acta de Guadalajara ♦ Conservación del patrimonio cultural de América Latina y el Caribe.

De venta en las librerías de la UNAM.

NUMERO 59
MAYO-JUNIO DE 1972

TIERRA CIDENTRO

POEMAS DE
HERNANDO DEL PASO,
ELIA MACIAS,
OTTO RAUL GONZALEZ,
ELSA CROSS
Y VICTOR MANUEL CARDEAS

JUAN VILLORO
Y BERNARDO RUIZ;
GABRIEL VARGAS

MUESTRA DE
LITERATURA INFANTIL

MARÍA TERESA POMAR:
EL JUGUETE POPULAR MEXICANO

MARCO ANTONIO
MONTES DE OCA

PASCUALA CORONA:
POR QUÉ ESCRIBO CUENTOS PARA NIÑOS

DIANA GARCILANDI:
CRI-CRI

Un espacio del CONSEJO NACIONAL
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
abierto a los jóvenes creadores
del interior del país...

La revista

Universidad de México

También está a la venta en
todas las sucursales de

Sanborns



HUMANIDADES

Ciudad Universitaria, D. F., mayo 13, 1992

:38

MIRAR HACIA EL CIELO

José R. de la Herrán

Centro de Instrumentos

Mirar a simple vista el cielo, cuando la noche está oscura y despejada, es algo maravilloso... La sensación de inmensidad y de belleza que se experimenta invita a meditar y, a la vez, excita la curiosidad y el deseo de saber más.

Después de un rato de distantes astronómicos, nos invade una exigente demanda; ahora deseamos ver aún más los detalles, porque adivinamos que nuestros ojos no pueden mostrarnos más que modesta muestra de lo que hay seguramente más allá.

En el presente, pocas voces y en contados lugares, podemos disfrutar de un cielo oscuro y despejado: mucho

Recuerdo una ocasión en que, estando en el Observatorio Astronómico Nacional de San Pedro Mártir, Baja California, con un grupo de visitantes, al anochecer y después de instalarnos convenientemente, salimos hacia la zona de telescopios situada unos tres kilómetros más arriba y en la cumbre a casi 3000 metros de altitud. Al llegar a la rotonda, en cuyo centro



"La línea negra y el quinto color" 1991 Paul Bakewell, Hawaia

MEJOR UNA DE VAQUEROS

Alfonso Arellano Hernández
Instituto de Investigaciones Filológicas

1. La guerra de los mundos.

Algunas veces considero que los mayas eran extraterrestres, pero no estoy seguro si sean de Venus, de Marte o de Júpiter... o quizá de Melnak. Ante el encanto de tanta verdad aquí creo que se leen las inscripciones mayas que conocemos linaj y que podemos reconstruir las historias distantes. ¡Mucho gusto: puros cuentos!

Afortunadamente, nunca falta un apasionado estudiante que, de vez en cuando, tiene a bien recordarnos que las factas de la Ciencia son muchas, y que la arqueología se anida en un lugar preponderante. Descubrir sociedades pasadas nos ilustra, pues, sobre mi afirmación de los "espaciales" (como diría Mafalda). El mejor ejemplo que conozco es el "Acontecimiento de Palenque" (p. 7)

ocupa de los más diversos e inéditos aspectos de la vida del almirante. Se ha discutido el lugar de su nacimiento, el destino final de sus restos, su apariencia física, la lengua que hablaba, el significado de su firma, su vida sentimental, sus enfermedades, sus viajes y andanzas anteriores a 1492, los sitios donde vivió... todo. Hay quienes lo consideran un vulgar pirata y quienes lo intentaron canonizarlo. A cinco siglos de su natal "empresa de Indias", la política continúa y, entre

nosotros, se discute si el resultado del "viaje más trascendental de la historia" debe considerarse como descubrimiento, encuentro o encubrimiento. Pero el aspecto en que la política colombina más ha abundado y que ha generado a veces hasta domesticas interpretaciones marchadas con tintes nacionalistas, es el que se refiere al supuesto "problema" del lugar de nacimiento de Colón. Si en su época y durante varios siglos nadie dudó de



EN ESTE NÚMERO:

MIRAR HACIA EL CIELO (José R. de la Herrán) 1
MEJOR UNA DE VAQUEROS (Alfonso Arellano Hernández) 1
ACERCA DE LAS PATRIAS DE COLÓN (Arturo Gómez) 1
SOPA DE LETRAS (YA FELICITO!) 2
CRIFTOGRAMA 2
A 40 AÑOS DE LAS NEBRAS VANGUARDIAS (I) (Carlos Blas Galindo) 3
OSASBEA (NECESIDAD O MODA?) (Alicia Martínez Dorado) 3
EDUCACIÓN TECNOLÓGICA (Cecilia Hage) 3
LA SERTEMPORALIDAD DE LAS HUMANIDADES (María Noel Laportero) 3
NUEVAS PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD 4
DE VIDA POLÍTICA 4
DE LA NEGLIGENCIA AL DESASTRE (José Joaquín Martínez) 4
LOS ANGELES SIN ALAS (Orlando Labastida) 4
CONTRASTES ENTRE MÉXICO Y NORTEAMÉRICA (José González Schmitt) 4
CONVOCATORIAS 6
CONFERENCIAS 6
CALLE POR PAPIER 6
REUNIONES 6
LA UNIVERSIDAD EN EL TIEMPO 8
CURSILLOS 8
INDICACION A CURSILLOS 8
ECONOMÍA 10
REVOLUCIONES ECONÓMICAS NACIONALES (Antonio Gutiérrez Pérez) 11
EL DESGLOSE DE MÉXICO (I) (Carlos Salas Peña) 11
TECNOLOGÍA NUEVO MEDIDOR DEL TIEMPO (Cecilia Hage) 11
MADRID... TU ESENCIA SE QUEDÓ EN MI SER (Rocío Méndez González) 11
BIRDS (over words) 11
LA OVERTA Y LA DEMANDA 12

HUMANIDADES: 38: p. 1



ACERCA DE LAS PATRIAS DE COLÓN

Arturo Gómez

Por los personajes históricos han sido tan estudiados y son tan controvertidos como Cristóbal Colón. Creemos de biografías, monografías, artículos, ensayos críticos, colecciones documentales, etcétera, sobre la vida y los viajes del ilustre navegante, se han acumulado a lo largo de los ya

inmensos 500 años transcurridos a partir de la realización de su genial proyecto: "ir al Levante por el Poniente", que dio por resultado el descubrimiento de América o Encuentro de Dos Mundos. Usualmente abundante bibliografía se

GACETA UNAM



Información universitaria

Publicaciones
Entrevistas
Ciencia
Arte
Cultura



Dirección General de Información

Se distribuye lunes y jueves 550-59-06



Editorial Vuelta

COLECCIÓN: LA REFLEXIÓN

Rojo y naranja sobre rojo

Nedda G. de Anhalt

El deshielo del Este

Isabel Turrent

CUPÓN DE PEDIDO

ISABEL TURRENT

EL DESHIELO DEL ESTE

\$55,000 PESOS

NEDDA G. DE ANHALT

ROJO Y NARANJA SOBRE ROJO

\$80,000 PESOS

NOMBRE

TEL.

DOMICILIO

C.P.

COLONIA

CIUDAD Y ESTADO

CHEQUE NO.

A NOMBRE DE EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.

GIRO: ADMINISTRACIÓN DE CORREOS 21

PRESIDENTE CARRANZA NO. 210, COYOACÁN, 04000, MÉXICO, D.F.



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL**



**SISTEMA DE LIBRERIAS DE
FOMENTO EDITORIAL DE LA UNAM**

LIBRERIA CENTRAL CU

*Corredor Zona Comercial, Ciudad Universitaria,
C. P. 04510, México D. F. tel. 622-0271*



LIBRERIA JULIO TORRI

*Centro Cultural Universitario, C. P. 04510,
México D. F. tel. 622-6424*



LIBRERIA PALACIO DE MINERIA

Tacuba No. 5, Centro D. F. tel. 518-1315



LIBRERIA JUSTO SIERRA

*San Ildefonso No. 43, Centro D. F. tel. 702-3254
ext. 225*



LIBRERIA ENEP ACATLAN

*Av. Alcanfores y San Juan Totoltepec, San Mateo
Naucalpan, C. P. 53240. Edo. de México.*



LIBRERIA ENEP ARAGON

*Av. Central y Rancho Seco, San Juan de Aragón,
C. P. 5 7170. Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de México
tel. 796-0488 ext. 152*



LIBRERIA ENEP IZTACALA

*San Juan Iztacala, Fracc. Los Reyes Tlalnepantla,
C. P. 54160. Edo. de México*



LIBRERIA ENEP ZARAGOZA

*Col. Ejército de Oriente, Deleg. Iztapalapa
C. P. 09230. México, D. F.*



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

*Orizaba y Puebla Col. Roma, México D. F.
tel. 207-9390*



**50% DE
DESCUENTO A
UNIVERSITARIOS
EN EDICIONES
UNAM**

**NOVEDADES EDITORIALES
UNAM**

**EL LIBRO, LA IMPRENTA Y EL
PERIODISMO EN AMERICA LATINA
DURANTE LA DOMINACION
ESPAÑOLA**

José Torre Revello
1a. edición: 1991, 269 p.



**LA PALABRA INCONCLUSA.
(Siete ensayos sobre cábala)**

Esther Cohen D.
1a. edición: 1991, 153 p.



**LAS OBRAS PUBLICAS DE LA
CIUDAD DE MEXICO. (1976-1982)**

Alicia Ziccardi
1a. edición: 1991, 350 p.



HISTORIA, PRESENCIA Y CONCIENCIA

Sergio Colmenero
1a. edición: 1991, 318 p.



**DE VENTA EN LIBRERIAS DE
FOMENTO EDITORIAL**

**Ventas de mayoreo:
Atención a librerías, bibliotecas,
centros de documentación y
empresas distribuidoras de
publicaciones**

**DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL
Av. del IMAN #5 Ciudad Universitaria, México D. F.
c. p. 04510 Tel. 6-22-65-72
Directo: 550-7473
Fax 550-7428.**

Radio UNIVERSIDAD

xeun 860 A.M. 96.1 F.M.

55 aniversario

1937 - 1992

A partir del 25 de junio, 100 000 watts de potencia radiada en frecuencia modulada estereofónica 96.1 Mhz.

Programación musical:

- Música barroca. De lunes a viernes a las 11:00 horas.
- Música mexicana. De lunes a viernes a las 13:00 horas y 16:30 horas.
- Música sacra. De lunes a viernes a las 14:00 horas.
- Cuartetos. De lunes a viernes, a las 16:30 horas durante la primera quincena de junio.
- Selección de arias de ópera. Sábados a las 10:00 horas.

- Las 32 sonatas para piano de Beethoven. Domingos a las 15:30 horas.
- Las 10 sinfonías de Gustav Malher. Sábados a las 12:30 horas.

El radioteatro de siempre

Farsas de autores anónimos, bajo la dirección de José Estrada. Sábados a las 16:30 horas.

- Domingo 7 Farsa de la Tinaja
- Domingo 14 La farsa del Calbain
- Domingo 21 Farsa El Calderero
- Domingo 28 Farsa El Puente de los Asnos

La primera radio universitaria

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero-febrero, 1991 ♦ 480-481

Las ciencias en la UNAM

Marzo, 1991 ♦ 482

Poesía brasileña

Abril, 1991 ♦ 483

Depresión y
melancolía

Mayo, 1991 ♦ 484

Comunicación en
México

Junio, 1991 ♦ 485

Las humanidades en la
UNAM

Julio, 1991 ♦ 486

Nuevos caminos de la
astronomía. El eclipse

Agosto, 1991 ♦ 487

Las Naciones Unidas

Septiembre, 1991 ♦ 488

La Independencia
americana

Octubre, 1991 ♦ 489

Poesía norteamericana
contemporánea

Noviembre, 1991 ♦ 490

Retrato de Arturo

Diciembre, 1991 ♦ 491

Desafíos de las ciencias
sociales

Enero-febrero, 1992 ♦ 492-493

Praga. La ciudad mágica

Marzo, 1992 ♦ 494

Crítica de la novela
latinoamericana

Abril, 1992 ♦ 495

César Vallejo

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

♦ PARNASO COYOACÁN

Carrillo Puerto 2

♦ DISTRIBUIDORA MONTE
PARNASO

Carrillo Puerto 6

♦ LIBRERÍA IBERO

Prolongación Paseo de la Reforma 880

♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.

Miguel Ángel de Quevedo 134

RESCATE ARQUEOLÓGICO DEL TAJIN

V Centenario
del Encuentro
de Dos Mundos



 Veracruz en la
Cultura
Encuentros y Ritmos


PEMEX


GOBIERNO DEL ESTADO
DE VERACRUZ